



**José María de Pereda  
y su tiempo**

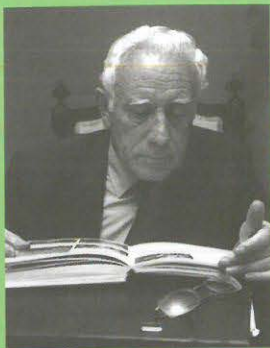
**BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA**

con las colaboraciones de

**MANUEL BARTOLOMÉ GARCÍA**

y

**CONSTANTINO BARRERO HERRERA**



## **BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA**

(Valladolid, 24 de febrero de 1931-Santander, 10 de diciembre de 2019)

De padres cántabros, fue veterinario de profesión, escritor, ensayista y gran

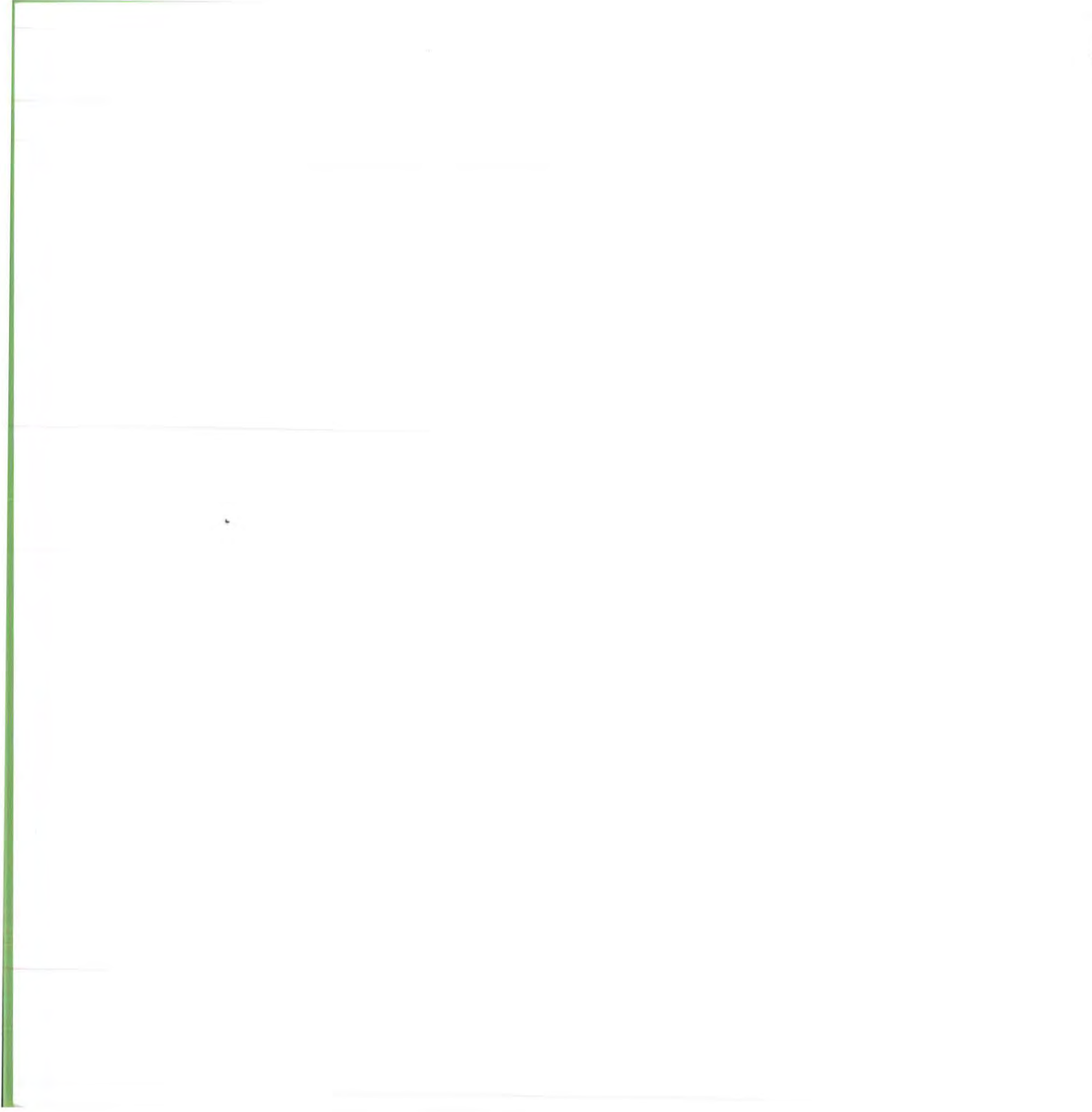
divulgador de la vida y obra de importantes personajes de la cultura de Cantabria y de España.

Ocupó el puesto de Cronista oficial de la ciudad de Santander desde 1982 hasta su muerte. Perteneció a múltiples organizaciones científicas, culturales y sociales, entre las que destacamos la Real Academia de la Historia, la Real Academia de Ciencias Veterinarias, miembro y cofundador de la Real Academia de Ciencias Médicas de Cantabria, de la Real Academia de Doctores de España, Socio de Honor de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Presidente de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, etc.

Recibió gran cantidad de galardones entre los que destacamos: Caballero de la Orden Civil del Mérito Agrícola por el Ministerio de Agricultura (1969), Socio de Honor del Centro Gallego de Santander (1984), Personalidad Montañesa del Ateneo de Santander (1990), Galdosiano de Honor concedido por el Cabildo de Gran Canaria y el Comité Científico del VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (2001), Medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (2004), Estela de Oro de las Letras de Cantabria (2015), etc.

Su obra escrita es muy fecunda destacando las biografías de Pereda, de Menéndez Pelayo y de Pérez Galdós, así como de otros personajes ilustres de Cantabria: Augusto González de Linares, Alcalde del Río, Victorio Macho, Gutiérrez Solana, Sanz de Sautuola, Pancho Cossío, Pío Muriedas, etc. También resaltamos las publicaciones sobre la ciudad de Santander, la Península de la Magdalena y la primitiva Universidad de Verano, o sobre el regionalismo de Cantabria. Asimismo, un nutrido grupo de obras relacionadas con su vertiente de veterinario.





**José María de Pereda y su tiempo**



Benito Madariaga de la Campa.  
Fotografía de Antonio Atienza, junio 2017.

# José María de Pereda y su tiempo

por

**BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA**

con las colaboraciones de

**MANUEL BARTOLOMÉ GARCÍA**

y

**CONSTANTINO BARRERO HERRERA**



**SOCIEDAD  
CÁNTABRA DE  
ESCRITORES**

**SANTANDER**

**2021**

© DE LOS TEXTOS Y NOTAS: Sus autores.

© DE LAS IMÁGENES: Archivos fotográficos de diversos autores y entidades.

Santander, mayo de 2021.

EDICIÓN:  SOCIEDAD  
CÁNTABRA DE  
ESCRITORES

COORDINACIÓN: Marino Pérez Avellaneda.

DISEÑO, MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN: Bedia Artes Gráficas, S. C. San Martín del Pino, 7. 39011 Santander.

EDICIÓN NO VENAL.

ISBN: 978-84-09-31701-1 • D. L.: SA-265-2021 • Impreso en España



## Índice

### *IN MEMORIAM*

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| MARINO PÉREZ AVELLANEDA . . . . . | 11 |
|-----------------------------------|----|

### JOSÉ MARÍA DE PEREDA Y SU TIEMPO

#### BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

|  |     |
|--|-----|
| Introducción . . . . .                       | 19  |
| El escenario . . . . .                       | 25  |
| La época . . . . .                           | 45  |
| Nacimiento y familia . . . . .               | 55  |
| Estudiante y recuerdos juveniles . . . . .   | 61  |
| Rasgos de su personalidad . . . . .          | 73  |
| Amistades e influencias literarias . . . . . | 79  |
| Pereda regionalista . . . . .                | 89  |
| Los últimos años del novelista . . . . .     | 91  |
| Duelo, velatorio y entierro . . . . .        | 101 |
| Apéndice . . . . .                           | 105 |

REFLEXIONES EN TORNO A JOSÉ MARÍA DE PEREDA  
Y SU TIEMPO

MANUEL BARTOLOMÉ GARCÍA . . . . . 111

HOMBRES DE PRO A LA VERA DE JOSÉ MARÍA DE  
PEREDA EN POLANCO

CONSTANTINO BARRERO HERRERA

Introducción . . . . . 129

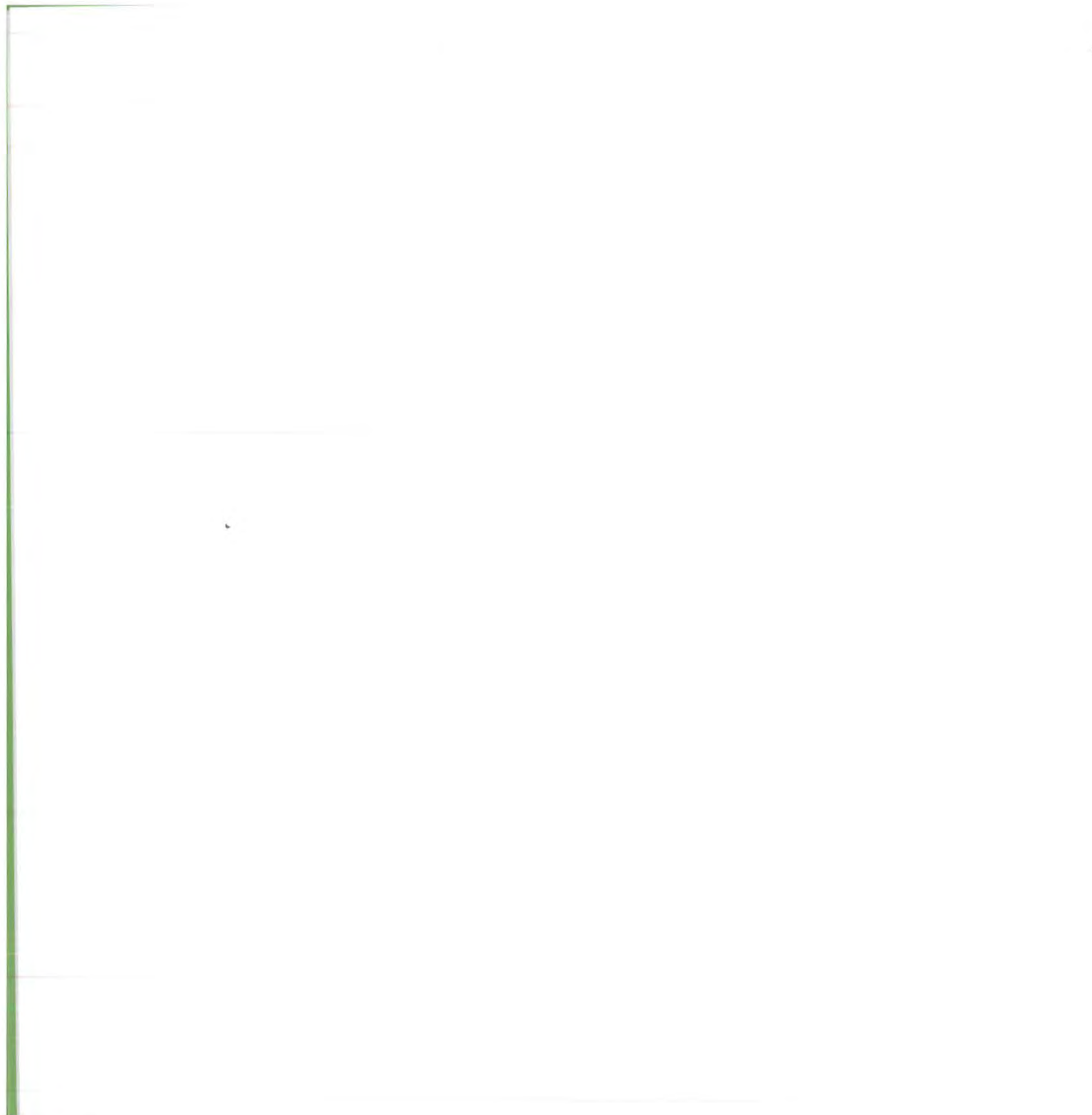
El «Chisco» de *Peñas arriba*: D. Eustaquio Pajarejo Cacho . . . 135

El jardinero de José María de Pereda: D. Fernando Castillo  
Barredo . . . . . 143

A la memoria de  
BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA (1931-2019)  
Estela de Oro de las Letras de Cantabria 2015.

Y también del hispanista británico ANTHONY CLARKE (1939-2020),  
especialista en José María de Pereda,  
así como de MANUEL BARTOLOMÉ GARCÍA (1935-2018)  
y de SERAFÍN FERNÁNDEZ VILLAZÓN (1952-2018),  
Vocal y Secretario, respectivamente, de la Junta Directiva  
de la Sociedad Cántabra de Escritores cuando fallecieron.





*In Memoriam*

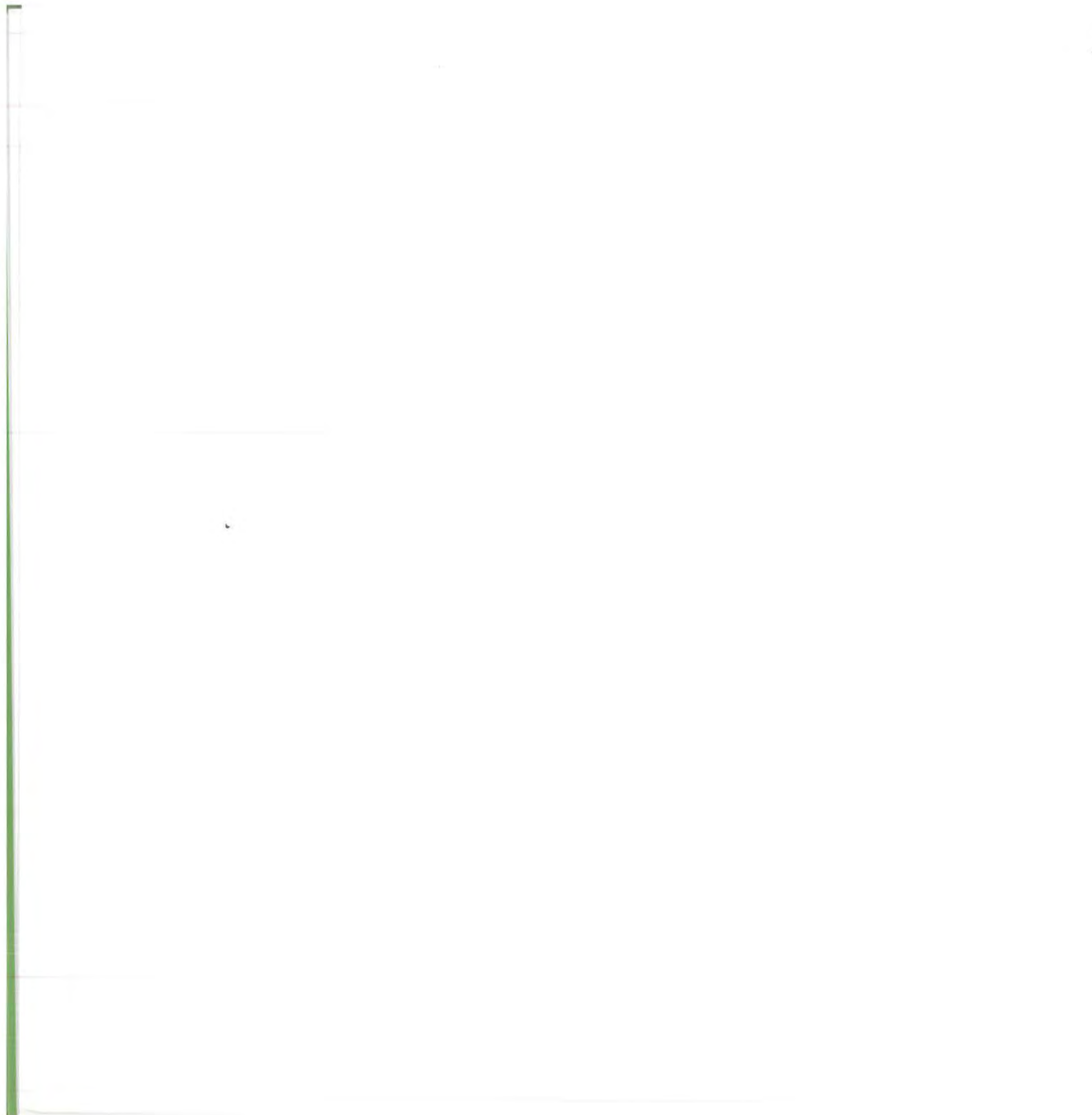
por

**MARINO PÉREZ AVELLANEDA**

Coordinador de la edición

Expresidente de la Sociedad Cántabra de Escritores

Miembro del Centro de Estudios Montañeses y de la Sociedad Prehistórica de Cantabria



«La palabra es lo más bello que se ha creado, es lo más importante de todo lo que tenemos los seres humanos. La palabra es lo que nos salva».

ANA MARÍA MATUTE (1925-2014)

A mediados de 2017, al finalizar una de las muchas actividades que veníamos desarrollando en el salón de actos del Centro Gallego de Santander, se me acercó Benito Madariaga para ofrecerme la posibilidad de reeditar por parte de la SCE, de la que yo era entonces Presidente, una obra suya titulada *José María de Pereda y su tiempo*, que había publicado en 2003 en una preciosa edición con el Ayuntamiento de Polanco.

Me pareció tan buena la sugerencia que acepté sin dudarle la oferta y la comenté inicialmente con algunos miembros de la Junta Directiva, sobre todo con Manolo Bartolomé, dada su condición de polanquino de adopción, localidad en la que pasó casi cuarenta años de su vida, quien rápidamente se ofreció para colaborar en las gestiones, sobre todo con la empresa Solvay, en cuyas oficinas desarrolló toda su vida laboral. Asimismo, me dijo que tenía un «trabajillo» semielaborado sobre Pereda que me sugería podría formar parte de la nueva publicación, el cual se incluye también en esta obra, junto con la otra participación de Tino Barrero, responsable de Cultura del Ayuntamiento de Polanco hasta hace unos meses en que se ha jubilado, en la que nos ilustra y complementa la

obra de Pereda con interesantes referencias sobre el personaje de Chisco en *Peñas arriba*, y sobre la figura del jardinero del escritor.

Contactamos entonces con el Ayuntamiento de Polanco para ofrecerles patrocinar la nueva publicación, en lo que intentaba ser la aportación de la SCE al Congreso Internacional sobre la figura y obra de Pereda que se estaba gestando desde el Ayuntamiento con el apoyo de la Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria, pero las conversaciones fueron languideciendo en la medida en que lo hacía el Congreso, que finalmente no se llegó a celebrar.

Murió Benito el 10 de diciembre de 2019. Llegó luego la pandemia del COVID que nos ha tenido confinados o semi confinados tanto tiempo en nuestras casas, a pesar de lo cual desde la Sociedad Cántabra de Escritores hemos retomado el proyecto en marzo de 2021 contando desde el comienzo con el decidido y generoso apoyo del Centro Gallego de Santander, entidad de la que era Socio de Honor y muy apreciado, cerca de cuyas dependencias tenía su domicilio y a las cuales acudía con frecuencia con el fin de dar un vistazo a la prensa del día o para participar en las actividades organizadas.

Especialmente generosa ha sido la contribución del Ayuntamiento de Santander, ciudad de la que Madariaga fue Cronista Oficial tantos años; así mismo la del Centro de Estudios Montañeses. De Polanco colaboran el Ayuntamiento, la Asociación Sociocultural Polanco, y la empresa Solvay Química. También participan el Grupo Alceda y el Colegio de Ingenieros Industriales de Cantabria. Gracias a estas entidades y a otras menores que no mencionamos. Todas han hecho posible que este proyecto promovido por la Sociedad Cántabra de Escritores haya llegado a buen término.

Como aparece indicado en la Dedicatoria, queremos que este libro sea, en primer lugar, un cariñoso recuerdo de homenaje y tributo póstumo a la eminente figura de Benito Madariaga, de cuya gran generosidad surgió la iniciativa. También a Anthony Clarke, el genial hispanista británico especialista en la obra de José María de Pereda, que falleció



en la ciudad de Birmingham a causa de la pandemia del coronavirus en abril de 2020. Y también a los compañeros Serafín Fernández Villazón, y Manolo Bartolomé García, de grato recuerdo y muy añorados.

A ambos ya les dedicamos un caluroso homenaje poco después de su muerte en el salón de actos de «su Instituto», el IES Marqués de Santillana de Torrelavega, el 16 de mayo de 2018, acto que contó con la asistencia de D. Miguel Ángel Revilla, Presidente del Gobierno de Cantabria, y del alcalde de Torrelavega, D. José Manuel Cruz Viadero, el cual fue ambientado con la participación del Grupo de Danzas Virgen de las Nieves de Tanos, así como del rabelista Paco Cossío, habiendo realizado una brillante *Laudatio* de ambos el compañero José Ramón Saiz Fernández.

De Anthony Clarke es probable que éste sea uno de los primeros homenajes en su memoria que se realiza en Cantabria, aunque la Asociación Sociocultural de Polanco viene colocando en su recuerdo, durante los meses de abril y septiembre, un ramillete de flores en el campo de la iglesia, lugar donde asentaba la furgoneta durante sus estancias en la localidad. Sí han aparecido algunas reseñas en la prensa, y una necrológica en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (2020, XCVI-1, pp. 213-219), firmada por la profesora Gutiérrez Sebastián de la Universidad de Cantabria, bajo el título de «Anthony H. Clarke, un caballero libre, sabio e itinerante», en el que considera al hispanista británico «un sabio quijotesco de los pocos que existen».

«¡Más vale tarde que nunca!», que diría Benito Madariaga, como me comentó cuando le concedimos la Estela de Oro de las Letras de Cantabria en febrero de 2015 en la sede del Parlamento cántabro, mostrándose sumamente satisfecho por el reconocimiento a toda su trayectoria de investigador y de escritor:

Marino, no sabes lo agradecido que estoy a la Sociedad Cántabra de Escritores por esta buena iniciativa que tenéis, en este caso conmigo, porque no te puedes imaginar cuántos amigos míos, con más méritos que yo sin duda, «se han ido al otro barrio» (fueron sus palabras textuales), sin que nadie se acordara de ellos durante los últimos años de su vida.

*IV Día de las letras de Cantabria*, 19 de febrero de 2015, festividad de San Beato de Liébana: Virginia Lavín, concejal del Ayuntamiento de Santander, en representación del alcalde, Íñigo de la Serna; José Antonio Cagigas, presidente del Parlamento de Cantabria; Benito Madariaga, homenajeado; Delia Laguillo, presidente de la SCE; Ignacio Diego, presidente de Cantabria; Pedro Arce, que leyó la *Laudatio*; Marino Pérez Avellaneda, coordinador del acto; y Miguel Ángel Serna, consejero de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria (Foto SCE).



Como también decía Benito: «Se fueron por la puerta de atrás», olvidados de la gente y de las instituciones, con más pena que gloria...

Un recuerdo cariñoso para las familias de los cuatro, a los cuales queremos mantener vivos en nuestros recuerdos, y cuya Memoria pretendemos hacer perdurar con esta obra.

En la reedición de la obra de Benito hemos mantenido el original de 2003, habiendo realizado solamente algunas modificaciones menores que el propio Benito tenía preparadas para entregarnos y que, generosamente, nos ha hecho llegar Celia Valbuena, su mujer, a la cual queremos manifestar nuestro más sincero agradecimiento y hacer patente nuestra admiración y profunda estima.

Finalmente, es de justicia reconocer la excelente labor de maquetación e impresión realizada por la compañera de la SCE Carmen Bedia, así como su buena actitud y disposición generosa en todo momento durante el proceso de elaboración e impresión de la obra.

Acabo con una cita del propio José María de Pereda (1833-1906):

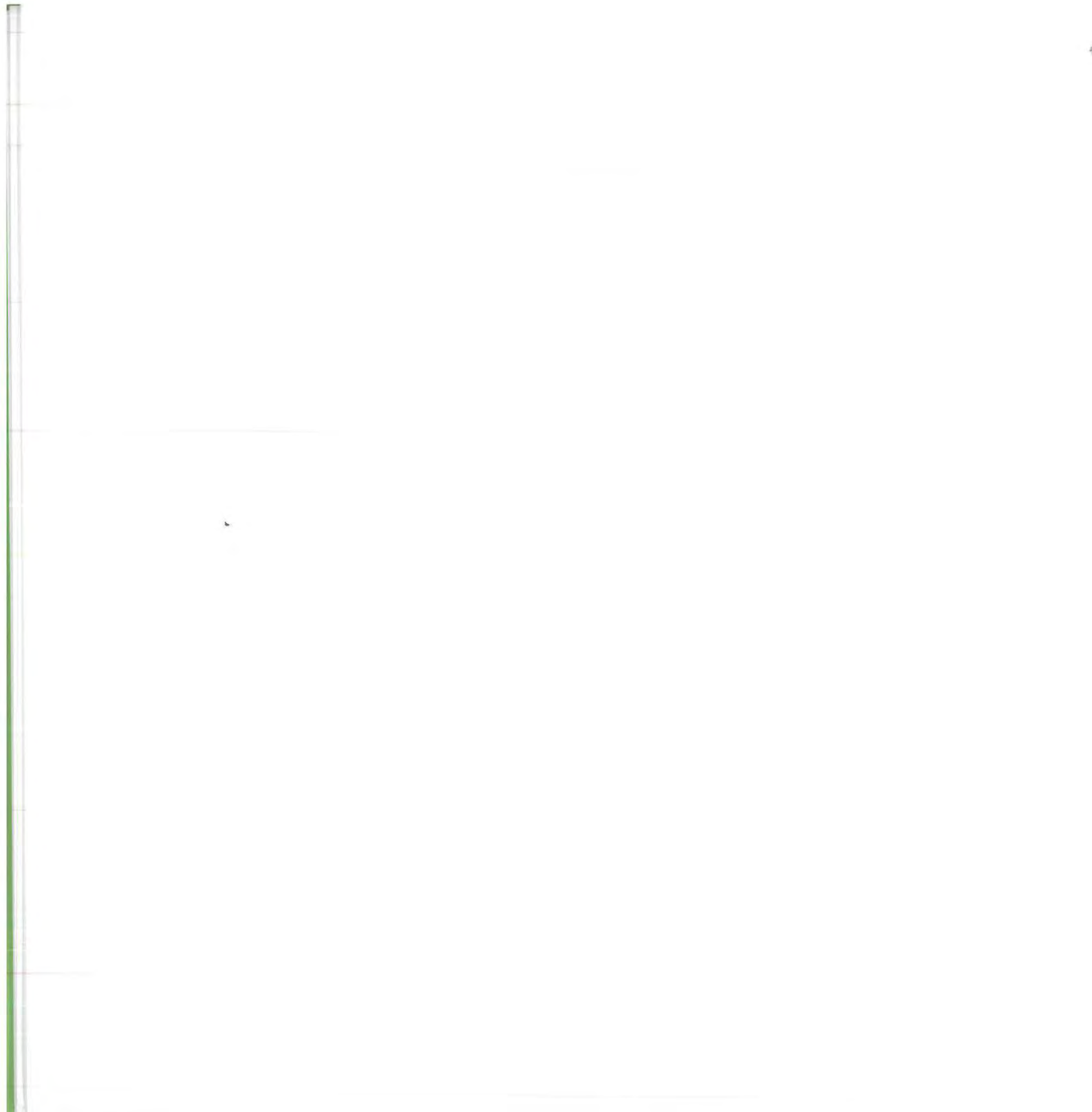
*Gran libro es la vejez. ¡Lástima que el hombre tenga que morir cuando comienza a leerlo con provecho!*

**José María de Pereda y su tiempo**

por

**BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA**

Correspondiente de la Real Academia de Doctores  
y Cronista Oficial de Santander



## Introducción

De todos los escritores de Cantabria, ha sido José María de Pereda el más considerado y conocido hasta el punto de que en su tierra natal llegó, incluso, a superar en bibliografía, en algunos momentos, a Menéndez Pelayo. Tras su muerte, la vida y la obra del novelista de Polanco siguió suscitando la curiosidad y admiración de sus paisanos, aunque no pudo librarse de que la crítica le calificara con determinados estereotipos en favor o en contra.

A los pocos días de su fallecimiento apareció el opúsculo titulado *Apuntes para la biografía de Pereda* (Santander, mayo 1906), redactado por un grupo de amigos íntimos, colaboraciones de sumo interés, aunque no ofrezcan, a veces, detalles que precisen de una mayor puntualización o ciertos informes se ofrecieran desde una perspectiva amistosa.

En 1919, José Montero Iglesias publicaba la que podemos considerar la segunda biografía del novelista, si bien es difícil admitirla como tal, al no incluir aspectos importantes de la vida de Pereda y tratar más bien glosas y comentarios de carácter periodístico, sin notas ni aparato bibliográfico. Mayor importancia tuvo el estudio de José María de Cossío sobre la obra literaria del autor de *Sotileza*, editado en 1934 por la Sociedad Menéndez Pelayo, donde se incluían algunos aspectos sobre la vida del escritor de Polanco que luego pasaron, en parte, al «Estudio Preliminar» de las *Obras Completas* publicadas por la editorial Aguilar en 1974.<sup>1</sup> Estos estudios, igual que el realizado por José F. Montesinos,

<sup>1</sup> Cossío, José M.<sup>a</sup> de: «Apunte bibliográfico» en «José María de Pereda», *Obras Completas*. Reimpresión de 1974, t. 1, Madrid, Aguilar, pp. xiii-xxxii.

*Pereda o la novela idilio* (1969), supusieron un avance fundamental en el conocimiento de la producción literaria de Pereda y no tanto desde el punto de vista biográfico. En 1944, Ricardo Gullón escribió una nueva biografía en la que recogía datos procedentes de fuente oral, libro útil en su época, pero sin contener información documental y tampoco notas ni bibliografía. Daniel Carracedo publicó en 1964 un esquema biográfico sobre Pereda con estudio y antología, de carácter pedagógico. Quiero destacar los epistolarios de Pereda a Laverde, con introducción y notas de Anthony H. Clarke, y las «Cartas de Pereda a José María y Sinforoso Quintanilla», anotadas por Concepción Fernández-Cordero y Azorín. En el primero existen interesantes datos que el novelista de Polanco proporcionó a Gumersindo Laverde desde octubre de 1864 a octubre de 1890; las cartas a la familia Quintanilla, desde marzo de 1885 al mismo mes de 1901 para José María, y de abril de 1891 a abril de 1899, las dirigidas a su tío Sinforoso.<sup>2</sup>

Las tesis doctorales de los profesores Jean Le Bouill y José Manuel González Herrán en 1980 y 1982, respectivamente, han constituido las aportaciones más serias y rigurosas al conocimiento de la obra perediana, con abundante información referida también a aspectos de la vida del escritor. La primera permanece inédita, si bien existe copia en la Biblioteca Municipal de Santander. La de José Manuel González Herrán fue publicada en 1983 por el Ayuntamiento de Santander.<sup>3</sup> En 1991 emprendí la tarea de enlazar en un nuevo libro ilustrado, de carácter biográfico, la vida, obra y el ambiente histórico en que transcurrió la existencia del escritor.<sup>4</sup>

El hecho de que las novelas de Pereda se hayan perpetuado en las colecciones de Espasa-Calpe indicaba que no era un autor olvidado del público. Todavía el profesor Juan Luis Alborg se ocupó extensamente de nuestro escritor, con un nuevo enfoque, al tratar la novela realista en el tomo v de su *Historia de la Literatura española* (Madrid, 1996). Últimamente, el profesor Enrique Rubio Cremades ha publicado en la Editorial Castalia (2001) una monografía de especial interés por

<sup>2</sup> CARRACEDO, Daniel: *Pereda. Estudio y Antología*. Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1964. «Cartas de Pereda a Laverde», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. Santander, enero-diciembre de 1991, pp. 157-270. Para el epistolario a los Quintanillas, ver el citado *Boletín*, XLIV, 1968, pp. 169-304 y 305-327.

<sup>3</sup> LE BOUILL, J.: *Les tableaux de mœurs et les romans ruraux de José María de Pereda. (Recherches sur les relations entre le littéraire et le social dans l'Espagne de la seconde moitié du XIX siècle)*. Thèse pour le Doctorat d'Etat présentée à l'Université de Bordeaux III, Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-Américaines. Ejemplar inédito depositado en la Biblioteca Municipal de Santander. De José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN, ver *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander, Ayuntamiento de Santander, 1983, Colección «Pronillo».

<sup>4</sup> MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: *José María de Pereda. Biografía de un novelista*. Santander, Ediciones de Librería Estudio, 1991.



<sup>5</sup> JURISTO, Juan Ángel: *Ajo-blanco*, núm. 47, Barcelona, diciembre de 1992.

ofrecer un panorama crítico actualizado con las últimas aportaciones sobre la novela realista-naturalista española, ensayo donde se ocupa de Pereda.

Pero podemos preguntarnos: ¿por qué nos interesa la vida de un escritor que apenas se aparta de la monotonía cotidiana? Si el conocer la vida no conduce a esclarecer la obra del autor, que es lo que importa, se convierte la mayoría de las veces en mera anécdota o sólo en una curiosidad para el lector. Ahora bien, si la biografía descubre aspectos de esa obra (escenarios, motivaciones, modelos, influencias de otros escritores, lecturas, etc.), entonces contamos con un material que resulta utilísimo para poder penetrar en la génesis y el conocimiento de la producción escrita.

Actualmente han quedado atrás aquellas biografías literarias con interesantes diálogos inventados, supuestos retratos de los familiares y maravillosos decorados ambientales del paisaje. Como dice Juan Ángel Juristo, «nos encontramos lejos, pues, de las biografías literarias tan en boga en los años treinta realizadas por franceses y alemanes en las que se recreaba una vida con unos cuantos datos de difícil comprobación dando lugar a unas recreaciones más acordes con la ficción que con la supuesta *objetividad* de las ciencias humanas».<sup>5</sup> Por el contrario, cuando se trata de biografías del pasado, podemos conocer la vida de una persona casi día a día gracias a los epistolarios, diarios o notas personales. La biografía, como se ha dicho, debe ser cronología, precisión y objetividad. Es historia y también literatura, pero no ficción, porque entonces se convierte en novela. Todo personaje por gris que sea tiene biografía, pero la de unos es más interesante que la de otros. El arte de contarla con rigor y atractivo literario hace que sea o no modelo de biografía y puede y debe también contener conjeturas, críticas o esclarecer aspectos olvidados o silenciados. Y si, además, nos ilustra o retrata al personaje y las circunstancias familiares e, igualmente, los lugares y las opiniones de los coterráneos sobre el protagonista, se convierte entonces la biografía en una obra científica que ayuda al historiador y al literato. El biógrafo

debe ser juez, pero no abogado ni fiscal que seleccione únicamente lo que le conviene, sea favorable o negativo, por circunstancias personales o fobias hacia el autor que estudia. Entonces la muestra no es válida y se transforma en propaganda. Por ello se hace necesaria la apoyatura documental que muestre igualmente su personalidad. Sin la consulta, por ejemplo, de los epistolarios, las biografías pierden una de las mayores fuentes de información. Son testimonios íntimos más veraces que las manifestaciones públicas escritas cuando hay compromisos.

En el caso de Pereda existen claroscuros en su biografía, más abundantes en su personalidad y en las motivaciones de su comportamiento que en detalles de su vida. La niñez suele ser poco rica en acontecimientos, aunque puede resultar fundamental a la hora de explicar una obra. Ocurre igual con el ambiente familiar, imprescindible para conocer sus costumbres y cómo fueron sus primeros años. Del padre del escritor de Polanco se conservan pocos datos, aunque es fácil deducir, a través de ellos, algunos aspectos de interés. Fue un hombre del campo dedicado a la agricultura y la ganadería para poder sacar adelante a su numerosa descendencia, pero su posible vinculación, al menos afectiva, a un tradicionalismo carlista de origen familiar, significó bastante en la formación política de su hijo.

Conocemos por quién se publicaron las primeras ediciones, tanto en Madrid, en su mayor parte, como mínimamente en Santander y Barcelona, pero no las características de los contratos y las que fueron editadas a sus expensas. De *Escenas montañosas* (1864), *Tipos trashumantes* (1877) y la nueva edición de *Escenas* (1877), él mismo confiesa que se publicaron por cuenta suya, pero ignoramos las condiciones en que se realizaron las restantes, aunque las impresas M. Tello, ya una vez consolidado como escritor, le proporcionaron bastante dinero.

La consulta de nueva documentación procedente de archivos y epistolarios inéditos sí puede aportar todavía algunos detalles interesantes, aunque en lo fundamental tengamos conocimiento de la vida de José María de Pereda. Faltan no obstante de publicar las cartas de algunos





autores con las impresiones que le manifestaron al novelista sobre la lectura de algunas de sus obras.

En general, podemos decir que su vida fue bastante gris y anodina, sin grandes acontecimientos, de no ser la muerte trágica de su hijo. Por esta razón, al escribir este bosquejo biográfico, nos ha parecido oportuno explicar los escenarios, la época, las amistades e influencias literarias, etc., con preferencia a la propia obra, ya tratada en diversas monografías. Respecto a los valimientos personales, es posible que, sin la tutela de su hermano Juan Agapito o de Marcelino Menéndez Pelayo, la proyección literaria perediana hubiera sido muy diferente. Del mismo modo, su amigo «Pedro Sánchez» le prestó una apoyatura crítica con sus artículos que sirvieron de anuncio y propaganda a las principales obras del escritor.

Al cerrar esta Introducción, quiero dejar patente mi agradecimiento a la Corporación Municipal de Polanco por haber aceptado que, a través del Concejal de Cultura, llegara este estudio a todas aquellas personas interesadas en mantener vivo el recuerdo de Pereda. Su alcalde, Miguel Ángel Rodríguez Saiz, admitió la sugerencia de que fuera una edición ilustrada con grabados y fotografías para que, de esta manera, resultara del agrado de los vecinos y, sobre todo, de la juventud de Polanco. En el patrocinio del libro ha prestado su generosa colaboración, en favor de la Cultura, la empresa Solvay Química, S. L., a cuyo Consejo de dirección agradecemos su decidido y esforzado interés para que esta biografía de Pereda se pueda difundir entre los lectores de Cantabria.

Finalmente debo hacer constar que las ilustraciones proceden de mi archivo fotográfico sobre Pereda, de la colección de Duomarco y otras se deben a la generosa colaboración de Juan Carlos Pascual. Ángel Trujillano se prestó amablemente a escanear y limpiar el material fotográfico. Vaya también para los dos mi mayor reconocimiento.



## El escenario

En los setenta y tres años que vivió Pereda fue testigo de los hechos históricos ocurridos en Santander y su provincia en los dos últimos tercios del siglo diecinueve y en poco más de un lustro del siguiente. En este tiempo conoció los acontecimientos más importantes acaecidos durante la Restauración, de los que dio fe, como autor, al recoger en sus libros una forma de vida social y política y unos personajes de ficción acordes con la época. Menéndez Pelayo llegó a decir que fue el descubridor del oscuro rincón que era entonces.

Los escenarios desde los que presenció estos hechos fueron Polanco, lugar de su nacimiento, y Santander donde vivió a partir de 1843, sin que por ello dejara de pasar largas temporadas en aquél, sobre todo en la época estival.

Cuando nace el escritor, el municipio de Polanco estaba compuesto de cinco barrios o aldeas llamados Mar, Polanco, Posadillo, Ramera y Soña, que lindaban con los términos de Cortiguera, Bárcena, Cudón, Hinojedo, Rumoroso y Torrelavega. A efectos administrativos y judiciales, Polanco dependía en gran parte de esta última localidad, villa entonces comercialmente próspera a la que acudían con frecuencia los vecinos de los pueblos colindantes. En el barrio de Polanco, situado sobre una llanura, se asentaban la casa consistorial, la escuela elemental y la iglesia parroquial de San Pedro Advíncula. En el de Ramera, hoy Rinconeda, el puerto de Requejada tenía un cierto desarrollo comercial como vía

exportadora principalmente de los productos de la Real Compañía Asturiana de Minas.<sup>6</sup> Según nos ilustra Pascual Madoz en su *Diccionario*, a mediados del siglo XIX todo el municipio estaba compuesto por 170 casas, aparte de la consistorial, tres ermitas y varias fuentes de agua potable. La aldea de Mar, situada junto al camino real de Santander, poseía un palacio y una capilla dedicada a San José. La de Posadillo se extendía en la falda de un monte y Ramera a orillas del río Saja; Soña, junto a Posadillo, se caracterizaba entonces por la abundancia de árboles frutales.

Algunos de los antepasados más lejanos de Pereda descendían de Rumoroso, Ayuntamiento entonces del valle de Piélagos, pueblo con escuela, iglesia parroquial y dos ermitas. Cuenta Madoz que en su término hay un pozo llamado Tremeda o Tremeo, actualmente en estudio, lago natural que, dice este autor, servía a los vecinos para conocer las variaciones atmosféricas, ya que al echar un objeto o rama flotante se dirigía, cuando hacía buen tiempo, hacia el NE y malo, si tomaba otra dirección. Las producciones agrícolas eran las mismas que las de Polanco, actualmente incorporado a este Ayuntamiento.

En Polanco transcurrieron los primeros años del novelista al estar allí su casa natal, construida en 1766, que describe en *El sabor de la tierruca* como «grande, de larga solana y amplísimo soportal de grueso poste en el centro; cuadras adyacentes, cobertizos inmediatos, huerta al costado, y todo lo de rigor y carácter en estas viviendas de *ricos de aldea*».<sup>7</sup>

La vida entonces en la conservada casa natal del escritor, de la que trataremos más adelante, era la propia de los aldeanos dedicados a la caza,



Casa natal de la familia Pereda.

<sup>6</sup> SÁNCHEZ LANDERAS, José Luis: *Polanco en su historia*. Torrelavega, Ayuntamiento de Polanco, 1999.

<sup>7</sup> *O. C.*, t. I, ob. cit., p. 1.277.



Edificio de la cochera.

a la pesca en la ría y a las faenas del campo y la ganadería. Pertenecientes a una familia hidalga numerosa, integrada en los modelos del Antiguo Régimen, se dedicaron a la explotación del ganado vacuno, lanar, de aves de corral y al cultivo de las tierras, algunas arrendadas en aparcería. Fueron los tres hijos varones los que después, de algún modo y en diferentes momentos, se vincularon a la burguesía comercial santanderina.

Enfrente de la casa estaba la cochera donde se guardaban, además, los arreos de las mulas. Tenía tres cuerpos y dos alturas y la parte superior sirvió de vivienda para los criados.

En 1872, tras la herencia recibida a la muerte de su hermano Juan Agapito, el escritor construyó en el prado Trascalina, próximo y frente a la casa familiar, otra de gran porte, con tres plantas, que llamaba la atención por su modernidad y belleza. Estaba dotada, entre otras prestaciones, de capilla, un piso para el servicio, lavadero y baño. En ella instaló el escritor su despacho, en el que escribió una buena parte de sus obras.

En su novela *Pedro Sánchez* (1883) cuenta cómo fueron sus primeros años en Polanco, reflejo casi exacto de los del personaje; sus juegos, sus lecturas y el aprendizaje de las primeras letras. De nuevo vuelve a aparecer su aldea, esta vez con el nombre de Cumbrales, en *El sabor de la tierruca* (1882) vista desde el campanario de la iglesia, que le permitía apreciar una extensa vega y el paisaje del entorno: «pueblo —como él dice—, de labradores montañeses, con sus casitas bajas, de anchos aleros y

hondo soportal; la iglesia en lo más alto, y tal cual casona, de gente acomodada o de abolengo, de larga solana, recia portallada y huerta de altos muros». <sup>8</sup> Una vez más está presente su pueblo en *La puchera* (1889) así como el puerto natural de Requejada (Arcillosa en la novela), situado en la Ría de San Martín de la Arena. Ello le da pie para describir las prácticas de la pesca y el marisqueo que suponían una ayuda económica complementaria a los lugareños, ya que el principal modo de vida estaba, como hemos dicho, en el laboreo de las tierras, productoras de maíz, alubias, patatas, legumbres, etc., en la explotación del ganado: La actividad familiar de los Pereda con animales de crianza y trabajo, tierras propias y otras en arriendo o aparcería fue el procedimiento común de vida, dedicados sus miembros a la comercialización del ganado vacuno y la compra y venta en las ferias, con viajes frecuentes a Torrelavega.

En 1843 la familia Pereda, ya reducida y liberada por casamiento o independencia de los hijos mayores, se traslada a Santander, quizá por sugerencia del hijo primogénito, consejero de sus padres.

La visión que nos ofrece el escritor de la ciudad, anterior y posterior a la mitad del siglo, es limitada y tan sólo tiene valor costumbrista, tal como puede verse en *Tipos y paisajes* (1871) —«Pasacalle», «Los baños del Sardinero»— y en *Esbozos y rasguños* (1881) —«El primer sombrero», «Reminiscencias», etc.—. Más tarde se refiere al Santander de su niñez en *Sotileza* (1884) y la provincia con sus hábitos y costumbres en casi toda su obra, en la que hallamos información sobre bodas y entierros, personajes populares, fiestas pueblerinas, vestimenta, calendario de trabajos



Última casa de Pereda construida en el prado Trascaolina.

<sup>8</sup> O. C., t. I, ob. cit., p. 1.269.



Despacho del novelista en Santander.

anuales, etc., datos útiles para poder reconstruir y ofrecer una visión de las formas de vida y del veraneo en diferentes épocas. Son recuerdos de antaño que le llegan al escritor de un Santander sin fondas en el Sardinero (la primera se inauguró en septiembre de 1849), sin tranvías urbanos (la concesión del tranvía de Santander al Sardinero, de tracción animal, tuvo lugar en enero de 1873) y sin que la provincia contara con el ferrocarril, que se inaugura en 1852. En 1845 había tenido lugar la concesión de la línea del ferrocarril Alar del Rey-Santander al Marqués de la Remisa y cuatro años más tarde se traslada la concesión a la Compañía de Isabel II, de la que formaron parte prestigiosos comerciantes de Santander.

En los años posteriores a la Guerra de Independencia, se impuso la moda francesa en las costumbres e, incluso, en la comida y en el vestir. Así, los santanderinos comienzan a utilizar el *surtout*, el sobretodo español, una prenda amplia que se colocaba o ponía por encima de los otros vestidos y la *tuina* «de mezclilla verdosa, prenda recién introducida en la indumentaria al uso», como comenta Pereda. Igualmente aparece el *foulard* o pañuelo para el cuello. Las «madamitas», como las llama el novelista, se cubrían con la *escofieta* o tocado de gasa. Del mismo modo, supuso entonces una novedad alimentaria la sopa a la *ubada* y el postre de compota.<sup>9</sup>

En *Sotileza* nos describe así la vestimenta festiva de entonces de personajes como Pedro Colindres, el célebre capitán de la *Montañesa* y la de su mujer:

«Había ido a misa de once *del bracete* de su marido, con vestido de gro negro, chal de Manila, mantilla de blonda, abanico de nácar y mitones de seda calados. Él con levita y pantalón de paño negro finísimo, con trabillas de botín, chaleco de raso sobre el cual serpenteaban

<sup>9</sup> Sobre la influencia francesa en las formas de vida españolas puede verse la relación que hace Pérez Galdós en *La de Bringas*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 126 y 137-138.

dos enormes ramales de la cadena de oro de su reloj; chalina de seda, de cuadros oscuros, con dos alfileres de brillantes, unidos por una cadenilla de oro; sombrero de copa, muy reluciente; botas de charol y guantes de seda de color de ceniza».<sup>10</sup>

En *Escenas montaÑesas* refiere, a su vez, el equipaje bien modesto que llevaban los jóvenes emigrantes a América, la vestimenta de un marino de aquellos tiempos y el traje ordinario y de fiesta de los mareantes. Pero el estudioso costumbrista de nuestros días puede también encontrar otros datos, como decimos, sobre la vivienda de la población pescadora, las formas de pesca, las diferentes costeras, etc.

Cuando se cumple la mitad del siglo, el escritor señala que «empezaron a transformarse radicalmente las costumbres populares de Santander». Es una fecha que marca frontera en la evolución social, económica y cultural de la capital y su provincia en torno a dos núcleos geográficos de relieve mercantil, localizados en Santander y Torrelavega; a través del puerto, en el primer caso, y del despertar fabril y ganadero de la villa principal, en el segundo, con una interesante representación de mercaderes y comerciantes.

A raíz de la muerte de Pereda, se establece en Torrelavega en 1906 la empresa Solvay y Cía., que utilizará para sus productos los depósitos de sal de Polanco. Como dice José Ortega, su presencia en Cantabria inicia la industria química de base en la región, lo que constituyó «simbólicamente una revolución».<sup>11</sup>

El año anterior a la llegada de Pereda a Santander, tenía la ciudad 18.113 habitantes y en 1851 había ascendido a 20.101, cifra que contrasta con la demografía en los años primeros de la centuria, con tan solo 10.000 personas.

En efecto, mediado el siglo, la ciudad se transforma ostensiblemente a raíz del relleno de la marisma de Maliaño y la concesión,



Edificio del Consistorio en la Plaza Vieja.

<sup>10</sup> *Sotileza*. Edición, notas y apéndice por José Simón Cabarga. Santander, Diputación Provincial, 1977, p. 118.

<sup>11</sup> *Cantabria 1886-1986. Formación y desarrollo de una economía moderna*. Santander, Estvdio, 1986, p. 182.





Ábside de la Capilla de las Clarisas,  
según R. Cuetos.

al año siguiente, de la zona y los muelles a una sociedad comercial santanderina. Pero es en 1853 cuando se otorga a Emilio Wissocq la construcción de los citados muelles y Máximo Rojo proyecta la mejora del puerto de la ciudad.

Cuando escribe «Pasacalle», en 1870, refiere en un recorrido cómo era aquel Santander cuando ya se había inaugurado la línea completa Santander-Alar. Para ello comienza por la calle de la Compañía y describe la Plaza Vieja y el consistorio con tres escudos de armas en la fachada; recuerda la tertulia que se celebraba en la librería de Severo Otero y que solía cruzarse con las mozas que llevaban la herrada con el agua de la fuente próxima y escuchar a los cantantes ciegos callejeros. Después nos conduce hasta la calle de San Francisco, «por la cual discurrían los elegantes de entonces» y por donde la gente paseaba y se distraía contemplando los escaparates. Otro lugar de paseo era la Alameda, sobre todo cuando había exposiciones, y el Sardinero en verano, que cobraba animación durante sus fiestas.

Las contadas distracciones de la pequeña ciudad se limitaban a los bailes de campo, algún concierto de música en la plaza y a presenciar las actuaciones de las escasas compañías teatrales que acudían por temporada y a cuyas representaciones fue tan aficionado Pereda.

Los barrios pescadores carecían de las más elementales medidas de higiene con casas sin bajadas de agua, ni alcantarillas adecuadas y con una población en su mayoría analfabeta.

No muy lejos, en la calle de Santa Clara, se alzaba el Instituto de Segunda Enseñanza, en el que se iniciaron y presintieron, como dijo Amós de Escalante, las vocaciones de sus coterráneos. Aquí encontraron las inteligencias cántabras un plantel de profesores formadores de sucesivas generaciones de jóvenes que se preparaban en el Instituto, bien

en el centro de los Escolapios de Villacarriedo, bien en los colegios y academias que, con el tiempo, se fueron incorporando a la enseñanza oficial. Era conocida, además, la calle de Santa Clara por la abundancia de mesones, de los que ya se citan cinco en las Respuestas Generales de 1753 en el Catastro de Ensenada. Los arrieros que la frecuentaban sujetaban sus caballerías en las argollas existentes cerca de estos establecimientos, por lo que la alcaldía se vio obligada a publicar un bando prohibiendo herrar, atar o tener allí animales que impidieran el tránsito por las aceras.

Era entonces tan reducido el perímetro de la ciudad, en gran parte ocupado todavía por prados y huertas, que, como decía el escritor, la distancia más larga desde el centro de Santander al campo se andaba a pie en diez minutos.<sup>12</sup> Debido a ello el joven Pereda pudo conocer los barrios que pertenecieron a la nueva y a la vieja puebla, frecuentar las Dársenas, grande y chica (de esta última se autorizó su relleno en 1860) y llegarse hasta el muelle de las Naos («Anaos», en el *argot* popular), poblado entonces únicamente de «barracas hediondas» y «teatro de sus proezas infantiles». Allí —escribe— se «corría» la cátedra; allí se verificaban nuestros desafíos «a trompada suelta»; allí nos familiarizábamos con los peligros de la mar; allí se desgarraban nuestros vestidos; allí quedaba nuestra roñosa moneda, después de jugarla al *palmo* o a la *rayuela*.<sup>13</sup> Este será el escenario donde sitúa al raquero. En su recorrido llega andando hasta la cuesta de Garmendia y desde su cúspide, a la que se sube penosamente, dice que se divisaban las luces de la calle del Correo y enfrente, a lo lejos, la línea de árboles del paseo del Alta. Desde este observatorio se llegaba en pocos minutos a la calle Alta, «venerable resto de la primitiva Santander: desvencijado, vacilante y hediondo albergue de los mareantes del *Cabildo de arriba*». <sup>14</sup> En ella menciona los tres lugares más sobresalientes: la cárcel de Santa María Egipcíaca, el Hospital y el cementerio de San Fernando.

En la Cuesta del Hospital vivían entonces numerosos artesanos y gente con oficios diversos, como cocheros, zapateros, barberos, costureras,

<sup>12</sup> «El espíritu moderno», *Escenas montañesas*, O. C., t. 1, ob. cit., p. 307.

<sup>13</sup> «El raquero», *ibidem*, p. 161.

<sup>14</sup> «Pasacalle», *ibidem*, pp. 472-474.



Román, el bañero de Ubiarco.

<sup>15</sup> Padrón del distrito núm. 3, año 1846, legajo 26, núm. 392. Ayuntamiento de Santander.

<sup>16</sup> «Pasacalle», ob. cit., p. 478.

<sup>17</sup> *Sotileza*, ob. cit., p. 52.

<sup>18</sup> BRAVO TUDELA, A.: *Recuerdos de la villa de Laredo*. Reeditado por el Ayuntamiento de Laredo en 1968. Madrid, 1873, p. 199.

cigarreras, tenderos, etc., junto con criadas y doncellas. Escasamente aparecen propietarios, como era el caso del padre de Pereda o de estudiantes, como era el de su hijo, y, del mismo modo, algún empleado o escribiente. No figuraba como una calle donde se asentara fundamentalmente la población marinera, aunque en los padrones de esa época,<sup>15</sup> se consigna la presencia en ella de algunas familias de marineros, que estaban, en su mayoría, localizadas en las calles del Medio, del Mar, del Arrabal y del Arcillero, en el caso del Cabildo de Abajo, y, en la calle Alta, las del Cabildo de Arriba. Las casas en esta última eran como una colmena y Pereda las describe a modo de «carcomidos palomares», donde la gente se hacinaba en buhardillas, bodegas y habitaciones, tal como lo refiere: «Por esta derrengada escalera se sube al primer piso, en el cual vivirán, por lo menos, dos familias, y continuará la escalera hasta el segundo, y allí se cobijarán sabe Dios cuántos individuos; y se ramificará hacia arriba y hacia abajo, y hacia la derecha y hacia la izquierda, y en todos los pisos hasta el quinto, y en todos los cabretes y rincones, y en las buhardillas y hasta en los balcones, habitarán pescadores oprimidos, sin luz, sin aire y sin penas felizmente, pues a tenerlas, producidas por la idea de su condición, no las sufrieran vivos muchas horas».<sup>16</sup> Esta exacta descripción la vuelve a repetir en el capítulo tercero de *Sotileza*, donde apunta que «no vivían mejor los inquilinos de las casas contiguas y siguientes, ni los de la otra acera, ni todo el Cabildo de Arriba... Lo propio sucedía en el de Abajo, en las calles de la Mar, del Arrabal y del Medio».<sup>17</sup> Por los padrones municipales de 1839 y 1840 conocemos los apellidos de las familias marineras a las que se refiere Pereda: Polidura, Leal, del Solar, Ruesga, Camargo, Cavadas, Lavín, San Emeterio, Calderón, Candía, Torre, Begar, Cacho, etc. En el padrón se distingue entre marinera y pescadora e, igualmente, entre marinero y pescador. Bravo Tudela mencionaba en el siglo XIX los siguientes tipos de población mareante: «la de los *marinos* y *pescadores*, y la de las mujeres que se consagran a las faenas del puerto, y a quienes se designa con el nombre común de *marineras*».<sup>18</sup> De Carpia hija, dice Pereda que tenía de oficio el de sardinera.

En 1882 la calle se dividió en tres partes llamadas: Alta, Menéndez de Luarca y Calzadas Altas. Al año siguiente, se demolieron algunas de las casas más antiguas. Dice José del Río Sáinz,<sup>19</sup> que en el número 9 vivieron Mechelín, tía Sidora y Sotileza. En el número 14, también derribada por el alcalde Villa Ceballos, se encontraba la taberna del tío Sevilla, lugar próximo a donde se celebraban las sesiones del Cabildo en una antigua casa de la calle Alta. Era ésta muy bullanguera, sucia y maloliente. Las fiestas de su patrono San Pedro se celebraban con hogueras y peleles, bailes al son del tamboril, gaitas y violines y con la suelta del «novillo de cuerda» el día del santo. Especial relevancia tenía la regata en la que participaban los dos Cabildos.

En los barrios de los mareantes abundaban los chicos que tenían la calle por escuela, con edades comprendidas entre los seis y los doce años, que no asistían a las clases y vagabundeaban en pandillas, lo que promovió, para evitarlo, un bando del alcalde Juan de la Pedraja en 1844. Pereda distingue estos muchachos de los raqueros, de los que dice: «En la mar y en el terreno que le pertenece no hay más cheche que el raquero, con el cual no puede competir». Andaban estos por el puerto dedicados con frecuencia al hurto y a la rapiña para terminar formalizando su situación embarcados o conducidos, en el peor de los casos, al penal de la Carraca. En su mayoría lograban colocarse como marineros en los botes de servicio público u ocupaban plaza en alguna lancha pescadora. El muelle de las Naos, como hemos dicho, fue testigo de las correrías de estos mozalbetes desocupados que tenían su sede en las inmediaciones del puerto y cuya tradición provenía de los habitantes de la costa dedicados al *raque*, a recoger los restos que arrojaban al mar los naufragios en ciertas zonas del litoral cantábrico. En estas eran frecuentes los accidentes marítimos, como en el peligroso banco de las Quebrantas, en



Bajo donde vivió Sotileza en la calle Alta.

<sup>19</sup> «Aire de la calle», *La Voz de Cantabria* del 7 de abril de 1936.



## EL RAQUERO.

(CUADRO DEL PAIS.)

I.

Antes que la moderna civilizacion en forma de locomotora asomara las narices á la puerta de esta capital; cuando el ali-pedo genio de la plaza, acostumbrado á vivir como la péndola de un reloj, entre dos puntos fijos, perdía el tino sacándole de una carreta ó de la bodega de un buque mercante: cuando su enlace con las artes y la industria le parecia una utopia, y un sueño el poder que algunos le atribuian de llevar la vida, el movimiento y la riqueza á un páramo desierto y miserable; cuando desconociendo los tesoros que germinaban bajo su estéril caduceo, los cotizaba con dinero encima, sin reparar que sutiles zahories les atisaban desde estrañas naciones y que mas tarde los habian de explotar con tan pingüe resultado, que con sus residuos habia de enriquecerse él; cuando miraba con incrédula sonrisa arrojar pedruscos al fondo de la bahía; cuando, en fin, la aglomeracion de estos pedruscos aun no habia llegado á la superficie, ni él apercebídose de que se trataba de improvisar un pueblo inmenso, bello y rico, el *Muelle de las Naos* era una region de la que se hablaba en el centro de Santander como de Fernando Póo ó del Cabo de Hornos.

Confinado á un extremo de la poblacion y sin objeto ya para las faenas diarias del comercio, era el basurero, digámoslo así, del muelle nuevo y el hospital de sus despojos.

Muchos de mis lectores se acordarán, como yo me acuerdo, de su negro y desigual pavimento, de sus edificios que se re-

cuya proximidad vivían los «rapaces costeños» que «ponían una vela a la Virgen de Latas siempre que había temporal para que fueran hacia aquel lado los buques que abocaran al puerto».<sup>20</sup>

Los marineros de la calle Alta tenían su propio atracadero para las embarcaciones en el llamado fondeadero de El Dueso, al pie de la muralla en la zona del Paredón, en donde celebraba al aire libre sus reuniones el Cabildo de Arriba o en la citada taberna del tío Sevilla.

La pesca se efectuaba de la mañana a la noche en lanchas o chalupas sin cubierta. Embarcaciones de este tipo resistían malamente el temporal, por lo que fueron frecuentes los desastres ocasionados por las habituales galernas que se presentaban al producirse una repentina virazón del viento Sur al Noroeste.

<sup>20</sup> Sotileza, ob. cit., p. 39.

Las costeras de la sardina eran las más frecuentes y productivas en verano, otoño y parte del invierno; las del chicharro y el besugo en diciembre, enero y febrero; las de la merluza y el congrio, en marzo, abril y mayo y la del bonito, en los meses de julio a septiembre. Para ello utilizaban artes de malla y aparejos como el palangre y el curricán. Pereda alude a los cordeles utilizados para la pesca de la merluza «a la línea», al palangre para el besugo y a las cuerdas del bonito que se pescaba a la *cacea* «a todo andar la lancha a la vela». La merluza se capturaba al «garete», con la lancha parada y a cien brazas de profundidad. Se refiere asimismo a los trasmallos para la sardina, a la pesca de maganos con «guadañeta» y al marisqueo y recogida de muergos y gusana para cebo en la bahía, en la que dice abundaban panchos y bogas.

Las juntas del Cabildo eran públicas y las dirigía el presidente y alcalde de mar, al que se exigía, para ocupar el puesto, que supiese leer, escribir y contar. Estaba acompañado de los diputados y celebraba las sesiones e informaba a los asistentes de las cuentas e incidencias de la Cofradía, así como de los socorros a los más necesitados y a los matriculados comprendidos en la próxima leva. Los «claveros» o contadores se ocupaban del recuento del dinero depositado en la caja de caudales, donde se guardaba el dinero destinado también a entierros y gastos de enfermedad. Eran personajes subalternos el linternerero, los atalayeros y los vendedores. Los llamados cofrades de ventas tenían como misión anotar la pesca que llegaba al puerto y realizar las subastas y entregas. El avisador daba el grito de



Muelle de la Rampa Larga, citada por Pereda en *Sotileza*.



Casa próxima al Paredón desde donde se presenciaban las reuniones del Cabildo (dibujo de R. Cuetos).

llamada para ir a la mar, que antaño realizaba el tamborilero y el intraducible «¡Apuyááá!», fue sustituido después por el de: «¡A la mar...!».<sup>21</sup>

Junto con la flota pesquera y las embarcaciones de servicio de los muelles, el movimiento portuario lo formaban veleros, pataches, quechemarines y vapores dedicados al cabotaje y al tráfico con las Antillas y las colonias españolas de ultramar. Los almacenes de coloniales y los escritorios protagonizaban un comercio de importación y exportación de harina, azúcar, café y cacao. Pereda nos cuenta lo que tenía de acontecimiento la entrada procedente de América

de algunos de estos barcos, que congregaban a un numeroso público curioso:

«Porque en aquel entonces la entrada de un barco como la *Montañesa* de la matrícula de Santander, de un comerciante de Santander, mandado y tripulado por un capitán, piloto y marineros de Santander, era un acontecimiento de gran resonancia en la capital de la Montaña, donde no abundaban los de mayor bulto. Además, la *Montañesa* venía de la Habana, y se esperaban muchas cosas por ella: la carta del hijo ausente; los *vegueros* de regalo; la caja de dulces surtidos; el sombrero de jipijapa; la letra de cincuenta pesos; la revista de aquel mercado; las noticias de tal o cual persona de dudoso paradero o de rebelde fortuna, y, cuando menos, las memorias para media población y algunos indios de ella, de retorno».<sup>22</sup>

Sus capitanes y pilotos, como Lorenzo Martínez Viademonte, que mandaba la corbeta «Esperanza»; Victoriano Pérez Vizcaíno, capitán

<sup>21</sup> POLIDURA GÓMEZ, Esteban: «Las cuentas del Cabildo de Arriba», en *Cosas de antaño*, 3. Estudio y recopilación de Ramón Villegas López. Santander, 1999, pp. 61-68.

<sup>22</sup> *Sotileza*, ob. cit., p. 38.

del bergantín «Unión»; J. A. Bastarrechea, que lo era del bergantín-goleta «Joven Mario»; Pedro Colindres, capitán de la «Montañesa»; Nicolás Monterola, comandante del bergantín «Manzanares», o el profesor de la escuela de Náutica Fernando Montalvo gozaban de un gran prestigio en la ciudad.

En la zona portuaria era corriente ver los carros cargados de sacos de harina y las mercancías que luego se transportaban hasta los barcos. Santander recordaba, como decía Albert Béguin, una ciudad marítima francesa o inglesa, a causa de su febril actividad desarrollada en torno al puerto y a su muelle, uno de los más hermosos de España, a juicio de Madoz. Puerto natural de Castilla, exportaba trigo, maíz, aceite, etc., e importaba azúcar de Cuba o de Manila, cacao de Trinidad, pimienta y canela de Brasil, bacalao del Norte de Europa y de Terranova, sedería y cueros al pelo, etc. En los escritorios del Muelle estaban instaladas las Compañías Consignatarias donde se sacaban los billetes de los pasajes y en los almacenes del puerto, los sacos de azúcar y cacao esperaban apilados su reenvío a los diferentes puntos de la Península. Junto al traficante de harina aparece el «cacatero», comerciante especializado en el tráfico de productos ultramarinos.

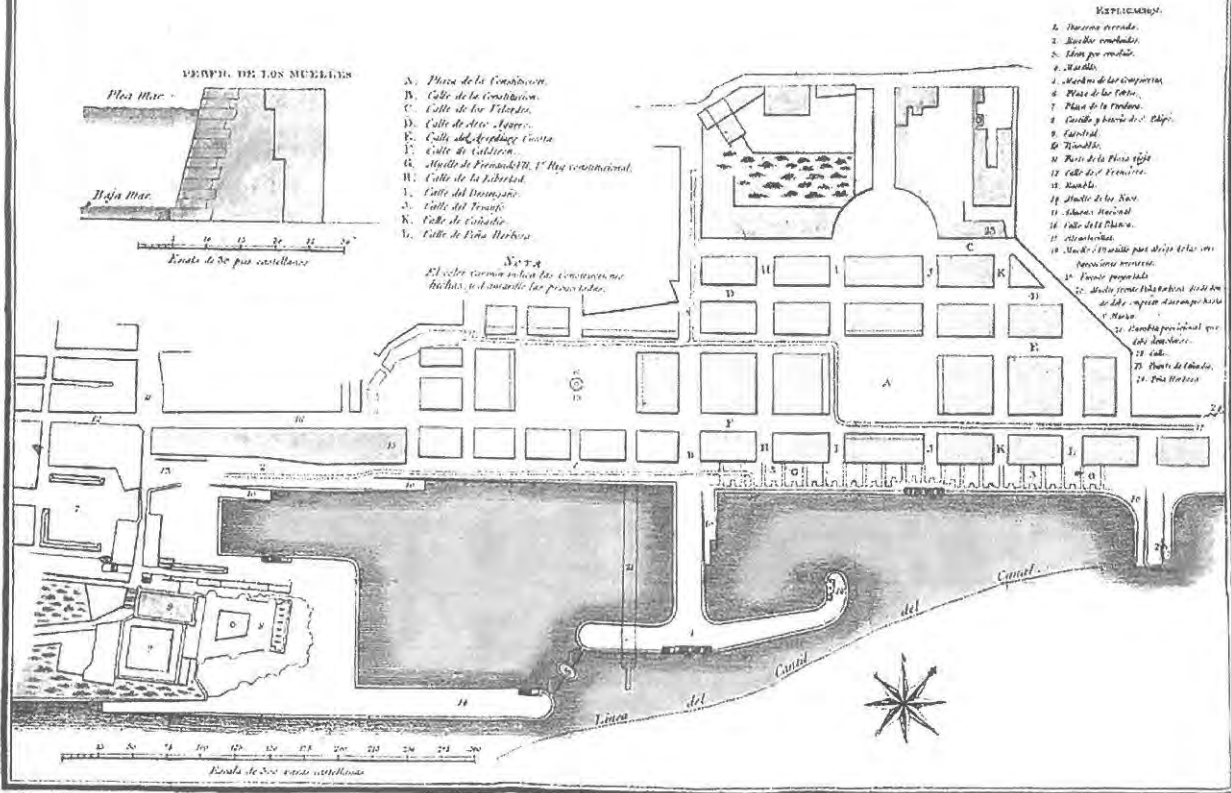
La revolución urbanística y portuaria cambió con los años la fisonomía de la ciudad. En 1871 el *Boletín de Comercio* recogía la noticia de figurar el Sardinero como playa de moda. Al año siguiente se creaba, por Real Decreto, la Junta de Obras del Puerto, de trascendental importancia para la ciudad. Cuando Pereda escribe en 1876 *Tipos trashumantes*, el Santander de *Escenas montañesas* de 1864 quedaba en el recuerdo como algo ya lejano respecto a la visión de la ciudad, ahora con cerca de 40.000 habitantes, turismo y ferrocarril urbano. Pereda ofrece una nueva perspectiva de la capital en los meses de mayor afluencia de forasteros, como entonces se llamaba a los turistas que, procedentes sobre todo de Madrid y de



Lorenzo Martínez Viademonte,  
catedrático de Pilotaje y Maniobras.



**PLANO DE LOS MUELLES Y NUEVO POBLADO DE LA CIUDAD DE SANTANDER.** Año de 1831.  
*Plano que demuestra las variaciones para la continuación del proyecto de obras para la trasca, muelles y nuevo poblado de esta Ciudad.*



Castilla, se acercaban a las playas de la ciudad a tomar los baños de ola. Nos informa así, sobre estos baños, los lugares de alojamiento de los forasteros castellanos en el barrio de Miranda y cómo actuaban los bañeros. Sólo habían transcurrido doce años desde la aparición en las *Escenas montañesas* a la publicación en 1876 de los primeros *tipos*, descritos en *La Tertulia*, y en ese tiempo Santander presentaba ya una fisonomía urbana

muy diferente. En junio de este último año se había inaugurado el servicio de tranvías de la ciudad al Sardinero, acogido con gran entusiasmo por el público. La elección de este lugar como enclave especialmente dotado para el veraneo se consolida este año con la reforma del alumbrado, la mejora de los paseos de la zona y la creación de la fonda de Pombo. La pequeña ciudad cobraba en el estío un ambiente especial con fiestas populares y espectáculos.

Ese año hubo bastantes veraneantes que ocuparon fondas y casas de alquiler e incluso habitaciones, los más modestos. Los visitantes, tal como apunta Pereda, iban al Círculo de Recreo y a presenciar la entrada de los vapores correos o hacían excursiones hasta el faro. En julio se celebraron corridas de toros y fiestas en la bahía (palo encebado, el trapecio y las pipas vacilantes) y fue iluminada la Alameda. En el teatro se representaba *Sullivan* con una gran asistencia de público que frecuentaba también los bailes campestres de «La Camelia», en el Sardinero, o iban a ver a la Fornarina en el Teatro Principal.

La visita de la Reina para tomar las aguas en el balneario de Ontaneda puso de moda el veraneo en Santander, al que acuden las familias principales de la alta burguesía, del comercio y de la nobleza, que se hospedaban en los hoteles y fondas del Sardinero. Eran estos establecimientos en 1876 el Hotel Barbotán, el Hotel Coterillo, el Gran Hotel Canales, el Gran Hotel de París y la Fonda Zaldívar. Los precios oscilaban entre cuarenta reales para las habitaciones de primera con vistas a la playa y treinta, para las de segunda. Los niños hasta siete años pagaban la mitad de precio y de veinte a veinticuatro reales los criados, según el cuarto que ocuparan y comiendo, eso sí, a segunda mesa. Ese año veraneaban Ramón de Campoamor, el marqués de Gaviña, la marquesa de Oliva, la de Zugasti y la de Griñón; el marqués de Novaliches con su familia; el conde de Santa Olaya, la marquesa del Nervión y el duque de Amodóbar con las suyas, Federico Hoppe y acompañantes, etc. También vino a Santander por razones de salud el violinista Fernández Arbós. Muchos de ellos se alojaban en el Gran Hotel



Retrato de su época en París.

París y no les harían ninguna gracia las sátiras a políticos y barones que iban apareciendo en *Tipos trashumantes*. Como en su momento diremos, Pereda muestra siempre una animadversión hacia la clase de la alta burguesía, nobiliaria o enriquecida, a la que pinta como vanidosa, superficial y ridícula. No salen mejor parados los políticos y los representantes de la prensa.

Muchos años después, José del Río Sáinz se preguntaba si aquel regionalismo literario no resultó a la larga funesto para Santander «porque hizo cobrar a los santanderinos la aversión a lo extraño que aún perdura en nosotros».<sup>23</sup> Esa animadversión perediana hacia Madrid y sus gentes no tenía, sin embargo, una causa justificada. Tanto durante el periodo en que se preparó para ingresar en la Academia de Artillería de Segovia, cuando ejerció de diputado a Cortes o como miembro de número de la Real Academia Española, sus experiencias de Madrid fueron siempre positivas y agradables. No ocurrió así con Andalucía, región que, según sus palabras, no entró nunca en él, lo que tal vez influyó en un prejuicio hacia sus paisanos, los «jándalos», que buscaban trabajo en aquellas tierras. En su obra literaria únicamente figura Madrid en *Tipos trashumantes*, en *Pedro Sánchez* y en *La Montálvez* (1888) y, además, en parte, con connotaciones negativas. Sobre Madrid inciden sus ataques a la sociedad o en la descripción de la revolución de 1854. En ningún momento aparecen en estos dos últimos libros, a diferencia de en las novelas de Galdós, el comercio madrileño, las iglesias y conventos o los cafés y barrios típicos de la capital. En cambio, sí sintió una gran simpatía hacia Cataluña, lo que conocemos con detalle por sus visitas y relaciones con su intelectualidad, si bien no aparece tampoco como lugar y escenario de su obra.

De las salidas del escritor al extranjero hay escasa información y sólo por unas cartas sabemos de su estancia en París y de su viaje a

<sup>23</sup> «Progreso y Regionalismo», *La Voz de Cantabria*, 4 de octubre de 1927. Ver MADARIAGA, Benito: *Crónica del Regionalismo en Cantabria*. Santander, Ediciones Tantín, 1986, p. 90.

Portugal. Ni eso siquiera tenemos, en cambio, de su viaje a Vevey, con su amigo Fernando Fernández de Velasco, para ir a ver al pretendiente don Carlos cuando era el novelista miembro de la Junta provincial católico-monárquica de Cantabria. Pero la falta de noticias quizá fue la consecuencia de que no tenía mucho interés para él o no le convenía, ya que con el tiempo se fue apartando de la militancia activa del partido.

Lo que sí sabemos es que en París trató de divertirse, asistió a los espectáculos frívolos de la época a los luego se refiere, visitó los monumentos y museos de París y censuró los modos de vida de la ciudad, pero sus escasas descripciones son también, sorprendentemente, para fustigar la sociedad parisina y sus costumbres. En la carta-artículo que escribe a su amigo Eduardo Bustillo, le dice a modo de conclusión: «Aun admitiendo, como erradamente se cree por el vulgo, que toda la Francia sea París, deben concederse a esta nación grandes virtudes, porque las hay, y muchas, bajo la capa de cieno que envuelve su capital». Pero se fijó más en los valores negativos que en lo verdaderamente admirable del país vecino.<sup>24</sup>

Resulta curioso observar cómo, respecto a la visita que hizo a Portugal con Pérez Galdós, las dos visiones del mismo viaje por ambos escritores fueron diametralmente opuestas.

El verano de 1876, al que nos estamos refiriendo, se prolongó durante todo el mes de septiembre en que a primeros la Reina Isabel II visitó con sus hijos el vapor *Correo Alfonso XII*. Todavía el 25 de ese mes se decía en el *Boletín de Comercio*:

«Se conoce lo que Santander ha progresado en habitantes y animación en los días de fiesta, cuando nos favorecen estos con un tiempo tan hermoso como el que hacía ayer. El Muelle, el Sardinero y la Alameda estuvieron animadísimos, y si juzgamos por los carruajes que vimos llegar al anochecer debemos figurarnos que los expedicionarios a los pueblos de las inmediaciones de la ciudad fueron muchos».<sup>25</sup>

<sup>24</sup> «Correspondencia pública» en *Escritos de juventud, O. C.*, t. 1, ob. cit., p. 48.

<sup>25</sup> *Boletín de Comercio*, 19 de octubre de 1876, p. 2.

No vuelve a introducir el ambiente urbano de la capital hasta que en 1885 publica *Sotileza*, si bien las referencias se circunscriben a tiempos anteriores y a los mencionados barrios de la población mareante. Son recuerdos juveniles con circunstancias y personajes que conoció apenas llegado a la ciudad. Aquel Santander de mediados de los años ochenta había conseguido importantes mejoras en la ciudad como fue la inauguración del muelle de la Trasatlántica (1881) y comienzan las obras del Plan Lequerica, que comprendía el relleno de la Ribera y la construcción de la dársena de Molnedo.

Cuando publica *Nubes de estío* y *Al primer vuelo* en 1891, el veraneo en Santander, preferentemente en torno al Sardinero, era ya moda en toda España desde muchos años antes, hasta el punto de estar completos los hoteles en agosto, acaparados por la «elegante colonia madrileña», pero también por altos funcionarios y familias castellanas. En la primera de estas dos novelas ya describe el tranvía urbano y la gira de la juventud en el vapor de ruedas número 4 con el que la Compañía Corconera organizaba excursiones al Río Cubas. Pero otros muchos alicientes tenía entonces la ciudad con conciertos en el casino del Sardinero y en los cafés Cántabro y Áncora o en la Plaza de la Libertad por la Banda de música municipal o la del Regimiento San Marcial. Al coincidir el veraneo con las fiestas de la ciudad se organizaron bailes en el Círculo de Recreo, veladas en la Alameda segunda, corridas de fuegos artificiales, toros y carreras de velocípedos y de caballos en el Hipódromo de la Albericia. Santander era frecuentado entonces también por visitantes ilustres como Benito Pérez Galdós, Germán Gamazo, la familia de Arsenio Martínez Campos o el marqués de Vallejo.

La utilización de balandros durante el verano, que aparece en *Al primer vuelo* era entonces frecuente, con competiciones en Santander, Bilbao o Santoña e, incluso, con la participación de embarcaciones santanderinas en regatas internacionales fomentadas por el Club de Regatas.

Ese año de 1891 comenzaron las obras de construcción de la Dársena de Maliaño, al siguiente se inauguró el ferrocarril Santander-

Solares y en noviembre de 1893 tenía lugar la tan conocida explosión del vapor «Cabo Machichaco», con sus consecuencias desastrosas para la ciudad. Desgracia que sirvió de base para el relato breve *Pachín González* de 1896.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Puede leerse en PEREDA, José María: *Pachín González*. Edición, estudios literario e histórico de José Manuel González Herrán y Benito Madariaga de la Campa, 1985, ediciones del Excmo. Ayuntamiento de Santander.

En los años en que vivió Pereda iba a ser igualmente testigo de los acontecimientos históricos que se desarrollaron en su siglo y que tuvieron en algunos casos especial relevancia en Madrid y en la provincia de Santander, como ocurrió con la Revolución de 1854 y con la de septiembre de 1868.

En líneas generales, ese periodo de setenta y tres años abarca desde la muerte de Fernando VII y la Regencia de María Cristina hasta la fecha de la Conferencia de Algeciras, presidida por Alfonso XIII en 1906, año en que el rey celebró sus esponsales con Victoria Eugenia de Battenberg, acto empañado por la tentativa regicida de Mateo del Morral. En el transcurso de todo este tiempo, el escritor conoció muy directamente las guerras carlistas y la organización en su provincia del movimiento católico-tradicionista al que perteneció. El novelista oyó contar, sin duda, la acción de Vargas contra los carlistas, que tuvo lugar el año de su nacimiento, así como las batallas de Ramales y Guardamino. Ya directamente conoció la tentativa de conquista de Santander por las tropas del pretendiente en 1874, a cuya Junta de guerra perteneció en Cantabria su hermano Manuel Bartolomé. En este año, cabecillas de la facción hacían incursiones por la provincia, algunas de ellas mandadas por religiosos, que se dedicaron a asaltar pueblos, quemar registros y secuestrar personas. El triunfo de la monarquía liberal y las disensiones dentro del movimiento carlista le obligaron, con el tiempo,

a apartarse del que fue su pensamiento político y adoptar una posición pasiva.

En el reinado de Amadeo I y al ser elegido Pereda diputado a Cortes por el distrito de Cabuérniga, presencié los debates de la política en el ámbito nacional, como miembro de la minoría tradicionalista, durante la legislatura de 1871 y 1872, a las órdenes de su amigo Cándido Nocedal.

La etapa de la Restauración la vive sin intervenciones políticas, aunque en 1891 presenta su candidatura a Senador, que no obtiene, por la Real Sociedad Económica de León.

En *Pedro Sánchez* dejó constancia de los disturbios, asaltos y barricadas que se produjeron, cuando estudiaba en Madrid, con motivo de la revolución de 1854, en la que él mismo estuvo a punto de perder la vida. Allí describe Pereda las intervenciones de los patriotas vocingleros, la quema de edificios y de obras de arte, el saqueo de las casas de los moderados, movimiento revolucionario de carácter social que Pereda describe condenando la revuelta de los elementos populares.

Cuando se origina años después la revolución de 1868, el escritor no fue testigo presencial de los hechos, que tuvieron un especial protagonismo en Santander y su provincia, por hallarse en el balneario de Ontaneda (Cantabria), donde había ido a tomar las aguas. Y aunque dice que no le hicieron efecto curativo,

«no por eso bendigo menos —le escribía a Gumersindo Laverde— la hora en que salí de Santander pues durante mi ausencia ocurrieron en estas calles las escenas sangrientas de que le supongo a V. conoedor, y por eso no se las refiero. Tampoco le describo la situación político administrativa en que a la sazón nos hallamos porque es lo mismo en que se hallarán Vds.»<sup>27</sup>

Ya en 1866 Prim había fracasado en una tentativa revolucionaria y, en el verano de ese año, Antonio Romero Ortiz vino a Santander como conspirador y estuvo también en 1868, según dice José Simón Cabarga.<sup>28</sup> Santander, a raíz de la sublevación de Topete, fue una de las provincias

<sup>27</sup> CLARKE, «Cartas de Pereda a Laverde», ob. cit., p. 186.

<sup>28</sup> SIMÓN CABARGA, José: *Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles*. Santander, Diputación Provincial, 1972, p. 269.



que primero se sumaron al levantamiento revolucionario y tuvo como figura principal a Salvador Damato, hombre de confianza del general Prim, que contaba, a su vez, con dos colaboradores: en Santoña, con el militar retirado Miguel Díez de Ulzurrun y en Santander, con Pedro del Río Sáinz.

El día 20 de septiembre ya hubo manifestaciones en la capital y, si bien no pasaron de algaradas callejeras, se advertía una situación tensa. La fuerza pública se acuarteló y el alcalde emitió un bando al día siguiente pidiendo calma y aconsejando a los ciudadanos la espera de los acontecimientos a escala nacional. La goleta de guerra *Caridad* fue la primera en llegar al puerto y sumarse al levantamiento. Y aunque existía el acuerdo tácito de llegar al final sin alteraciones graves del orden público, se daba por sentado la intervención del gobierno, que envió al general Calonge a someter las provincias sublevadas del Norte. Por esta razón, se formó en Santander una Junta provisional para resistir a las fuerzas gubernamentales. Un grupo de militares comprometidos, como Juan Villegas, García Velarde, Santiyán, Palacios, etc., estaban dispuestos al levantamiento y, con este fin, se entregó el mando al general Villegas para defender la plaza. El día 23, el pueblo, ante el anuncio de la llegada de tropas, se dispuso a la defensa construyendo barricadas en sitios estratégicos de la ciudad. El 24, tuvo lugar el encuentro de ambas fuerzas, desproporcionadas numéricamente. Pese a la dura resistencia y al elevado número de bajas de los atacantes, Calonge logró penetrar en Santander donde el ejército fue acosado por los francotiradores desde los tejados y las casas vecinas. Ese día se hizo con la plaza, una vez puestos a salvo en su retirada los soldados y paisanos resistentes que embarcaron en la goleta *Caridad*, y partieron con rumbo a Santoña. Calonge fue generoso, a instancia del obispo, con los prisioneros, a los que se identificaba por las manchas de pólvora en las manos.<sup>29</sup>

La batalla de Alcolea decidió el triunfo definitivo de la revolución en toda España. El efecto de este cambio político se extendió en el país, como muy bien apuntaba Pereda, al campo político, social, administrativo

<sup>29</sup> POLIDURA GÓMEZ, Esteban: «Recuerdos de la Revolución», ob. cit., pp. 310-312.

e incluso literario. La revolución septembrina, la «Gloriosa», como fue llamada por el pueblo, aunque no logró los objetivos propuestos, tuvo una gran influencia en la transformación ideológica y social de España. Años después, escritores como Pérez Galdós, J. Yxart y Leopoldo Alas advirtieron las modificaciones que la revolución del 68 había traído en el campo literario y que también llegó a la Universidad y se extendió, por supuesto, a las relaciones del Estado con la Iglesia. «Clarín» dijo que «el glorioso renacimiento de la novela española data de fecha posterior a la revolución de 1868».<sup>30</sup>

Para Pereda y su grupo de amigos fue esta Revolución aún peor que el gobierno isabelino, contra el que algunos habían luchado desde la oposición carlista. A su juicio, se trataba de la instauración de un nuevo gobierno, anticlerical, popular, reformista y democrático, aires nuevos con los que la Revolución llegó hasta los más apartados lugares. En 1869 le decía el novelista a Laverde no poder escribir, ya que «bajo la atmósfera política que nos asfixia es imposible que se excite la imaginación, si no es para lo triste y lo sombrío». A su juicio, la única salida a esta situación estaba entonces en la restauración monárquica en el Príncipe heredero, en su madre la reina o en el triunfo de don Carlos.<sup>31</sup>

Como luego diremos, Pereda fue enemigo declarado de la nueva Constitución y sus efectos le sirvieron para criticar con sus artículos en *El Tío Cayetano* los aspectos negativos de la misma y quedó como una obsesión en su obra literaria, donde aparece siempre la Revolución con connotaciones nada favorables. Por ejemplo, Robustiano Tres Solares, de *Blasones y talegas* (1869) se quejaba de las nuevas costumbres introducidas cuando «asomó la oreja» la Revolución, dejaron de infundir respeto los blasones y le hicieron «tragar» la Constitución. El viejo y anacrónico personaje carlista resume así los nuevos tiempos: «De tan horrible desquiciamiento, de tan inaudita perversión de ideas ¿qué había de resultar? El sacrificio estéril, pero cruel, de cien víctimas inocentes como yo; la irrupción en los poderes públicos de los descamisados; la herejía, el desorden, la confusión... el escándalo universal».<sup>32</sup>

<sup>30</sup> ALAS, Leopoldo: *Solos de Clarín*. Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, editor, 1881, p. 57.

<sup>31</sup> «Cartas de Pereda a Laverde», ob. cit., p. 199.

<sup>32</sup> «Blasones y talegas», *O. C.*, t. I, ob. cit., pp. 388-389.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

**EN SANTANDER.**—Cuatro reales por trimestre: *Diez y seis* por año: pago adelantado.  
**FUERA DE SANTANDER.**—Seis reales por trimestre: *veinticuatro* por año: la misma condición de adelanto.

En el *Estranjero y Ultramar*, á precios convencionales.

## NOTAS.

Los centros generales de suscripción á periódicos quedan autorizados para recibir las de este, bajo el interés de costumbre.

Las suscripciones empiezan á contarse desde 1.º de mes.



## MODO DE SUSCRIBIRSE.

**EN SANTANDER.**—En esta imprenta, calle del Arcillero, número 1, principal.

**FUERA DE SANTANDER.**—Dirigiéndose á D. Bernardo Rueda, Administrador de *El Tío Cayetano*, en carta que contenga, en sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro, el importe de la suscripción.

## ADVERTENCIAS.

La suscripción por medio de comisionado costará *un real* mas por trimestre y *dos* por año.

Cada número suelto un real.

# EL TIO CAYETANO.

SEGUNDA EPOCA.

---

**Cuatro números cada mes, por ahora. No se devuelve ningun manuscrito que se dirija á la redaccion aunque no se utilice.**

---

Sin embargo, la Comisión provincial que se formó en Santander nada más vencer el movimiento revolucionario en toda España, que habría de dar paso a la Junta de Gobierno, estaba formada por personas amantes del orden y por miembros destacados de la burguesía de la ciudad, algunos amigos y familiares suyos, como eran Cornelio Escalante, Indalecio Sánchez Porrúa (primo de Pereda), Mariano Zumelzu, Tomás Agüero Góngora, Bonifacio de la Vega, Antonio López Dóriga, Marcos Oria y otros. Formada la citada Junta de Gobierno, se publicó una proclama en el *Boletín Oficial de Santander* que decía:

«Montañeses: Ya estamos de nuevo entre vosotros. Que por nada ni por nadie se altere el público sosiego, porque desde hoy se ocupará

esta Junta en satisfacer vuestras justas necesidades.  
¡Viva la Libertad! ¡Viva la España levantada y noble!  
¡Viva la soberanía nacional!».<sup>33</sup>

El tono y las personas no podían ser más moderados e, incluso, se suprimió en el bando el grito de ¡Abajo los Borbones! que figuraba en los despachos sobre el pronunciamiento que enviaron las Juntas de Gobierno de otras provincias. Sin embargo, al año siguiente se nombró Gobernador-Presidente a Miguel Díez de Ulzurrun.

Pérez Galdós en *La de Bringas* (1884) relata el impacto que produjo la Revolución en la burguesía española que esperaba una auténtica exaltación de las turbas, que no se produjo, aunque sí vaticinó que a partir de entonces «vendrían seguramente tiempos distintos, otra manera de ser, otras costumbres». <sup>34</sup>

En 1870 no lo duda Pereda y se vincula oficialmente, como luego diremos, al movimiento carlista influido posiblemente por sus amigos y por el ejemplo de su segundo hermano Manuel Bartolomé, que formó parte de la Junta Provincial Católico-Monárquica, de la que él era vocal. En carta a Gumersindo Laverde se lo comunicaba en estos términos: «El figurar yo en la Junta es a causa de las muchas almas tímidas que hay por aquí, que estando con nosotros en la idea no se atreven a contárselo al cuello de su camisa. Por la misma razón figura en la misma Junta mi hermano Manuel». <sup>35</sup> Así como su hermano se vio obligado después al exilio, igual que otros amigos suyos acendrados carlistas, el escritor pudo permanecer en Santander gracias a sus amistades y a su postura no activa. Gumersindo Laverde escribió a Pérez Galdós una carta en la que le decía:

#### HABITANTES DE SANTANDER:

Las desconsoladoras circunstancias con que os encontrabais ayer con la desaparición de las autoridades y de las fuerzas del gobierno obligaron, por un sentimiento patriótico, a constituir una Junta de gobierno, cuyo principal objeto era, por de pronto, conservar el orden, y cómo lo ha conseguido la Junta vosotros lo sabéis, y nuestra gratitud será eterna hacia vuestra sensatez y cordura. Ya es inútil decir que la Junta consagrará un respeto religioso a las personas y a la propiedad, como habéis tenido ocasión de observar, pues en sus principios entra de una manera rigurosa el convencimiento de que sin ese respeto no es posible sociedad bien ordenada ni que pueda desenvolverse el trabajo, la industria ni el comercio, o sea la riqueza pública. Las cosas han llegado ya a un estado en que la ansiedad pública necesita conocer más a fondo nuestras ideas, que pueden resumirse en el principio de Soberanía Nacional, que es de donde se derivan todos los derechos y deberes de los pueblos constitucionales.

Montañeses: los reyes, los emperadores y los presidentes se hicieron para la felicidad de los pueblos, no éstos para la felicidad y patrimonio de los primeros; vosotros sabéis los inmensos sacrificios que lleva hechos esta magnánima y desgraciada acción por una reina a quien idolatró y que ha correspondido indignamente a nuestros sacrificios como reina y como señora, tanto que nos tendrían por degradados los países cultos si hubieran continuado por más tiempo los escándalos que hemos venido llorando en lo más íntimo de nuestro corazón. Ya podéis comprender nuestros principios políticos, y pronto conoceréis algunos de los económicos en la pequeña escala en que puede y debe girar una Junta de gobierno de una provincia. Montañeses: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Vivan las futuras Cortes constituyentes!

Santander, 22 de septiembre de 1868.

<sup>33</sup> Firmada por Marcos Oria el 30 de septiembre de 1868.

<sup>34</sup> *La de Bringas*, ob. cit. de 1992, p. 309.

<sup>35</sup> «Cartas de Pereda a Laverde», p. 205.

«José María de Pereda me escribe de Santander diciéndome que aquel gobernador quiso prenderle por conspirador carlista, que otros han huido, pero que él ni aun las apariencias de culpado desea tener, y que por lo mismo sigue en su casa, si bien temiendo que se repita el mal rato, que para su esposa sería doblemente acerbo, cuando acaban de perder su hijo único.

Mucho le agradeceré a V. que ampare a dicho amigo y haga que le dejen en paz, seguro de que para todo sirve menos para conspirador y revolucionario, si quiera sea carlista».<sup>36</sup>

La política, por lo general, no está incluida con frecuencia en su obra, excepto en *Los hombres de pro* (1889), *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1878), en *Peñas arriba* (1895), en algún artículo periodístico, y, cuando lo hace, es para culpar a los liberales o tratar las consecuencias de aquella revolución del 68, que llegó hasta los más apartados pueblos, incluido el suyo. No aparecen, sin embargo, apenas los carlistas, a no ser de referencia o de pasada. Tampoco el proletariado asoma en sus páginas: es decir, el obrero urbano que trabaja en los muelles o en la industria y que él conocía bien. El mundo campesino y de los mareantes sí está representado en sus obras y así, junto a *tipos* como el raquero, el indiano, el jándalo o la costurera en *Pedro Sánchez*, *La Montálvez* o *Sotileza*. Las grandes transformaciones sociales que tuvieron lugar durante la Restauración o el desarrollo de aquella sociedad sólo son como un decorado de fondo costumbrista. Tampoco conoce a la sociedad de marquesas, vizcondes y barones a los que se refiere en alguna de las novelas citadas de ambiente madrileño, como *La Montálvez*. En su obra hay una dicotomía moral de los personajes, riqueza de diálogo, caricatura y moraleja final. El costumbrismo perdura insertado más de lo debido en la novela realista, tal vez porque así lo pedía un público poco alfabetizado y de escasa cultura, que todavía leía o escuchaba aleyas, romances de ciego y las novelas por entregas o de folletín que se publicaban muchas de ellas en la prensa. Los editores no encontraban buenos autores que compitieran con este otro tipo de novela que

<sup>36</sup> Original en la Casa-Museo de Pérez Galdós en Las Palmas de Gran Canaria. Reproducida por Benito Madariaga en *Pérez Galdós, biografía santanderina*, Santander, 1979, p. 172.

conformaba la literatura de consumo que, repito, aparecía en la prensa y en el folletín. El epigrama, las «pacotillas» de Estrañi, el cuento o el artículo ligero con retrato de tipos o costumbres eran lo más solicitado por los lectores. Aparte, habría que citar las publicaciones religiosas, las de carácter poético o político, las numerosas destinadas a la educación de la mujer y las revistas y periódicos. Todavía en 1876 Luis Taboada escribía en el «Álbum» de *El Aviso* de Cantabria y perduran sus colaboraciones festivas hasta finales de siglo en la prensa diaria donde tenía un numeroso público lector. La influencia del romanticismo, del costumbrismo y del género chico, que pasaba por la escena en forma de zarzuela y juguetes cómicos, fue muy grande en Pereda. Son los años en que hace crítica teatral y se representaban sainetes, comedias y zarzuelas de todo tipo. Laureano Bonet considera que hubo en Pereda una influencia del melodrama en su expresión caricaturesca y de folletín.<sup>37</sup> Su amigo Pérez Galdós diría de él, refiriéndose a su capacidad satírica, que no creía existiera hombre que tuviera «en grado más alto la facultad de ver lo cómico y todos los grados de la ridiculez de sus semejantes». Algunos de sus retratos son verdaderas caricaturas. Adviértanse, por ejemplo, las semblanzas de los personajes que acuden a la «hila» en la cocina del tío Selmo, a los que en pocas líneas describe física y temperamentalmente, o el retrato completo que realiza de Marcones o de la Galusa en *La puchera* (1889).

Más que con ambientes y sucesos históricos de la Restauración, en el ámbito nacional, Pereda trabaja los retratos de algunos tipos de aquella sociedad, vistos o recogidos en su provincia natal: el cacique, el usurero, el indiano, el hidalgo, los tipos cursis del verano o el simple aldeano trabajador. Pero también crea más tarde personajes como Silda, Venancio Liencres, el Padre Apolinar, Andrés y Luisa. Sin olvidar los de *La Montáñez* o los Peleches en *Al primer vuelo*. Quizá no le gustaba el campo, como le confesó a Unamuno, pero sí conocía la psicología, ambientes y modos de trabajar de las gentes del medio rural. De la ciudad sólo se fijó en los personajes de los recuerdos que se grabaron en su mente infantil:

<sup>37</sup> «Sonidos, imágenes, volúmenes: Pereda entre la risa abstracta y la tentación decadentista», *Insula*, núms. 547-548, julio-agosto 1992, pp. 17-20.

H. O. Eduardo de la Pedraja.

Mi estimado cuñad: puesto que U. te dedica  
este vol. el manuscrito a don Gonzalo. Hech'ale así  
como autógrafo digno de figurar entre los que convienen  
en un hermanamiento colectivo, sino como testimonio de la  
cordial amistad que te profesa su entera

Benito M. de Pereda

Dedicatoria a Eduardo de la Pedraja del manuscrito de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*.

mareantes, tertulianos, veraneantes, etc. El éxito alcanzado entre sus paisanos con las *Escenas* y *Sotileza* fue evidente y se pasaban de mano en mano y se leían en el primer caso en voz alta los cuadros costumbristas entre los grupos analfabetos de mareantes.

Al finalizar el siglo, Pereda siente hondamente la pérdida de las colonias. Intenta entonces, incluso, hacer una novela patriótica y colabora como miembro de la Junta que recaudó fondos para ayudar en la guerra.<sup>38</sup> El pensamiento de Pereda durante la Restauración lo conocemos tanto por sus obras como por sus epistolarios. En éstos intercambia opiniones sobre la política del momento, la literatura, los resultados de las elecciones, etc.

<sup>38</sup> Ver el capítulo II, sin firma, escrito por Benito Madariaga, «Panorama del fin del siglo XIX en Santander», en *Cien años de Caja Cantabria*. Torrelavega, Caja Cantabria, 1999, pp. 31-42.

Al tener lugar el Desastre colonial y ya cumplidos sesenta y cinco años, considera que su obra está ya finalizada. Pocos años antes, con motivo de su entrada en la Academia, dejará patente su animadversión a los movimientos literarios del momento y a los autores modernistas, postura que fue correspondida recíprocamente, como luego diremos.



## Nacimiento y familia

Cuando José María de Pereda y Sánchez Porrúa nace en Polanco el 6 de febrero de 1833, tiene lugar la sucesión al trono de Isabel, la hija de Fernando VII, cuya designación iba a ocasionar la más importante guerra civil de ese siglo en España, al reclamarlo su tío, Carlos María Isidro. La nefasta herencia del monarca muerto originó el enfrentamiento de las dos Españas con las guerras carlistas.

Los padres del escritor, Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro (1786-1862) y Bárbara Josefa Sánchez Porrúa (1788-1855) eran naturales, respectivamente, de Polanco y de Comillas y se habían casado muy jóvenes, el 17 de septiembre de 1803, matrimonio del que tuvieron una larga descendencia. Del padre sabemos muy poco y, posiblemente, aparece como personaje en *El sabor de la tierruca*, donde también se encuentra una descripción de la casa natal, que había sido construida en 1766 por los abuelos paternos del escritor Antonio Haro, Familiar y Notario del Santo Oficio, y por su mujer Francisca de Menocal. Su nieto Vicente describía así a Juan Francisco: «Era recio de cuerpo, menos alto que sus hijos mayores, bien compuesto el rostro y cabeza».<sup>39</sup> Ocupaba su tiempo en las labores agropecuarias, como hemos dicho, y en la administración de su hacienda. Escribía con buen estilo las cartas y era muy dado a intercalar en ellas latines y expresiones que denotaban su formación juvenil no olvidada. De Juan Francisco no se conserva ningún retrato, entonces de costoso precio, pero sí tenemos conocimiento de su carácter religioso

<sup>39</sup> PEREDA, Vicente de: Notas familiares. Copia mecanográfica. Cortesía de María Fernanda Pereda y Torres Quevedo. «Apéndice», p. 51.

y de sus inclinaciones políticas por el régimen absolutista e inclinado probablemente hacia la ideología carlista.

Su mujer, descendiente de una familia de renombre, era igualmente una persona de acendrada religiosidad y buena lectora de las Sagradas Escrituras y de libros piadosos. De ella sí se conserva un retrato, porque se lo encargó hacer su hijo indiano Juan Agapito. «Era alta y fornida, con rostro moreno y poco bello y en el que dominaban los ojos garzos y profundos».<sup>40</sup>

Establecidos en Polanco, tuvieron que mantener mediante el trabajo en el campo y la ganadería a la numerosa familia de veintidós hijos, de los que llegaron a adultos solamente nueve. El matrimonio pidió ser enterrado en el cementerio contiguo a la iglesia del Santuario de Las Caldas de Besaya, donde reposan sus restos.

En la novela *Pedro Sánchez*, el escritor recogería, el ambiente familiar de una manera casi autobiográfica al trasladarlo a la vida del protagonista. Así alude a la escasa hacienda de sus padres proveniente de la explotación de tierras y ganados y de los ingresos por rentas y aparcerías. En los años de 1844 al 46 adquirió Juan Francisco fincas en Polanco, posiblemente gracias a la ayuda económica de su hijo mayor Juan Agapito, residente en Cuba. Pero durante algunos años, la familia tuvo problemas por sucesos hereditarios, a los que hace mención su hijo en la novela citada cuando se refiere a «una carga de justicia, tan pronto reconocida como puesta en tela de juicio por el gobierno». La dedicación a la ganadería de los dos hermanos mayores del escritor, Juan Agapito y Manuel Bartolomé, así como la participación en concursos ganaderos y en la compra de sementales hace pensar que la familia se dedicó, como el resto de los vecinos, a la explotación del ganado bovino,



Bárbara Sánchez Porrúa.



Placa con la fecha de construcción de la casa de Pereda.

<sup>40</sup> Ibidem, p. 49.



Juan Agapito de Pereda.

lanar y cabrió y al cultivo y recolección de los productos típicos del campo. Así parece corroborarlo la descripción de la casa donde, como hemos señalado, tenía establo, cobertizos y una huerta contigua, lo que facilitaba el trabajo de su dedicación campesina que les hacía ser quizá más ricos que otros vecinos. En efecto, lo eran además por genealogía e hidalguía y también por tener escudo blasonado en la fachada y una preparación cultural superior a sus convecinos; pero el sustento de tan numerosa familia supuso un agobio constante para los padres. Esta situación cambió al emigrar el hijo mayor, Juan Agapito (1804-1870), a América en 1822, donde se dedicó a los negocios con buena fortuna y logró adquirir un capital. Desde Cuba envió importantes cantidades de dinero a la familia sacándola de sus penurias económicas. El año antes de morir la madre regresó a Polanco donde fue alcalde de 1854 a 1870. Establecido en Ramera, reformó una casa antigua de la familia y la amuebló y decoró al gusto francés e inglés, tal como había visto en

sus viajes al extranjero. El ayuntamiento de Polanco le cedió los terrenos a cambio de rellenar, a su costa, varias pozas de aguas estancadas. Fue hombre con un gran sentido comercial. Publicó un folleto sobre el ferrocarril de Alar que él deseaba que pasara por Mogro y Requejada. A su juicio, el abaratamiento de los transportes era imprescindible para que los trigos castellanos pudieran competir.

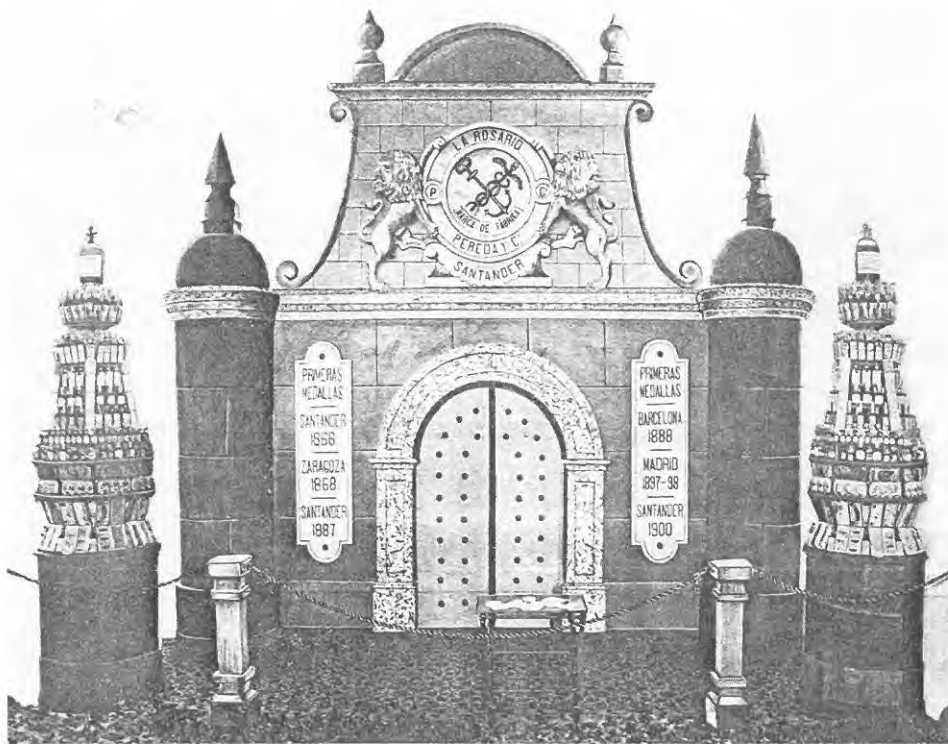
A partir de su regreso a Cantabria fue el mentor de la familia y el que aconsejó a sus padres el traslado a Santander con los cuatro hijos que todavía vivían con ellos. Juan Agapito fue, igualmente, el que sugirió a su hermano José María que estudiara la carrera militar y, al fracasar en su tentativa, le animó a publicar su primer libro. Soltero y con una gran fortuna, montó negocios por cuenta propia e intervino en política como candidato por la Asociación de Católicos de Santander en 1869. En 1864 figuraba en la lista de votantes en las elecciones de Diputados a Cortes,

en las que obtuvieron los votos los candidatos José Posada Herrera y José Antonio Cedrún. No participó, sin embargo, su hermano José María, al no ser, posiblemente, entonces contribuyente. Juan Agapito, como otros muchos de la alta burguesía cántabra, se vio sorprendido y atemorizado por los cambios e innovaciones que trajo la revolución de 1868 y que podía afectar a los grandes propietarios. Al poco tiempo de llegar de Cuba, desde 1848 a 1860, fue adquiriendo fincas por compra a los vecinos de Polanco.<sup>41</sup>

Su hermano inmediato siguió sus mismos pasos y se dedicó también a los negocios y a la ganadería. Juan Agapito compró un semental de raza Pardo alpina llamado «Navarro primero» que prestó gratuitamente a sus convecinos. Falleció el 6 de enero de 1870 y la familia anunció durante cuatro días en el *Boletín de Comercio* las exequias fúnebres, celebradas en la Iglesia de la Compañía los días 14 y 15. Ello parece indicar el interés de resaltar la figura del fallecido, como destacado hombre del comercio.

Manuel Bernabé, el segundo de los varones, participó en la Feria y Exposición de ganado de 1871 con una becerra, «Blanca», de esta misma raza bovina, y facilitó también un semental a los ganaderos del pueblo. Con un sentido igualmente comercial fue uno de los fundadores y accionista de la fábrica «La Rosario», dedicada a la producción de jabón, velas, ácido sulfúrico y agua de colonia, negocio que compartió, como decimos, con la explotación vacuna y con la participación en los concursos ganaderos. Manuel Bernabé permaneció también soltero como su hermano Juan Agapito, se dedicó a la política y regentó el citado negocio, cuyo escudo de armas mantenido por dos leones ostentaba en el centro un áncora, un caduceo y las iniciales P. y C. Era una empresa próspera y una de las fábricas más populares y rentables de España, cuyos productos de perfumería, fabricación de jabón fino o de tocador, polvos de arroz, aguas dentífricas, pomadas, etc., se exportaban a América. Había obtenido primeras medallas en las Exposiciones de Santander de 1866, de Zaragoza de 1868, de nuevo en Santander en 1887, en Barcelona al año siguiente y en Madrid en 1897-99.

<sup>41</sup> *Bol. Oficial de la Provincia de Santander*, núm. 7, enero de 1869. Ayuntamiento de Polanco. Registro de la Propiedad de Torrelavega.



Fotografía que representa la instalación de la Fábrica de Jabones «La Rosario» de Pereda y Compañía.

Debido a su compromiso político y actuaciones como jefe del carlismo local, Manuel Bernabé tuvo que huir a Francia y el gobernador de la provincia ordenó en 1874 su captura y el embargo de sus bienes.

Cuando la familia se fue a vivir a Santander al número 3, tercero, de la Cuesta del Hospital, el padre, Juan Francisco, tenía ya 59 años y su mujer dos menos. En el censo de 1845 figura que llevaban dos años de residencia en la capital. En el padrón de aquel año sólo aparecen los padres con el pequeño José María de doce años y una sirvienta de quince. Quizá debido a la pequeñez del piso, tres años más tarde se mudaron al número 9. En el padrón de 1848 figuran ya con ellos tres hijas solteras

del matrimonio, Dolores, Gertrudis y Petronila, que anteriormente debieron de permanecer en Polanco.<sup>42</sup>

La familia, tanto directa como colateral, fue numerosa y sus miembros son citados en los catastros donde aparecen como hijosdalgos, presbíteros y miembros del Santo Tribunal de la Inquisición o Familiares del Santo Oficio. En este sentido, un hermano del abuelo paterno del escritor, Antonio de Pereda y González Cacho, fue Inquisidor electo de la Inquisición en México; un hermano de éste, José, figura como capellán y presbítero; y el bisabuelo, Venancio de Pereda y de la Cantolla-Miera, ostentó el cargo de Secretario de Cámara del Excmo. Sr. Inquisidor General en la Corte y presentó las pruebas para Familiar del Santo Oficio. Por la rama paterna los Pereda descendían de Rumoroso y, por la materna, de Comillas, donde los Sánchez Porrúa tuvieron también representantes destacados en la Iglesia española. Dos de los Pereda, Francisco Vicente de Pereda y de la Cantolla-Miera (1772-1846) y Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro (1786-1862) se casaron respectivamente con las hermanas María y Bárbara Josefa Sánchez Porrúa.

<sup>42</sup> Cf. Padrón general de 1848. Archivo Municipal de Santander.

## Estudiante y recuerdos juveniles

El traslado a Santander con sus padres le presenta un panorama urbano y portuario completamente diferente al de sus primeras vivencias infantiles en Polanco. Tras los estudios de Primaria en la escuela del pueblo, la familia decide que estudie el bachillerato en el Instituto Cántabro de la calle Santa Clara, en el que realiza el ingreso en 1843. Cursa al año siguiente el primer año de Latinidad. Fue un estudiante de rendimiento mediano, con calificaciones de Regular en el segundo y tercer año de Filosofía y Suspenso en el cuarto de 1847-48. Fueron profesores suyos Bernabé Sáinz, de Sintaxis latina; Juan Echevarría, de Matemáticas; Celestino Alonso, de Lógica; Lorenzo Alemany, de Lengua francesa o José María Orodea, de Geografía e Historia.<sup>43</sup> Algunos de ellos fueron recordados en sus escritos, como el duro y temible Bernabé Sáinz o el exigente Orodea:

«Como Don Quijote con los libros de caballería, me pasaba yo las noches en claro, estudiando el Carrillo, sacando oraciones y traduciendo a Orodea, y con tal ansia devoré aquel *Arte*, tan a mazo y escoplo lo grabé en mi memoria, que hoy al cabo de treinta y más años, me comprometería a relatarlo, después de una sencilla lectura, sin errar punto ni coma».<sup>44</sup>

Los estudios entonces comprendían cinco años, más preparatorio, y se terminaba con el grado de bachiller en Filosofía. Cuando escribe *La*

<sup>43</sup> MADARIAGA, Benito y VALBUENA, Celia: *El Instituto de Santander. Estudio y documentos*. Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1971, pp. 58, 80 y 103-105.

<sup>44</sup> «Más reminiscencias», en *Esbozos y rasguños, O. C.*, t. 1, ob. cit., p. 1.228.

Montálvez aplica al personaje Ángel Núñez, algunas de sus vivencias juveniles, cuando dice: «Cumplió bastante bien con sus deberes escolares. No descolló gran cosa entre sus condiscípulos de primeras y segundas letras, pero tampoco fue de los últimos». <sup>45</sup>

La dificultad para aprobar la asignatura de Geografía hizo que tuviera que recibir clases particulares. A los catorce años se describe a sí mismo en estos términos: «Robustote y fuerte por naturaleza, y hasta gordinflón (*¡quantum mutatus ab illo!*), a pesar de mis catorce años, representaba diez y nueve, circunstancia que no dejaba de darme preponderancia entre mis condiscípulos, sobre todo entre los que eran más débiles que yo». <sup>46</sup>

Terminados sus estudios, comienza a los diecinueve años a frecuentar los bailes que por entonces se pusieron de moda en la ciudad. Eran estos de dos clases: los que se celebraban durante el verano en el «Salón campestre» de Toca, en el Río de la Pila y en las huertas de Jacinto Noriega, de ocho a doce de la noche, y los que de julio a octubre tenían lugar en las huertas de Mazarrasa y de Trueba. A los primeros acudía la alta burguesía formada por ricos indianos, propietarios, comerciantes, títulos de Castilla y mineros afortunados. A los segundos, frecuentados por Pereda, asistían los estudiantes y las costureras. Esta separación social molestó al futuro escritor, quien así lo expresa en un artículo publicado en 1865 en *La Abeja Montañesa*, en la que defiende únicamente la aristocracia del dinero y del trabajo y no la de una nobleza de blasones y pergaminos. <sup>47</sup> Tiempo después, aunque escribiría que a sus bailes sólo daban entrada a «lo escogido de la juventud del pueblo», la realidad parece ser que los bailes distinguidos eran los otros, a los que asistían indianos, empresarios y nuevos ricos, personajes a los que haría después objeto de su animadversión. Al principio le gusta el baile y cuenta que lo saboreaba



Columnas de la Rectoral del antiguo Convento de Las Clarisas, convertido en Instituto en 1838.

<sup>45</sup> «La mujer del César» en *Bocetos al temple*, O. C., t. I, ibídem, p. 518.

<sup>46</sup> «El primer sombrero» en *Esbozos y rasguños*, O. C., t. I, ibídem, p. 1.180.

<sup>47</sup> «Varios», t. VI. Colección F. de Vial. Biblioteca Municipal de Santander, p. 269.



«como un niño un caramelo».<sup>48</sup> Sin embargo, diez años más tarde cambia radicalmente de opinión y se muestra contrario por razones morales y, así, escribe en «Fisiología del baile»: «¿Me casaré yo algún día? Y si me caso, ¿habrá “bailado” mi mujer? ¿Llegaré a tener hijas? Y si las tengo, ¿dejaré que me las bailen?».<sup>49</sup>

Cuando llegó el momento de elegir una carrera cuenta que hubo grandes porfías en la familia y es posible que por sugerencia, como hemos dicho, de su hermano mayor, se decidiera, al fin, por los estudios que le permitieran ingresar en la Academia de Artillería de Segovia. En el otoño de 1852 se trasladó con este propósito a Madrid, donde se hospedó con otros estudiantes montañeses en la calle del Prado núm. 2. Durante el curso se preparó en el colegio de su paisano el arquitecto Antonio Ruiz de Salces, que después perteneció a la Academia de Bellas Artes de San Fernando. La verdad es que el ambiente de Madrid y la vida estudiantil de tertulia en el café de «La Esmeralda», los bailes de Capellanes y la asistencia al teatro fueron para él una tentación insuperable, que le inclinó más por la vida social y las fiestas, que por la del estudio. Así parece desprenderse de la carta que le escribe en 1853 a su primo Domingo Cuevas: «Aquí cuando por fas, cuando por nefas, siempre hay alicientes que arrastran a uno en pos de la corte y que, al fin y a la postre, llega uno a mirarla con demasiado apego, y llegará día en que se sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña».<sup>50</sup> No sabemos el resultado de aquellos estudios y ni siquiera si llegó a presentarse al examen de ingreso.

En Madrid fue testigo de la revolución de 1854, en la que estuvo a punto de perder la vida por el tiroteo originado en las calles, sucesos que relata con detalle en su novela *Pedro Sánchez*. Allí dedicó una buena parte del tiempo más a la lectura de novelas que a resolver problemas de matemáticas. En la citada obra nos cuenta las lecturas entonces en boga, desde el folletín a la novela histórica, al relato costumbrista a una literatura importada y traducida del francés. Lo relata así por boca del protagonista:

<sup>48</sup> «Los bailes campestres» en *Escenas montañesas, O. C.*, t. 1, ibidem, p. 287.

<sup>49</sup> «Fisiología del baile», ibidem, p. 1.168.

<sup>50</sup> HUIDOBRO, Eduardo de: *Bol. de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 1933, pp. 8-30.

«Resuelto a no salir de casa y a acostarme temprano, pediles una novela, y me dieron a elegir entre más de ciento que me fueron mostrando, llevándome de alcoba en alcoba. Todo Paul Koch andaba por allí; lo más crudo de Pigault-Lebrun; lo selecto de Dumas y Soulié; *El judío errante*, a la sazón objeto de los más terribles anatemas de la censura eclesiástica, y *Nuestra Señora de París*, prohibida también por el Ordinario». <sup>51</sup>

En el teatro ocupaban la cartelera Zorrilla, Tamayo y Baus, Luis Eguílaz, Bretón de los Herreros y Hartzenbusch. La zarzuela empezaba a imponerse como género musical al alcance del pueblo. Ya entonces intenta escribir una obra de teatro, *La fortuna en un sombrero* (1854), comedia donde aparece el tema del idilio, el matrimonio de conveniencia y el caso de la joven sacrificada por el matrimonio para salvar la economía familiar. La joven Elvira es abandonada por su pretendiente y de una forma casual Serafín, que llega al domicilio a formular un reclamo, ocupa el puesto y se casa con Elvira que le atrae desde el primer momento. La obra no pasó de ser un ensayo juvenil que, para bien suyo, no llegó a estrenarse ni a publicarse.

De regreso a su casa, después del fracaso de los estudios, se le presentaba el dilema de escoger una forma de vida por cuenta propia o entrar a formar parte en alguno de los negocios familiares o de amigos suyos. Quizá, como el personaje Pedro Sánchez, pensó en algún momento solicitar cualquiera de las plazas vacantes de Secretario de un ayuntamiento, que se concedían mediante solicitud de los aspirantes y que en 1870 estaba dotada de un sueldo anual de 600 pesetas. Pero lo que a él le gustaba en realidad era escribir, para lo que creía tener buena disposición. La oportunidad se le presentó al aparecer en Santander *La Abeja Montañesa* diario desde 1859. La vuelta a Santander del joven Pereda no había sido nada afortunada, ya que venía con el fracaso en los estudios y en 1855 moría su madre. Esta desgracia familiar y el contraer la enfermedad del cólera le tuvieron postrado y con gran desánimo. A causa de ello, al año siguiente, se le presentó una neurastenia que obligó

<sup>51</sup> *Pedro Sánchez, O. C.*, t. II, ob. cit., p. 50.

# LA ABEJA MONTAÑESA.

Periódico de intereses morales y materiales, satírico, literario, agrícola y mercantil.

---

Se publica los Domingos—Se suscribe en su Redaccion ó Imprenta, calle del Arzobispo, núm. 8.—Su precio es 15 rs. por trimestre llevado á domicilio, y 15 adelantados fuera de la ciudad. Los números sueltos se venden á real y medio.

---

Año I.

Domingo 25 de Octubre de 1857.

Núm. 4.

---

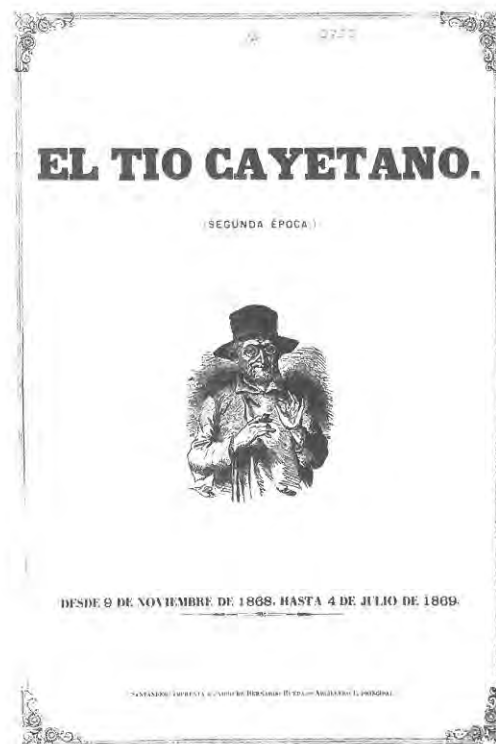
a la familia a enviarle a Andalucía, donde permaneció una parte del año 1857. A su regreso publica en *La Abeja* el artículo «La gramática del amor», aparecido el 28 de febrero de 1858. Sus primeros escritos son anónimos, están únicamente firmados por la inicial de su apellido o con el pseudónimo «Paredes». Por lo general, tratan de crítica literaria del repertorio de comedias y zarzuelas que pasaban por el teatro de Santander, de colaboraciones de carácter costumbrista o sobre la vida local, de las que luego diremos. Aunque su valor literario era escaso, le sirvieron para iniciarse en ciertos temas que luego introducirá en sus libros y que evidencian la gran afición de Pereda por el teatro, se da a conocer en la ciudad por este periódico tan leído. José Antonio del Río dice que «entonces empezó a sonar con algún crédito de escritor agudo y discreto».<sup>52</sup>

Estos artículos son simultaneados con otros en *El tío Cayetano*, periódico santanderino que tuvo dos épocas: la primera del 5 de diciembre al 6 de marzo de 1859 y la segunda del 9 de noviembre de 1868 al 4 de julio de 1869. Fue, sobre todo en su última etapa, una imitación de *El Padre Cobos*, con secciones idénticas, donde se zahería al gobierno

<sup>52</sup> *La provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*, t. II, Santander, 1889, p. 110.

liberal y a la reciente Revolución del 68. En ambas las colaboraciones eran anónimas. De la segunda época, aunque sin firma, fueron escritos por José María de Pereda los titulados «¡Loado sea Dios!» y «Preliminares», donde examina desde su prisma los objetivos de la Revolución con respecto a la monarquía constitucional. Sus colaboraciones son unas veces en verso, «Fabulilla casera» (15-XI-1868), «Romance morisco» (29-XI-1868) como «Pesadilla» (6-XII-1868) y otras, en prosa, pero siempre con sentido de crítica política, como «Pascualillo el pastor» (25-IV-1869), un artículo contra Topete; «La lógica septembrina» (2-V-1869), «Espíritu de las Cortes» (2-V-1869), etc. Su autoría se determina por un ejemplar anotado existente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, son el mejor material para conocer el pensamiento reaccionario de Pereda ante lo que significó el cambio introducido por la Revolución septembrina. Amparándose en el anonimato, descubre sus auténticos sentimientos y ataca a la Constitución, el anticlericalismo de algunos diputados y los nuevos aires de libertad que llegaron a España. A partir de entonces se notó en el escritor de Polanco un auténtico cambio, que llegó también a la sociedad e influyó, en su caso, en una postura ideológica concreta, como representante de la oposición carlista.

En 1862 prologa, con el pseudónimo de «Paredes», el libro *Ecos de la Montaña*, del poeta Calixto Fernández Camporredondo, lo que es indicativo de que gozaba ya de un prestigio como hombre de letras en el ambiente local de Santander. Al año siguiente, con la misma firma, colaboró en el *Almanaque ilustrado de la Abeja Montañesa*, con los artículos «Júpiter. Su vida y milagros» (pp. 42-51) y «El raquero» (pp. 68-80). Algunos de los cuadros costumbristas publicados en la sección del folletín, pasaron luego a sus libros, como ocurrió con «La costurera» (abril de 1864),



## JÚPITER.

### Su vida y milagros.

La presente historia no se escribe para los *eruditos*: á estos, como se lo saben todo, nada se les puede enseñar.

Con los que ya la han olvidado y con los que nunca la han aprendido hablamos.

Júpiter preside nuestros destinos, según el calendario, en el presente año, y no es cosa de que ignoren los sencillos lectores de nuestro ALMANAQUE quién es el *santo* á que les tocó en suerte estar, por ahora, encomendados.

Contando, pues, con el beneplácito de los susodichos lectores vamos á hacer un rápido extracto de tan interesante biografía.

Reja los destinos del Universo el inhumano Saturno, cuando Rhea, su mujer, dió á luz un retoño que, según costumbre en la casa, debía servir de almuerzo á su padre; y no en jigote ni en pepitoria, sino lisa y llanamente fresquecito y pataleando y tal como naciera de las entrañas de su madre.

A costa de tan especial tributo había comprado Saturno el trono en que se sentaba al primogénito de Urano, su hermano el forzado Titan.

Despepitábase Rhea buscando una trampa con qué librar, siquiera un hijo, de la ferocidad de su padre, cuando le ocurrió el pensamiento de darle un morrillo envuelto en pañales en lugar del niño Júpiter que acaba de nacer.

Tragóse el duro muñeco como una píldora el segundón

«Las bellas teorías» (abril 1869) o «Para ser buen arriero» (octubre-noviembre, 1865).

Dentro de esta etapa que podemos llamar periodística, coinciden sus tentativas en el campo teatral con obras cómico-líricas de carácter costumbrista: «Tanto tienes, tanto vales» (1861), «¡Palos en seco!» (1861), «Marchar con el siglo» (1863), «Mundo, amor y vanidad» (1863) y la zarzuela «Terrones y pergaminos» (1866). El escaso valor de estas obras primerizas hizo que sólo se dieran a conocer, con el título de *Ensayos dramáticos*, en una edición restringida, en 1869, con destino a sus amigos. Ya para entonces Pereda había logrado un cierto renombre a raíz de la publicación en 1864 de su primer libro, *Escenas montañesas*. La obra se componía de una bien seleccionada serie de cuadros costumbristas, de tema local en su mayoría, con textos en prosa y verso, en los que recogía tipos como la costurera o el raquero, costumbres como «La buena gloria», recuerdos de antaño y romances satíricos. El libro se publicó en Madrid y llevaba un prólogo de Antonio Trueba, que se reprodujo en la segunda

edición, a pesar de contener partes críticas por la dureza de algunas descripciones de Pereda. El autor se lo entregó al editor S. Martín y Juvera sin cobrar derechos a cambio del riesgo que corría al venderlo por su cuenta. Posiblemente su hermano Juan Agapito le sugirió y gestionó la edición.

Algunas de estas escenas fueron luego suprimidas o incluidas en otro lugar. Así ocurrió con «Los pastorcillos», parodia de una pareja de pastores, Bartolo y Bernardona, en la que presenta una pintura nada bucólica de ambos. A Pereda le pareció una composición ordinaria y de mal gusto y la suprimió más tarde, aun en contra de la opinión de Menéndez Pelayo. El retrato no era el más adecuado para satisfacer a los aldeanos montañeses y Pereda, no olvidemos, vivía en Polanco. «La primera declaración»

lo elimina también por no ser un cuadro esencialmente santanderino. Su contenido iba dedicado a las mujeres y tiene al final un diálogo de técnica teatral que termina, como dice Pereda, bajando el telón.

Dos aspectos fundamentales se advierten en este libro: el valor de algunas escenas desde el punto de vista costumbrista y la repercusión que tuvo en los medios literarios. Resultó un acierto editarlo en Madrid y aunque Pereda era un desconocido en el ámbito nacional, el libro iba avalado por el prólogo de Antonio Trueba y fue leído por los escritores de prestigio, que se percataron de su valor dentro de aquel género. Las *Escenas* no era un libro más, de los muchos que por entonces salían a la calle. La fuerza descriptiva de sus estampas, con su carácter de cuento largo; la riqueza de los diálogos, la ironía y gracejo de muchos de ellos, y la originalidad de ciertos tipos, como el «raquero» o el «jándalo», colocaron la obra dentro de las muestras más destacadas del género costumbrista en aquellos momentos en España.<sup>53</sup> No obstante, no abundaron las opiniones ni buenas ni malas, sobre sus *Escenas*, aunque después dijera que había recibido felicitaciones, posiblemente a través de otras personas, de escritores de prestigio en ese género como Mesonero, Flores y Hartzenbusch. Fue más tarde cuando éstas se reconsideraron hasta el punto de que el propio autor hizo una segunda edición. Sin embargo, cuando aparece el libro, el panorama literario en el país era de absoluta pobreza, con una dependencia de la moda francesa hasta en la lectura, debido a las traducciones. Los relatos costumbristas, retratos del natural, de extensión breve, eran los más solicitados por el público que se nutría de la novela por entregas, del folletín y del artículo histórico o folklórico con descripciones y tipos adaptados a la región.

## ESCENAS MONTAÑESAS,

COLECCION DE

### BOSQUEJOS DE COSTUMBRES

TOMADOS DEL NATURAL

POR

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA,

CON UN PRÓLOGO

DE

D. ANTONIO TRUEBA

Esta obra que se acaba de publicar en Madrid y forma un tomo en 4.º menor, de cerca de 400 páginas, de excelente papel y clara y elegante impresión, se vende en la librería de D. Fabian Hernandez, á 16 rs. cada ejemplar en rústica.

#### CUADROS DE QUE CONSTA.

*Santander (año y ogaño).—El Raquero. —La Robla.—A las Indias.—La primera declaración.—La costurera (pintada por sí misma).—La noche de Navidad.—La Leva —La Primavera.—Suum Cuique.—El Trovador.—La buena gloria.—Las visitas.—Los pastorcillos.—¡Cómo se miente!—Arroz y gallo muerto.—El espíritu moderno.*

Nota. Dirigirse para los pedidos á D. Fabian Hernandez, librería, calle del Correo, Santander.

<sup>53</sup> MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: «Ficción y realidad en la obra costumbrista de Pereda», en *Nueve lecciones sobre Pereda*. Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1985, pp. 23-45.

A través de la correspondencia de Pereda con sus amigos escritores, podemos seguir sus proyectos y tentativas para pasar del relato costumbrista a la novela. En esas cartas se sincera confesando la dificultad que le supone hacer una novela y que no se le ocurre ningún tema. Pereda se siente atrapado por el relato costumbrista y el artículo, propios por su brevedad y amenidad, como género más adecuado para el público lector alfabetizado de las clases populares. La novela exigía imaginación, dominio del diálogo, que fue, por cierto, uno de los fuertes del autor; acción de los personajes y una estructura y composición más complicada que la utilizada por los costumbristas. En este primer libro, cuadros, como el de «Suum cuique», constituyen verdaderas prenovelas o cuentos largos y, de hecho, algunas de estas primeras escenas, con un argumento, no eran meras descripciones costumbristas. Lo mismo ocurre con «Blasones y talegas», que es una pequeña novela que se publicó primitivamente en *Tipos y paisajes* y apareció, después, separada como libro. Prueba del prestigio que le otorgó su primera obra es que, sin dejar de escribir en la prensa santanderina, empieza a publicar en 1864 en el periódico madrileño *El Museo universal* y en 1866 colabora con otros autores en el libro *Escenas de la vida*, colección de cuentos y cuadros de costumbres, editado en Madrid por una sociedad de autores, entre los que figuraban Juan Eugenio Hartzenbusch, Antonio Trueba, Eduardo Bustillo, Ventura Ruiz Aguilera y Robustiana Armiño. Pereda presentó en esta antología costumbrista su cuadro «A las Indias», dedicado a la emigración y que formaba parte de las *Escenas*. Pero su salto a Madrid y la proyección de su obra a un público nacional lo hace en los años posteriores a través de la *Revista de España*, donde publicó algunos de los relatos que dieron lugar, después, a *Tipos y paisajes*. No sabemos quiénes pudieron recomendarle entonces en estas publicaciones en las que aparece junto a figuras destacadas. A partir de este momento y en menos de cinco años José María de Pereda se consolida como escritor y su nombre empieza a sonar entre los autores en boga hasta el punto de recibir elogios públicos como costumbrista. Sin embargo, todavía no se atreve a escribir una novela. Ya

introducido en ella, no abandonará el dato costumbrista, que se encuentra como injerto rompiendo, a veces, la acción. La producción literaria de Pereda resulta fácil de tipificar y seguir sus pasos hasta la novela,<sup>54</sup> que se caracteriza por una uniformidad en sus contenidos y personajes. *Pedro Sánchez* es la primera obra que le consolida como novelista. Los argumentos son parecidos en gran parte de sus novelas y buscan en el desenlace un fin moralizador. El «malo» no gana nunca en las de Pereda. Sus personajes, copiados en gran parte del natural, están ya retratados y predestinados desde el principio de una forma maniquea. Esta manera de escribir no impidió que se adelantara respecto a algunas técnicas del arte de novelar (diálogo, simbolismo, lenguaje popular, paisajismo, etc.) y que en las últimas rompiera el supuesto tradicionalismo con novelas como *La Montálvez*, *La puchera*, *Nubes de estío*, *Al primer vuelo* o *Peñas arriba*.

*Tipos y paisajes* supera al primer libro y el autor puso especial interés sobre todo en el relato titulado «Blasones y talegas». Pereda, igual que su amigo y correligionario Nocedal, opinaba que de la novela debía sacarse alguna enseñanza práctica. De aquí, que sus cuadros y relatos tengan siempre una moraleja. En definitiva, su obra se caracteriza por un dualismo moral y político de los personajes,<sup>55</sup> un retrato del natural y la búsqueda de una enseñanza.

En abril de 1869, a los veintiséis años, contrae matrimonio en la Parroquia de La Anunciación de Santander con Diodora Jacinta de la Revilla, esposa modelo según su canon y con dotes artísticas para la pintura. Vicente, su hijo menor, la recordaba con «su estampa de elegancia nativa, alta, delgada, sin canas en sus cabellos negros, de belleza tranquila y con la misma distinción al levantarse de su lecho que al vestirse para una fiesta».<sup>56</sup>

Dos años más tarde, amigos afines en ideología le animan a presentarse como diputado carlista por el distrito de Cabuérniga. El año anterior se había constituido la Junta provincial del partido, de la que era presidente su amigo Fernando Fernández de Velasco; vicepresidente, su hermano Manuel Bernabé Pereda y el propio novelista, vocal de la Junta.

<sup>54</sup> AGUINAGA, Magdalena: *El costumbrismo de Pereda: innovaciones y técnicas narrativas*. Mesoiro (La Coruña), 1994; GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel: *El reducto costumbrista como eje vertebrador de la primera narrativa de Pereda (1876-1882)*. Santander, 2002, Colección «Pronillo».

<sup>55</sup> FERRERAS, Juan Ignacio: *La novela española en el siglo XIX (hasta 1868)*. Madrid, Taurus, 1987, p. 53.

<sup>56</sup> PEREDA, Vicente de: *50 años*. Madrid, Aguilar, 1942, pp. 33-34.



67344

## BOCETOS AL TEMPLE

POR

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

individuo correspondiente de la Real Academia Española

LA MUJER DEL CÉSAR

LOS HOMBRES DE PRO

DROS SON TRIUNFOS

F. de V. del

MADRID:

IMPRENTA DE J. M. PÉREZ, CORREDERA BAJA, 41.

1876.

PROPIEDAD.

Una serie de circunstancias favorecieron el que saliera elegido por escaso margen. Le ayudó la división del voto liberal, el apoyo del clero, de las familias católicomonárquicas y el hecho de la restricción de los distritos electorales en la provincia, que quedaron limitados a cinco (Santander, Torrelavega, Laredo, Villacarriedo y Cabuérniga).

Su participación política en Madrid le sirvió para darse a conocer, ampliar sus amistades y para adquirir una experiencia en la mecánica electoral, conocimientos que vertió en su novela *Los hombres de pro*. Pereda en estos comienzos en su distrito, tuvo que visitar a los caciques y amigos influyentes que pudieran apoyar su candidatura. Con este motivo visitó a Francisco de la Cuesta en la casa de Tudanca, pero también tuvo la ayuda del liberal José Antonio González de Linares, alcalde de Mazcuerras y hermano de Jenara, madre del naturalista y primer director de la Estación de Biología Marina de Santander.<sup>57</sup> Al cesar sus actividades políticas en Madrid deja de escribir. Él mismo lo cuenta así:

«Vuelto a mi casa y más enamorado de la paz de mi hogar que de la política y que de la literatura tuve que consagrarme por entero a compartir con mi mujer los cuidados de los niños que a la sazón tenía. Cuatro o cinco años pasaron entonces sin que yo publicara ni escribiera cosa alguna».

El estímulo de Marcelino Menéndez Pelayo y Gumersindo Laverde le lleva de nuevo a su tarea de escritor. Es entonces cuando se propone publicar una novela. En cierto modo, se podría decir que, a partir de este momento, comienza la segunda etapa literaria de Pereda.

Cuando en 1891 le comunica a Menéndez Pelayo la opinión personal sobre su obra, que debía transmitir a Amador de los Ríos, le dice:

<sup>57</sup> ESTRADA SÁNCHEZ, Manuel: «La aventura electoral de José María de Pereda en 1871 y sus contradicciones políticas», en *Libro homenaje In memoriam Carlos Díaz Rementería*. Universidad de Huelva, 1998, pp. 285-296.

«No estará de más que adviertas al Sr. de los Ríos, la conveniencia para sus fines, de no fiarse mucho de las *Escenas y Tipos*, donde hay pinturas de cosas que ya no existen; así como la de empaparse un poco en el jugo de *El sabor de la tierra* y de *La puchera*, obras en las cuales hay más *Montaña*, tanto en costumbres como en el paisaje, que en aquellas colecciones de *cuadros de caballete*. Tampoco debe prescindir de *Sotileza*, en que hay mucho que es de todos los tiempos».<sup>58</sup>

Aún no había escrito todavía *Peñas arriba*, que seguro hubiera incluido entre sus preferencias.

<sup>58</sup> *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Prólogo y notas de María Fernanda de Pereda y Torres Quevedo y Enrique Sánchez Reyes. Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1953, p. 132.

## Rasgos de su personalidad

Era Pereda de mediana estatura, fornido y con un aspecto en general que recordaba más a un miembro de la alta burguesía que al de un antiguo hidalgo, aunque lo fuera por genealogía. El bigote, la perilla y los quevedos resaltaban su rostro de aspecto serio. Era de tez morena y con una cabeza dotada de pelo crespo y abundante. Su hijo Vicente retrató la personalidad de su padre en los siguientes términos:

«Tuvo Pereda, entre sus prendas de caballero cristiano y español, la de poseer un carácter legítimo y representativo como pocos, y el cual —considerado desde el punto de vista del análisis y del dibujo de su vida de setenta y tres años— representó la más grande de sus ventajas y la más rica de sus generosas aptitudes. El carácter de Pereda fue una mezcla de tradicionalismo castellano y genealógico, acentuado por una juventud de hogar campestre, hábitos de serenidad, lecturas familiares del P. Granada y ejemplos vivos de fortaleza. Sobre todo esto, una estructura mental forjada para los conceptos primarios y hostil hacia las corrientes metafísicas. Luego, una luz de iris que le permitía observar lo que los demás no observaban. Una magnífica salud. Un corazón de niño. Ánimo impresionable. Desdén absoluto y congénito para las pompas de la tierra. Desconocimiento rotundo —ya en la madurez— de su categoría como artista y de sus glorias próximas. Limitación voluntaria de su campo ideológico. Fe varonil en Dios. Creencia en la fraternidad universal como cifra del régimen cristiano. Transigencias ilimitadas dentro de los dogmas católicos y un espíritu de rebeldía nobilísima

contra los abusos de poder y contra la fama de los valores sustancialmente falsos... Todo este haz de modos y de rasgos le acompañaba en su salida al mundo». <sup>59</sup>

De joven había sentido Pereda afición por la caza y la equitación, ejercicios que no aparecen apenas en su obra literaria. No fue bebedor habitual de alcohol ni de café, que perjudicaban su salud. En cambio, sí un buen fumador, como Pérez Galdós.

Desde niño dio muestras de trastornos nerviosos, que se fueron agravando con los años y cuyos síntomas describe en su novela *Nubes de estío*. Tal vez el estar siempre acompañado por sus amigos se debiera a la necesidad que sentía de afecto y cariño al ser una persona insegura y sensible además a la crítica literaria de su obra.

Era Pereda un hombre ordenado y cuidó con atención su aspecto y vestimenta y, de igual modo, se rodeó de las mejores comodidades y adoptó enseguida cualquier innovación que le pareciera oportuna. Se ha resaltado cómo fue de los primeros usuarios del teléfono y de la americana como prenda, cuando estos aparecieron.

En las tertulias ocupaba el puesto principal por su gracia y las agudezas que vertía en su amena conversación. Fue un buen polemista y un conversador ingenioso. Rodrigo Soriano decía que su temperamento, cuando se explicaba, era de «puros nervios», con movimientos frecuentes de las manos y hasta las lentes se meneaban sobre su nariz.

Galdós recordaba así el carácter de su amigo en su *Discurso* de la entrada en la Real Academia:

«Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más ilustres de nuestra nación, aprendí muchas cosas y adquirí no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística». <sup>60</sup>



Pereda a los veintiocho años.

<sup>59</sup> PEREDA, Vicente de: «Portallada», *Bol. Biblioteca Menéndez Pelayo*, 1933, pp. 2-4.

<sup>60</sup> MENÉNDEZ Y PELAYO-PEREDA-PÉREZ GALDÓS: *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 febrero de 1897*. Madrid, 1897. Edición facsimilar con prólogo de José Luis García Delgado e introducción de Benito Madariaga de la Campa, editado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Madrid, 2003, pp. 157-158.



Caricatura de Pereda según una tarjeta postal de la colección Montagud.

Anteriormente le había ya definido, el 28 de febrero de 1888 en un artículo en *La Prensa* de Buenos Aires, como

«un hombre de cualidades excepcionales, tan inflexible en los principios que no conozco a nadie que en esto se le iguale, y al propio tiempo amenísimo en su trato, sencillo en sus costumbres, cariñoso con sus amigos, consagrado exclusivamente a su familia y al cultivo de las letras, por devoción sincera, más que por lucro, hombre, en fin, como hay pocos, y seguramente no es nuestra época la más abundante en personas de esta calidad».<sup>61</sup>

En el aspecto religioso fue un católico convencido y ferviente, sin las dudas que tuvo, por ejemplo, Pérez Galdós. El citado *Discurso* en la Academia recordaba las interesantes conversaciones que mantuvieron a veces con amigables disputas y le asombraba la firmeza de sus ideas y su pensar inflexible, sobre todo en el aspecto religioso, siempre llevado con benevolencia amistosa. Sin embargo, hizo la advertencia de que Pereda no era tan clerical como la gente opinaba ni él tan librepensador como suponían otros.<sup>62</sup> Era, en definitiva, una religiosidad que había conocido y practicado desde niño en el ámbito familiar.

Este aspecto condicionó su obra en la que, con la excepción de *La Montálvez*, no intentó utilizar argumentos o personajes que rozaran la moralidad cristiana de entonces, muy sometida a la influencia de la Iglesia. Tal como figura en la *Nueva guía de Santander y la Montaña* de 1892, Pereda formó parte de la Junta de teatros encargada de la censura de espectáculos. Ello explica que no se permitiera la representación de obras que no estuvieran aceptadas por la jerarquía religiosa en cuanto a sus argumentos, vestimenta o diálogos. Como escribe Alicia G. Andreu, «la literatura española de consumo, escrita entre los años 1840 y 1880, se puede definir como un enorme manual de conducta orientado a promover especialmente en un público lector femenino una nueva toma de

<sup>61</sup> SHOEMAKER, William H.: *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 86, 1973, p. 301.

<sup>62</sup> MADARIAGA, Benito: «Méndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de una amistad», en *Páginas galdósianas*. Prólogo de Rodolfo Cardona. Santander, Ediciones Tantín, 2001, pp. 11-28.

conciencia que estuviera de acuerdo con los valores de segmentos conservadores de la sociedad española de la época». <sup>63</sup> Con los espectáculos ocurría lo mismo. Por ejemplo, el estreno en Santander y en la provincia del polémico drama *Electra*, de Pérez Galdós, tuvo grandes dificultades, hasta el punto de que en Laredo no facilitaron un local para la representación, prohibida por el Obispado.

A su vez, los escritores sufrían una autocensura, sobre todo en las localidades pequeñas, en las que el autor no quería poner en peligro la venta y distribución de su obra.

Hubo casos curiosos de esta autocensura social en la burguesía de entonces, que nos sirve a modo de ejemplo, como ocurrió con la obra *Un año de matrimonio o el casamiento por amor*, drama en tres actos, escrito en francés por Mr. Ancelot y arreglado a la escena española por Beltrán Museo (Madrid, 1833). Fue representada con tibia acogida por la clase burguesa debido al tema del enlace entre familias distinguidas y humildes, y el editor se vio obligado a poner en la publicación una advertencia a los lectores.

Cuando se trata de completar el carácter de Pereda nos encontramos ante un escritor que, tanto en el aspecto personal como en el literario, ofrecía a sus contemporáneos una imagen tan singular y muy diferenciadora hasta el punto de que Menéndez Pelayo diría de él que «lo que había de característico en su estructura mental era incomunicable, y él mismo no hubiera podido definirlo». Pérez Galdós, que le conocía bien, destacó «su personalidad vigorosa» y lo singular de su obra literaria que le hacía ser diferente a los escritores de su tiempo. <sup>64</sup> Fue también el autor canario el primero en señalar la xenofobia de Pereda. En este sentido señaló que nunca iba a Madrid y que para conocerle había que ir a Santander o a su casa de Polanco. <sup>65</sup> No tuvo tampoco su amigo inconveniente en señalar en su *Discurso* en la Academia el padecimiento de la neurosis, a la que alude también Enrique Menéndez Pelayo y de la



Fotografía de 1872, cuando es diputado a Cortes.

<sup>63</sup> Galdós y la literatura popular, Madrid, Soc. Gral. Española de Librería, 1982, p. 51.

<sup>64</sup> Ver el «Prólogo» a *El sabor de la tierra*, O. C., t. 1, ob. cit., pp. 1.263-1.268 y de W. H. SHOE-MAKER, ob. cit., pp. 300-306.

<sup>65</sup> Contestación de Benito Pérez Galdós en *Discursos leídos...*, ob. cit., p. 187.



El escritor, enfermo, en 1905 con su mujer Diodora y la nieta.

que ofreció algunos síntomas que tienen interés para el análisis de su carácter.

Concepción Fernández-Cordero<sup>66</sup> fue la primera en señalar lo que había de contradictorio y paradójico en su temperamento, entre lo que expresaba y lo que realizaba, que se repite con bastante frecuencia en su conducta y que puede comprobarse en sus declaraciones, por ejemplo, sobre el baile o cuando censura a la clase de la alta burguesía a la que perteneció o en su comportamiento ante la monarquía liberal al aceptar en 1903 la Gran Cruz de Alfonso XII siendo un representante del carlismo. Esta actitud ambigua, como opina Fernández-Cordero, pudo deberse, posiblemente, a su sentimiento antirrepublicano. Quizá

le ocurrió como a su personaje Matica, de *Pedro Sánchez*, que se caracterizaba por las «contradicciones aparentes de su carácter».

<sup>66</sup> FERNÁNDEZ-CORDERO Y AZORÍN, Concepción: *Sociedad española del siglo XIX en la obra literaria de Pereda*. Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1970.

# ==Gloria Literaria==

—UN HONOR MAS, TRIBUTADO POR ADVERSARIOS POLÍTICOS.

AL ESCRITOR MONTAÑES - POLÍTICO - TRADICIONALISTA —

## ==JOSÉ MARÍA DE PEREDA==

—EN LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA—

***Todo por Dios, por la Patria y por el honor***

SANTANDER ENERO 23 DE 1911

Hoja repartida con motivo de la inauguración de su monumento.



## Amistades e influencias literarias

Para poder conocer el pensamiento y manera de ser de José María de Pereda, resulta casi imprescindible tener en cuenta la influencia que ejercieron en él el ambiente familiar y el grupo de amigos. La descripción que hace Vicente Pereda de sus padres, de su talante religioso y de la forma de vida que llevaron es suficientemente expresiva.<sup>67</sup> No obstante, no creo que fuera de una «transigencia ilimitada» dentro del dogma católico.

Perteneciente a una familia católica y tradicionalista, recibe desde niño el troquelado de sus padres, preferentemente de la madre, y se ve protegido en su juventud por la tutela de su hermano mayor Juan Agapito. Si bien es verdad que en su vida no hubo especiales datos curiosos, al no salirse de una monótona uniformidad, también es cierto que careció de contratiempos y adversidades económicas, a pesar de no tener un empleo fijo. Desde su juventud y a partir de su casamiento pudo y supo unir su afición literaria a una dedicación a los negocios. Aunque la literatura no le dio para vivir, fue después un complemento económico importante al ser uno de los escritores más leídos de la Restauración.

En su juventud frecuentó la amistad de un grupo de santanderinos adscritos al neocatolicismo y al carlismo. Ellos le animaron a presentar su candidatura como diputado por el partido carlista, al que estuvo afiliado y al que pertenecieron otros miembros de su familia. Este grupo cohesivo y cerrado fue una especie de guardia pretoriana que le ayudó y le eligió como regidor de sus tertulias. A los treinta y ocho años es

<sup>67</sup> Véase «Apéndice», p. 97.

ya diputado a Cortes y, aunque ejerce como tal poco tiempo, le permite conocer directamente las intervenciones en el Parlamento de las figuras más sobresalientes de la política de aquellos momentos. Su amistad con la familia de Menéndez Pelayo le une al sabio santanderino, mentor y defensor de su obra. Don Marcelino vio en Pereda al mejor representante contemporáneo de las letras de su tierra natal y no sólo le animó a escribir, sino que, cuando hizo falta, salió en defensa suya, realizó la crítica de su obra de una manera estimulante y, sobre todo, le aconsejó que no se apartara de los temas locales en los que sobresalía por ser el mejor pintor de aquel Santander de antaño a través de unos cuadros y tipos costumbristas que se hubieran perdido del recuerdo de las gentes. El erudito santanderino conoció previamente algunos de los escritos publicados por el escritor de Polanco, como ocurrió con la novela *Pedro Sánchez*. Sospechamos que debió de suceder lo mismo con lo escrito durante su intervención en los Juegos Florales de Barcelona de 1892 y en el caso del *Discurso* en la Real Academia Española, este último consultado, sin duda, por don Marcelino en el ejemplar entregado a la censura en la docta institución. Pero de esa época tan importante para él y de este tema sólo se conserva una carta (11-XI-1896), las restantes son posteriores, lo que hace sospechar que no se publicaron todas o se perdieron algunas, dado el número escaso de ellas, que contrasta con el de las dirigidas a Galdós en torno al mismo acontecimiento. Es indudable que el novelista consultaba a don Marcelino todos aquellos temas eruditos que trataba y, por supuesto, lo haría con su *Discurso* de entrada en la Academia.

Pereda, con sus escritos, reconstruyó, como decimos, toda una época y lo hizo con gran acierto para el gusto popular. No fue el primer costumbrista montañés, pero sí el mejor. Nadie había reflejado como él los ambientes de los barrios de pescadores, sus disputas y tragedias o el paisaje y las escenas campestres del medio rural cántabro. Pero esa visión no se aparta nunca de los modelos estereotipados y acordes con la moral burguesa. En Pereda sus curas son siempre buenos y cumplidores, sus



Fotografía del escritor en 1876.

mujeres cuando son malas terminan pagando el pecado de su maldad. Véase, por ejemplo, el caso de Fonsa Calostos en «Ir por lana». Es impensable que pudiera escribir como Galdós una novela al estilo de *Tormento*, donde aparece un sacerdote seductor.

Algunos de estos amigos a los que tanto debió, como es el caso de «Pedro Sánchez» (José María Quintanilla), también le perjudicaron con la vigilancia a que sometieron sus obras pasándolas por la censura de una moral ultramontana. Gumersindo Laverde le amonestó por los que estima atrevimientos sexuales en sus libros y Amós de Escalante se erigió en jefe de los que atacaron *La Montálvez* por considerar a esta novela inmoral. Cuando trata de política en sus escritos, los «malos» son los liberales, republicanos y progresistas. La revolución del 68, como hemos dicho, le traumatizó por lo que supuso de cambio de mentalidad y de costumbres, quizá más adversa a su pensamiento que a sus intereses. En los últimos años los movimientos revolucionarios y el anarquismo le conturbaron. En cambio, los carlistas, tan escasamente tratados en su obra, no aparecen con una visión real y sólo de pasada. No se refiere, por ejemplo, a la Segunda Guerra Carlista, ni a las incursiones de su ejército en la zona oriental de Cantabria, ni cuando en 1874 el general Mendiri intentó tomar Santander. Sus amigos más íntimos y algunos de los escritores de su mayor confianza fueron carlistas. Entre los primeros estaban Fernández de Velasco, Mazarrasa, Juan Pelayo (tío materno de Menéndez Pelayo), Máximo y Paulino Díaz de Quijano, José Antonio de la Cuesta, Romualdo G. Allende, Adolfo de la Fuente, Fermín Bolado Zubeldia y, entre los escritores foráneos, Manuel Polo y Peyrolón, Eduardo Bustillo y Robustiana Armiño.

La apoyatura moral y crítica que le prestaron le resultó, sin embargo, funesta. Un ejemplo es cuando le pidió a Gumersindo Laverde algún argumento para sus novelas y éste le sugirió una sobre la gesta de

Covadonga y otra, no menos absurda, sobre la masonería. Su dificultad para novelar se advierte cuando le pregunta de nuevo a Laverde si sería buen tema para una novela la historia de un bibliófilo que viaja y trata a tipos extravagantes y amantes de la filosofía.<sup>68</sup> De aquellas tertulias con sus amigos de «Las Catacumbas» no salió ningún proyecto importante, no publicaron ninguna revista propia y, únicamente, el diario *El Atlántico* sirvió de limitado portavoz de sus expresiones literarias. Por ello, este grupo se quedó en lo que era, en tertulia de un grupo de amigos.

Un evento curioso digno de citarse es el banquete de homenaje que le ofrecieron en Madrid los componentes del Bilis Club (llamado así por su carácter bilioso y crítico), formado en su mayoría por liberales y republicanos, con tertulia a la que acudían, entre otros, Leopoldo Alas, Luis Taboada, Manuel Reina, Adolfo Posada, Flores García, Eduardo Bustillo, Armando Palacio Valdés, etc. Pereda apareció por las reuniones, y lo sorprendente estuvo en que el banquete se lo ofrecieron los liberales a raíz de publicarse *Sotileza*. Al final, uno de los asistentes le preguntó:

—Don José, ¿por qué no viene usted más a menudo a Madrid a pasar algunas temporadas? —A lo que Pereda dicen que le contestó sonriendo, sin perder su habitual humor:

—Es que temo hacerme liberal por agradecimiento.

En 1885 en su viaje a Madrid asistió al acto en honor de Mesonero Romanos en el que se descubrió una lápida conmemorativa en la fachada de la casa del escritor, homenaje organizado por la Sociedad de Escritores y Artistas, en el que habló Pereda en nombre de los costumbristas. En este mismo año, en compañía de Galdós y de Andrés Crespo, realizó el citado viaje a Portugal y los tres amigos visitaron Lisboa, Cintra, Coimbra y Oporto y durante el cual únicamente se entrevistaron con el erudito



Fotografía del novelista en 1892.

<sup>68</sup> «Cartas de Pereda a Laverde», ob. cit., p. 220.

portugués García Peres. Resulta curioso observar cómo las impresiones de este viaje fueron matizadas por ambos escritores de manera tan diferente.

Respecto a su amistad con Galdós, la convivencia de ambos durante muchos años en el verano les hizo conocerse a fondo y apreciarse mutuamente. Fue una amistad entrañable y es indudable que existió una influencia entre ambos que no conocemos con suficiente detalle. Los dos estuvieron al tanto de lo que publicaron sus compañeros y era obligada la lectura de las novedades que salían cada año como, se desprende de las alusiones epistolares. En el citado diario *La Prensa*, de Buenos Aires, publicó el novelista canario el artículo comentado sobre su amigo polanquino en el que analiza su carácter y su obra literaria, que recoge en estas palabras:

«Es por esto el más español de los escritores modernos, y entre su dicción pura y elegante y su manera de tratar los asuntos, poniendo en ellos la rectitud inflexible y los rasgos tradicionales del carácter español, hay una relación directa. Sus obras están cinceladas en el bronce de la tradición literaria castellana, lo que les garantiza duradera existencia».<sup>69</sup>

A su vez, Pereda había manifestado en 1900 en *El Eco Montañés*:

«Menéndez y Pelayo y Galdós son dos milagros vivientes que asombran por su labor inmensa, y más aún por los tesoros de saber y de arte que hay en sus libros. Su fecundidad maravilla; su fama está cimentada sólidamente; resisten la comparación con los más grandes escritores de otros países...».

Hombre sensible a la crítica, no admitía Pereda, sin embargo, fácilmente las que censuraban aspectos de su obra o las que le pedían hacerse más universal y abierto en los temas y en los ambientes. Por ello, a veces le rogaba a su amigo José María Quintanilla que se adelantara con algún artículo que sabía iba a ser siempre favorable. Otro de sus defectos fue el introducir demasiados localismos y temas o asuntos que hacían

<sup>69</sup> SHOEMAKER, W. H.: Ob. cit., p. 302.

la novela poco atractiva, en ocasiones, para los lectores de otras regiones. Sin embargo, hay que reconocer en Pereda su gran capacidad para el diálogo, la maestría de sus retratos caricaturescos y el haber sido uno de los primeros en tratar el paisaje como fondo de sus novelas. La exageración en los trazos, la falta de apertura a nuevas corrientes literarias y el no haber llevado su obra por cauces menos sofisticados defraudó el éxito apetecido con algunas de ellas, como *De tal palo, tal astilla* o *La Montálvez*, donde el lector se percata enseguida de los fines moralizadores buscados por el autor. Con todo, su obra costumbrista y algunas de sus novelas figuraron entre las más destacadas creaciones literarias de su siglo. Menéndez Pelayo le consideraba el mejor costumbrista español y sus coetáneos le llamaron el Teniers cántabro y compararon su pluma con la paleta de Velázquez y su lenguaje con el de Cervantes. La ayuda que le prestaron críticos como Gumersindo Laverde y José María Quintanilla («Pedro Sánchez») le sirvió más de estímulo y halago que de revulsivo para buscar nuevos rumbos literarios. Las influencias recibidas, fueron principalmente personales, aunque el postromanticismo y el costumbrismo se dejan sentir, sobre todo, en sus primeros escritos. Sus apuntes en el retrato, en lo que fue un maestro en la caricatura, constituyen algunas páginas que nos recuerdan un aguafuerte goyesco.

Fue Pereda un gran lector y buen espectador de cuantas comedias, dramas y zarzuelas pasaron por Santander. Así, entre las muchas que vio, figuran el melodrama *La aldea de San Lorenzo*, de Tamayo, sobre la que había también una novela basada en el drama; *La alegría de la casa*, comedia de M. M. Bourgeois y Decourcelle, editada en Madrid en 1855 y vista por Pereda en 1865; *La comedia nueva o El café*, de Fernández de Moratín, presenciada en 1862; La comedia *La escuela de los maridos*, de Poquelin, a cuya representación asistió en 1860; la titulada *La escuela del*



José María Quintanilla («Pedro Sánchez»).



Gumersindo Laverde.

*matrimonio*, de Bretón, también en 1860; el drama *Ana*, con música de Donizetti, al que asistió en 1865; *Lucrecia*, tragedia de Fernández de Moratín; las comedias de Eguílaz, *Verdades amargas* y *Los soldados de plomo*, etc. Cuenta que su admirado Julián Romea, intérprete de *El hombre de mundo*, le impresionó fuertemente cuando le vio actuar por primera vez.

Entre el numerosísimo repertorio de obras estrenadas, un buen número de ellas estaba traducido del francés por autores como Ramón Arriola, Manuel Bretón de los Herreros, Antonio Gil y Zárate, José María de Carnerero, Ventura de la Vega, Manuel Antonio Lasheras, Vicente Rodríguez de Arellano, Ángel Iznardi, etc. Como espectador, Pereda realizó el cometido de crítico provinciano a través de sus artículos en *La Abeja Montañesa*, lo que le permitía asistir a los espectáculos teatrales y líricos que se presentaban en la ciudad. Se trataba de obras, como hemos dicho, de Fernández de Moratín, Eguílaz, Bretón, Vega, Tamayo, Olona, Camprodón, etc., autores de comedias ligeras, dramas históricos, melodramas, juguetes cómicos, etc., con unos argumentos convencionales, algunos románticos. Muchas de las obras de teatro decimonónico eran traducidas y acomodadas o arregladas al teatro español por estos autores, que encontraban así una forma de vivir ante las peticiones de los editores para publicar las obras de teatro que se representaban en las principales ciudades y pueblos de España. Por ejemplo, Bretón fue autor y traductor. Esto mismo ocurrió con Ventura de la Vega. Casos hubo en que esa profusión les llevó a señalar que la obra estaba imitada del francés, como sucedió con la comedia *El día más feliz de la vida* (1832), de Antonio Gil y Zárate, lo que parece indicar que tuvo más de plagio que de inspiración.

No es fácil una información precisa sobre la biblioteca del escritor de Polanco por haberse dispersado y cedido, en parte, a la Biblioteca

Municipal de Santander. Si podemos saber algo más respecto a cuáles fueron sus lecturas. Leyó a los clásicos españoles del Siglo de Oro y a los principales autores contemporáneos, sobre todo a los costumbristas y de folletín. De estos últimos leyó, sin duda, a Wenceslao Ayguals de Izco y a Fernández y González. Parece que conoció la obra de Cervantes, en especial sus novelas, así como la de Quevedo y la de los místicos y autores teatrales clásicos. De los decimonónicos había a la venta un gran surtido en diversas imprentas, como la de José Torner, de Barcelona, la de Cano, la de M. Tello, la de Vda. e Hijos de José Cuesta, la de Miguel de Burgos, etc. Proliferaron autores y obras traducidas, algunos como Francisco Camprodón tuvieron mucho éxito, con dramas del estilo de *¡Flor de un día!* y *Espinas de una flor* y José Echegaray con *La muerte en los labios*. Para representarse debían de ser informadas por el Censor, según la norma vigente. A principio de siglo se anunciaban en 1837, en la librería de Escamilla, la colección de novelas históricas originales españolas, los artículos y las obras dramáticas y de costumbres de Figaro, el *Panorama matritense* del Curioso Parlante, etc.

De los escritores europeos, leyó obras traducidas de Paul de Koch, Lamartine, Dumas, Alfonso Karr, Legeray, Daudet, Flaubert, Balzac y Zola, etc., cuyas versiones se vendían en la librería de Fabián Hernández, de Santander. Narciso Oller le recomendó, de este último autor, la lectura de *Germinal*; de los de lengua inglesa leyó a Shakespeare, Dickens, Oliver Goldsmith, James Fenimore Cooper, Walter Scott, Edgar Allan Poe, etc.; de los italianos, a Dante, Manzoni o Leopardi; entre los alemanes, a Goethe, autor muy admirado por su hijo Vicente; y de los portugueses, a Almeida, traducido al español por Benito Estaun; a Eça de Queiroz, al que intentó visitar en su viaje a Portugal y también a Oliveira Martins, al que sí saludó, etc. Las ciudades de Madrid,



Alfonso Daudet, uno de los autores franceses leído por Pereda.



Barcelona y Valencia acaparaban entonces la mayoría de las traducciones españolas; otras provenían de Francia y de los países hispanoamericanos. La zarzuela, entonces de moda, fue otro de los espectáculos a los que asistió con frecuencia en Madrid. En el Circo de la Plaza del Rey, vio *Amor y misterio* y *Los Magyares*, de Olona; *El diablo en el poder* y *Una vieja*, ambas de Camprodón; *Pan y toros*, de Picón; la ópera *Elixir del amor* de Frontaura, etc.

Tuvo Pereda también especial predilección por los historiadores de Indias, entre ellos, Bernal Díaz del Castillo al que leyó en la Biblioteca de Autores Españoles y W. H. Prescott, cuya *Historia de la conquista de México* y su segunda obra sobre la conquista del Perú, habían sido traducidas del inglés por J. B. Beratarrechea y publicadas en Madrid en 1847. En una de sus cartas al mejicano Francisco José (19-II-1899) se lo confesaba en estos términos:

«Cabalmente es una de mis *chifladuras* el *México* del tiempo de la conquista, con sus lagunas y sus calzadas y sus ciudades costeras. En lo que se refiere a las hazañas de los conquistadores, me sé de memoria a Prescott y poco menos a Solís, a Bernal Díaz y a cuantos historiadores han tratado de esta asombrosa epopeya, a cuya *realidad*, como a la del Perú y a la de las hechas por Colón y sus compañeros, no han llegado jamás las invenciones de la humana fantasía, al decir del mismo Prescott».

También leyó las principales obras de los autores hispanoamericanos sobre los que tuvo, en algunos casos, especial influencia y a los que otorgaba una gran consideración, como ocurrió con Juan León Mera, M. A. Caro, A. Gómez Restrepo y su admirador Gustavo Martínez Zuviría («Hugo Wast»), al que se llamó «el Pereda americano». El escritor de Polanco fue para él «un maestro insuperable», del que dijo Zuviría: «He leído todos sus libros, sin excepción, y los más de ellos cinco o seis veces. Me animaría a vivir en una isla desierta sin más novelas que las suyas».<sup>70</sup>

<sup>70</sup> MARCHINO, Alejandro: «El lenguaje en Hugo Wast», en *Una estrella en la ventana*. Madrid, 1943, nota 1 de la p. 5.

El 9 de agosto de 1892 le decía a J. F. Mera, hijo del autor de *Cumandá*: «Yo he leído mucho y en muchos estilos y con muy diversos fines sobre las Cordilleras y los ríos y los salvajes de todas las Américas descubiertas y por descubrir, pero en unos casos por causa de más y en otras por causa de menos, rara vez me han llegado al alma aquellas cosas».

## Pereda regionalista

La fama de autor regionalista en Pereda tuvo dos vertientes: una, por su temática del costumbrismo cántabro al ser copista, como él decía, de una realidad de los tipos y modos de vida de su tierra, y otra, por su deseo de una cierta autonomía administrativa provincial. Sólo dos o tres obras tienen su desarrollo fuera de Cantabria, aunque los personajes, en cualquier caso, tienden a regresar como el «hijo pródigo» a la casa paterna. Todo ello le hizo suprimir en las *Escenas* aquellos cuadros que no le parecieron propios de su provincia y aunque intentó enmascarar los escenarios, los comentadores de su obra han ido señalando los lugares y referencias a la topografía cántabra.

Fue su capítulo «Palique» el que originó que, al defender la literatura catalana, le invitaran sus escritores a presidir los Juegos Florales de 1892 de Barcelona. En el fondo, esperaban que aquella primera defensa se extendiera a otros campos. Pereda fue agasajado durante su estancia, pero sus demostraciones regionalistas no pasaron de ser un canto a la región, a sus peculiaridades culturales y literarias, sin referencias políticas a ese regionalismo separatista que a él personalmente le molestaba cuando iba dirigido contra la unidad nacional. Ese regionalismo sensorial, como lo llama Laureano Bonet, sirvió más de propaganda que de muestra de un movimiento efectivo. Sin acción política y demanda descentralizadora no existe propiamente tal paso y así habría más bien que hablar, en su caso, de «provincialismo», como discurso en favor de los intereses materiales

y culturales de la tierra natal. La semilla no prendió en Cantabria en un sentido popular, ni formó Escuela ni tuvo seguidores en este campo, pese a ser considerado Pereda escritor regionalista. Ello no quita para que Cantabria, entonces provincia, tuviera sus inquietudes y apoyara y sintiera más tarde la necesidad de una descentralización.<sup>71</sup> La influencia de Pereda fue notoria y reconocida entre los autores más destacados de este movimiento. A este respecto lo reconoce así Enrique Miralles:

«Para los regionalistas, en suma, el autor de *Sotileza* era el más cualificado representante de la literatura castellana en su calidad de regional por todas las características a las que me he referido de exaltación de la patria chica, de canto a la vida rural, de conservadurismo y tradicionalismo, de espíritu anticontralista, de defensa del patriarcalismo, de expresión de una raza y de preservación de unos rasgos lingüísticos propios».<sup>72</sup>

El interesado en estos temas debe leer su Discurso expuesto como mantenedor en los Juegos Florales de Barcelona en 1892 y el pronunciado en la Real Academia Española en 1897, suficientemente esclarecedores del pensamiento del escritor en esta materia.



Pereda en 1897.

<sup>71</sup> MADARIAGA, Benito: *Crónica del Regionalismo en Cantabria*. Santander, Ediciones Tantín, 1986.

<sup>72</sup> «Pereda y los nacionalismos (regionalismos) peninsulares», en *Peñas arriba, cien años después*. Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1997, pp. 197-229.

Ver también de BONET, L.: «Pereda entre el regionalismo y la lucha de clases», en *Literatura regionalismo y lucha de clases*. Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1983.

## Los últimos años del novelista

La muerte trágica de su hijo primogénito, Juan Manuel, supuso una ruptura en el normal desarrollo de la vida del novelista. A partir de ese momento se llenó su pensamiento de malos presagios y complejos de culpabilidad. La desgracia le pareció una prueba de Dios y le conturbó tanto el hecho de que se suicidara, que solicitó de los prelados de algunas diócesis le concedieran, las indulgencias oportunas. Comenzó a leer el libro de Job y sólo la resignación cristiana y su profunda religiosidad le permitieron salvar el estado de postración en que cayó. Se agravó su neurastenia y envejeció prematuramente. A duras penas y gracias a la ayuda de sus amigos y de la familia pudo concluir *Peñas arriba*, la novela que estaba escribiendo, en cuyo manuscrito existe una cruz trazada en la página 18 del capítulo xx (Set. 2/93, sábado) que recuerda aquel triste suceso. La carta que le dirigió a Ruiz Contreras aclara perfectamente su estado de ánimo, en la que le dice que en trance estuvo de quemar lo escrito o esperar a días de mayor sosiego para procurar concluirla. Así, le escribe:

«Dios es siempre grande y justo y misericordioso, y todo cuanto dispone y ejecuta, como el llevarme tan súbita y espantosamente aquel ángel cuya custodia en la tierra me había confiado, está bien dispuesto; yo bendigo y acato sus designios eternamente misteriosos e inescrutables, pero las heridas abiertas en el corazón, carne flaca y percedera, por el pedazo arrancado de él tan súbita y bruscamente como el que arrancó

del mío, duelen mucho, y no hay reflexión que alcance a cicatrizarlas, si la misericordia de Dios no viene en nuestro auxilio. No sé, por eso, lo que será de mí en adelante, ni la extensión de camino que podré recorrer con una cruz de tanto peso sobre mis hombros».<sup>73</sup>

Hoy sabemos que Juan Manuel padecía depresiones, causa primera de la mayoría de los suicidios. Para su padre, al dolor por la pérdida del hijo se unió el hecho de haber muerto de esa forma, cuando la Iglesia entonces no permitía su entierro en los cementerios católicos. En un principio se ocultó el hecho y algunos periódicos informaron de que había sido un accidente cuando estaba limpiando la escopeta con la que se quitó la vida. Su sentimiento religioso y el apoyo de los amigos supusieron el mejor bálsamo a su espíritu dolorido e inconsolable.

Cuando terminó la novela, la obra alcanzó un éxito enorme como él mismo se lo cuenta al mejicano José Portillo y Rojas (19-II-1899):

«Me halaga mucho el juicio que le ha merecido a V. lo que conoce o conocía al escribirme, de *Peñas arriba*. Es este un libro cuya última mitad fue escrita en la situación de ánimo que se declara en la dedicatoria buscando yo en su trabajo más que la terminación al comenzar, un refugio para el alma dolorida; y quizás sea debido a la compenetración de esa nota de color con el asunto, el extraordinario éxito que aquí alcanzó la obra, y hasta la repugnancia que siento desde entonces acá de acometer otra distinta, repugnancia que ha ido acentuando a medida iban cayendo sobre esta infeliz España los desastres y las vergüenzas que no han acabado todavía. Dios nos tenga en su mano».<sup>74</sup>

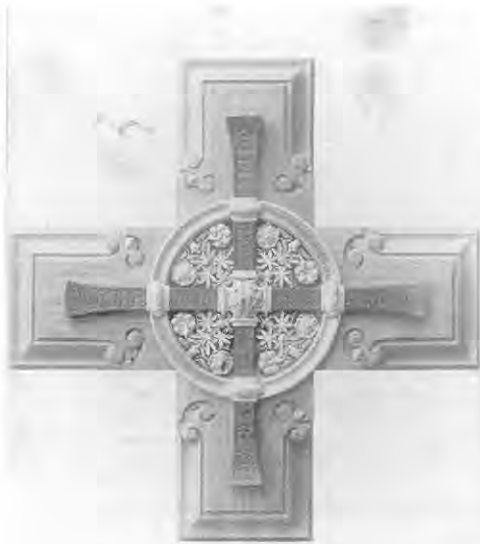
Ya después de esto fue muy difícil animarle a escribir y únicamente publicó su novela corta *Pachín González*, basada, como se sabe, en el hecho real ocurrido con un joven que estuvo buscando a su padre perdido, a raíz de la catástrofe del «Cabo Machichaco», vapor que explotó



Aspecto triste y enfermizo de Pereda a raíz de la muerte de su hijo.

<sup>73</sup> Carta del 8 de diciembre de 1893 en t. VI de «Varios», ob. cit., sobre J. M. de P., Ms. 512, en Biblioteca Municipal.

<sup>74</sup> Fondo F. de Vial, Biblioteca Municipal de Santander, ob. cit.



Cruz de la tumba de Juan Manuel de Pereda diseñada por Pérez Galdós. Se fabricó con la escopeta con que se suicidó. Lleva una leyenda latina compuesta por Menéndez Pelayo.

<sup>75</sup> SHOEMAKER, William H.: ob. cit., pp. 503-510 y para la segunda explosión, ver las páginas 526-532.

en el puerto de Santander, con un cargamento de dinamita. Al fin le encontró entre los cadáveres en el hospital. Sólo tuvo que cambiar en el relato el padre por la madre para producir mayor patetismo.

El evento fue presenciado por Pereda que pudo comprobar personalmente los desastres ocurridos en la ciudad, el número elevado de víctimas y el terror de las gentes. Aparte del monumento que se eleva en la ciudad en recuerdo de las víctimas, en el cementerio de Ciriego existe otro menos conocido donde reposan los restos de los no identificados.

Resulta curioso que Pérez Galdós, que no observó el desastre, escribió dos reportajes de gran exactitud sobre las dos explosiones.<sup>75</sup>

Mucha gente ignora que los trabajos de extracción de los restos del barco sumergido ocasionaron una nueva explosión debida a los cristales de nitroglicerina depositados sobre el casco de barco. Galdós lo describe así:

«A las nueve y cuarto bajaron los buzos del puerto, que turnaban con los de Ibarra, y no habían puesto los pies sobre el casco, cuando la espantosa detonación destrozó en un instante las vidas de cuantos allí trabajaban. Los buzos perecieron a pedazos, y de algunos de ellos no ha podido identificarse más que un pie. Los demás operarios que fuera del agua estaban, fueron lanzados al mar o a tierra, pereciendo los más de ellos. Por causa de la hora, no había curiosos en el muelle, y el número de víctimas fue relativamente corto» (p. 528).

En los años posteriores y tras su entrada en la Academia dio prácticamente por terminada su obra literaria. En marzo de 1872 fue nombrado Correspondiente de la Real Academia Española y en febrero de 1897 leyó el Discurso como miembro de número. Fue éste un acto muy emotivo y destacado en ese siglo en la Real Academia Española. Galdós, por cierto, tuvo que ser propuesto por segunda vez, y le respondió Marcelino Menéndez Pelayo. La contestación al Discurso de Pereda corrió a cargo

de su amigo canario con poca diferencia entre ambas recepciones públicas, que tuvieron lugar, respectivamente, los días 7 y 21 de febrero. Pereda habló acerca de la novela regional. Galdós le puso algunos reparos ya que, como dijo allí, «todos somos regionalistas, aunque con menos fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más o menos espacioso de la tierra española». A su juicio, la metrópoli era región, y por ello se podían imaginar y componer obras trascendentales en cualquier parte del territorio y por esta razón no se debía regatear el sentido nacional a las creaciones.

Esos discursos fueron todo un ejemplo de amistad y tolerancia entre unos intelectuales discrepantes en diversos aspectos de sus respectivas ideologías políticas y religiosas. Pero, además, hubo retractación de Menéndez Pelayo respecto al hecho de haber introducido a Galdós, injustamente, entre los heterodoxos y éste, a su vez, contó las discrepancias con Pereda respecto al tipo de novelas que escribía entonces:

«Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado o desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y a mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbos críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes se ha enfriado en los años sucesivos».<sup>76</sup>

La entrada de Pereda en la Academia incrementó su popularidad, ya en parte reconocida en el ámbito nacional. El 21 de febrero se celebró en Madrid un banquete literario en honor suyo, organizado por el novelista y Primer Secretario de la República Argentina, Carlos María Ocantos. Entre los asistentes se encontraban Valera, Galdós, Menéndez Pelayo,



<sup>76</sup> *Discursos leídos...*, ob. cit., pp. 160-161.





Monumento en Ciriego con los restos de las víctimas del vapor «Cabo Machicaco».

Salvador Rueda, el Conde de las Navas, Santos Chocano, Andrés Mellado, el Marqués de Valdeiglesias, aparte del anfitrión. La fotografía que recoge a los asistentes en el salón de fumar se puede ver actualmente en la casa del novelista en Polanco.

La revista *Nuevo Mundo*, del 4 de marzo de 1897, le dedicó una página entera con un grabado poco conocido de E. Porset y este título: «Don José María de Pereda en la Academia». El pintor Vahamonde le hizo en ese mismo año uno de los retratos más notables.

Todavía colaboró Pereda en el semanario *Apuntes* (1896-97), dirigido por el arquitecto Félix de la Torre, donde publicó en los ocho primeros números la novela corta titulada *Las brujas*, con cinco ilustraciones de Sorolla, quien no pudo terminarlas a causa de una enfermedad, por lo que fueron continuados por su discípulo Teodoro Andréu. Su estado de ánimo se lo escribía así en noviembre del 98 a

Galdós: «Me asombra esa fecundidad que ya le tiene con el tercer tomo entre manos. Bien sé yo quien, entre tanto, no encuentra la manera de poner una mala quilla en los vecinos astilleros de su pobre chirumen». Al año siguiente, en carta a Narciso Oller le decía en términos parecidos: «¡Dichoso usted que trabaja y produce y vive todavía en las altas regiones del arte! Nunca me han parecido más hermosas que ahora, que las voy perdiendo de vista, no sé si porque se me han cerrado sus puertas, o porque me faltan ya los alientos necesarios para llegar hasta ellas».<sup>77</sup>

Sin embargo, en ese año del final del siglo escribió la pieza corta «El reo de P» [Potes], basada en un hecho histórico. En abril realizó un viaje a Madrid.

Su salud estaba ya para entonces resentida y en 1896 había pasado unos días en Comillas. En febrero de este año le contó a Oller sus achaques y el deseo que tenía de abrazarle en la primavera y le añade: «...si vivo para entonces».

<sup>77</sup> OLLER, Narcís: *Memòries literàries. Història dels meus llibres*. Barcelona, Aedos, 1962, p. 324.



Banquete literario en febrero de 1897 en casa de Carlos María Ocantos.

No dejó por ello de seguir leyendo y, en cierto modo, estuvo un poco al tanto de lo que hacían los autores más jóvenes. En esta última etapa de su vida se intentó llevar al teatro algunas de sus obras más conocidas y así se representó en 1900, ajena a su autoría, *La leva* en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Luis Ruiz Contreras intentó hacer lo mismo con *La Puchera*, pero el autor no se atrevió a autorizar el ensayo, aun contando con su colaboración, ante un posible fracaso. Iniciado el nuevo siglo, Eusebio Sierra escribió el libreto de la zarzuela *Blasones y talegas*, con música de Chapí, que precisamente no resultó un éxito. En carta a Narciso Oller (16-II-1901) le informaba de que se trataba de un arreglo hecho con su autorización, si bien estaba arrepentido de haberla dado.

Sus últimos escritos son dos artículos publicados en 1900, uno de ellos, «De mis recuerdos», en el periódico salmantino *El Lábaro*, y el otro, titulado «La lima de los deseos», en la revista *Hispania*. Ambos fueron



Momento del discurso leído en la Academia.

reproducidos en la sección «Artículos y escritos diversos», en el segundo tomo de las *Obras Completas* de 1974. Recogen los dos muy bien el talante religioso de Pereda. En el primero, donde yo creo que está él mismo representado, describe una de las escenas habituales de la Semana Santa de su pueblo. En el segundo, cuenta el declinar de la vida y hace un repaso de las edades del hombre y los insaciables deseos que persigue durante toda su vida. Resulta curioso que en este último, el novelista, refractario a la teoría del evolucionismo darwinista, alude negativamente a «los sabios que han dado en engreírse con su ilustre progenie de gorilas y chimpancés».<sup>78</sup> Cuando escribe estos artículos le quedaban seis años de vida.

En el Discurso en la Academia, si bien había considerado y aprobado el regionalismo literario, no fue, en cambio, de su gusto el modernismo, por el que no sintió ningún interés ni llegó a comprenderlo. Ya iniciado el nuevo siglo, le confiesa así al citado corresponsal José López Portillo sus ideas al respecto en una carta:

«De la otra plaga sobre la cual tantas y tan buenas cosas me dice V., del decadentismo o modernismo literario, que también nos tiene invadidos a nosotros, mucho tiempo hace ¿qué quiere V. que le diga yo después de las atinadas y discretas observaciones que tengo a la vista? Por acá, a Dios gracias, no se ha llegado a tomar en serio esa *escuela*; y digo que no se ha llegado, porque ya va de capa caída, y sólo reparan en ella sus cultivadores, interesados en que no muera, porque en ese caso no hallarían dónde acogerse para brillar, a su modo.

Yo llamo a estos hombres *enanos* del arte, y gentes que quieren y no pueden, y no resignándose a vivir y morir en las sombras de su incapacidad, se han agrupado para hacerse notar a fuerza de contorsiones

<sup>78</sup> «Artículos y escritos diversos», *O. C.*, t. II, ob. cit., pp. 1.430 y 1.417.

y extravagancias, llamando, en los delirios de sus deseos nunca satisfechos, profundo a lo vacío, y artístico a lo deforme. Ahí, como que y como donde quiera que zumbe ese enjambre, pasará la nube como han pasado tantas otras semejantes, y seguirá el arte serio, inmutable como la ley de Dios, las de la naturaleza y las del corazón humano en que se inspira y seguirá triunfando en todas partes. Lo propio le va sucediendo al naturalismo grosero y le sucederá a toda manifestación artística que se salga de sus propios y naturales quicios.

Llevo mucho tiempo, años nada menos, sin tomar la pluma en la mano para otra cosa que despachar mi correspondencia y, lo que es peor, sin desear volver a las andadas. El tiempo no pasa en vano, amigo mío; y si a esto se añaden penas hondas y quebrantos del espíritu, mi natural tendencia a la vida aislada y de familia y la falta de estímulos y de contagios literarios en esta región de España en que no se respira otro ambiente que el del dinero ni se siente otra sed que la del negocio, fácilmente se explica esa desilusión y esta holganza en que he caído. Por eso no me atrevo a ofrecer a V. para esa publicación literaria que tratan de resucitar ahí, otra ayuda que la de un buen propósito de agradecerle en el alma la honra que me dispensa con su deseo». <sup>79</sup>

Por su parte, los modernistas y los representantes de las nuevas generaciones literarias, que cobran vigencia a finales y principio de siglo, atacaron a Pereda, como ha estudiado González Herrán,<sup>80</sup> por no interesarles como escritor, fenómeno que no ocurrió con Galdós, que supo adaptarse a los nuevos tiempos. Entre estos impugnadores se incluyen Valle-Inclán, Pío Baroja y Rubén Darío. Resulta curiosa la reacción del escritor de Polanco ante este último, cuando se enteró de la opinión displicente que le merecía su estilo literario, a la que contestó Salvador Forniles defendiéndole; Pereda le agradeció la defensa «contra ciertas tonterías estampadas en *La Nación* —como dijo— por el extravagante venezolano Rubén Darío», del que ignora, como vemos, incluso su nacionalidad.<sup>81</sup> Sin embargo, es justo resaltar el juicio posterior de Azorín valorando la obra de Pereda como un precursor del paisaje y la opinión de Unamuno de que le había confesado Pereda que no le gustaba el campo

<sup>79</sup> Carta de 20-III-1900. Fondo F. de Vial, ob. cit.

<sup>80</sup> «Pereda y el fin de siglo (entre modernismo y el noventa y ocho)», *Nueve lecciones sobre Pereda*, Santander, 1985, pp. 223-259.

<sup>81</sup> Carta del 31-X-1899, Fondo F. de Vial, ob. cit.



En su casa de Polanco en el verano de 1905.

y su preferencia por el mundo santanderino de los mareantes, costero y urbano.

El casamiento de su hija en junio de 1903 supuso para él un nuevo estímulo y una alegría familiar, pues el esposo, Enrique Rivero, de Jerez de la Frontera, era un joven de buena familia que mereció su aprobación.

En la primavera de 1904 sufrió un ataque apoplético que le ocasionó una hemiplejía del lado izquierdo, lo que le impidió valerse solo con normalidad. Fue entonces cuando se dio cuenta de su penoso estado, tal como se lo comenta a Oller a finales del año siguiente en una carta en la que le dice: «Y ahora, compadézcame de veras por esta cruz que arrastro y a tales malandanzas me

obliga». Victoriano Suárez le publicó entonces el volumen xvii de sus *Obras completas* y, pocos meses después, en 1906, fallecía cristianamente como había vivido.



Un numeroso público acompañó al féretro.

## Duelo, velatorio y entierro

Tras su muerte, el 1 de marzo de 1906, el pueblo de Cantabria y sus autoridades rindieron una sentida manifestación de duelo al novelista montañés por su obra, por sus muchas virtudes personales y por el encarecido amor demostrado a su tierra.

De diversos lugares llegaron comunicaciones de pésame con telegramas de Maura, Antonio Gomar, Carlos María de Ocantos, Manuel Marañón, «Azorín», Narciso Oller, José Ortiz de la Torre, Luis Redonet, Domingo Cuevas, etc. Galdós recibió un telegrama el 2 de marzo, que decía: «Falleció Pereda anoche once». Inmediatamente contestó con otro en estos términos: «He sabido inmensa desgracia. Me asocio al duelo nacional por pérdida del gran maestro y amigo incomparable». Menéndez Pelayo remitió estas escuetas y sentidas palabras: «Acompaño a ustedes en su inmenso dolor».

El Ayuntamiento de Santander se reunió en sesión extraordinaria y aprobó hacer constar las siguientes propuestas: el sentimiento de toda la Corporación, el deseo de asistir a las exequias y a la conducción del cadáver, invitar al comercio a cerrar durante las horas del entierro y encabezar una suscripción para erigirle un monumento. A su vez, el Cabildo Catedralicio se reunió también en sesión extraordinaria y envió un escrito de pésame a la familia en el que anunciaba el nombramiento de un representante en los funerales y en el entierro, acto que también acordó la Comisión Provincial, que le dedicó una corona con la siguiente

inscripción: «La provincia a don José María de Pereda». Sin embargo, la familia no admitió coronas. En el portal de la casa se colocaron pliegos para firmas y la casa fue muy visitada por las amistades y gentes de diferentes clases sociales. El cuerpo fue introducido en una caja de hierro y cinc forrada de terciopelo negro. Iba vestido con traje negro con una medalla de San José al cuello. En las manos cruzadas sobre el pecho llevaba un crucifijo. El cadáver fue velado por las Hermanas de la Caridad, Siervas de María y monjas del convento de Polanco. Los funerales se celebraron en la Iglesia de Santa Lucía. Los restos mortales salieron desde la casa del Palacio de García Macho, en la calle Hernán Cortés, frente a la nueva plaza, a cuya puerta aguardaba un numeroso público. El féretro fue bajado por los hijos y por amigos y familiares entre ellos, Rafael Botín y Sánchez de Porrúa, Eduardo de Huidobro, José María Quintanilla y Federico Vial. En un coche estufa se trasladó el cuerpo y se inició el cortejo con la asistencia del Ayuntamiento en pleno llevando el pendón de la Ciudad. Gran número de coches y de personas le acompañaron hasta la Segunda Alameda para continuar camino de Polanco, donde era esperado por todo el vecindario. Después de cantarse un responso, el féretro fue sacado a hombros hasta su casa y del mismo modo hasta el cementerio para ser depositados en la cripta.

El monumento había sido diseñado por Pérez Galdós, previa solicitud al Ayuntamiento de Polanco para realizar la obra. En septiembre de 1891 escribía Pereda a su «queridísimo amigo», como siempre le llamaba:

«Renunciando ya, mi arrastrado don Benito a la esperanza de verle por acá en lo que resta de siglo, terminado el panteón y apremiado por el contratista para que le dé las inscripciones que han de grabarse en las tres lápidas



Cadáver en la capilla ardiente.




Panteón de la familia en el cementerio de Polanco.





El Excmo. Ayuntamiento de Santander invitó al comercio de la ciudad a la general manifestación de duelo cerrando durante el entierro.



EL EXCMO. SEÑOR

**DON JOSÉ MARIA DE PEREDA Y SANCHEZ DE PORRUA**

**HA FALLECIDO Á LAS ONCE DE LA NOCHE DEL DÍA 1.º DE MARZO DE 1906**

HABIENDO RECIBIDO LOS AUXILIOS ESPIRITUALES Y LA BENDICIÓN APOSTÓLICA

**R. I. P.**

**Su esposa doña Diodora de la Revilla, sus hijos doña María, don José María, don Salvador y don Vicente, sus hijos políticos doña Isabel Vilotta y don Enrique Rivero, su hermana doña María de los Dolores, sus nietos, hermanos políticos y demás familia,**

**SUPLICAN á sus amigos encomienden á Dios el alma del finado y se dignen asistir al funeral que se celebrará mañana, sábado, á las diez y media, en la iglesia parroquial de Santa Lucía y á la conducción del cadáver, que se verificará á las doce del mismo día, desde la casa mortuoria, Hernán Cortés, 9, al sitio de costumbre, para ser trasladado al pueblo de Polanco.**

La Misa de alma será mañana, sábado, á las ocho en la iglesia de Santa Lucía.

Santander 2 de marzo de 1906.

ya cortadas y dispuestas, le pido el favor de que, a vuelta de correo, me mande en un papelejo cualquiera, alguna de las que tiene V. apuntadas en castellano y otras tantas en latín, por si son éstas más al caso que las que yo he tomado de un libraco que me prestó este Sr. Cura, y hay entre aquellas una que me satisfaga, para ponerla entre las otras dos. En la lápida de la puerta y bajo una cruz bizantina esculpida en el copete, no irá mas que esta inscripción:

Propiedad  
de la familia  
de  
D. J. M. de P...  
1891»<sup>82</sup>

A los pocos días volvía a escribirle y le agradecía la pronta respuesta, a la vez que le añadía que los dos habían coincidido en la elección de ciertos salmos que se escribieron en letra gótica. El visitante que se acerca en la actualidad a ver el panteón puede leer las austeras y moralizantes inscripciones elegidas que hacen meditar al viajero: *Ossa arida, audite verbum Domine* y las otras dos en las que se lee: *Omni qui vivet et credit in me, non morietur in aeternum; Tu nobis, Domine, dona requiem et locum indulgentiae.*



Cementerio de Polanco en 1906.



Inscripciones con salmos del Panteón.

<sup>82</sup> ORTEGA, Soledad: *Cartas de Pereda a Galdós*. Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 152.

## Apéndice

Vicente Pereda, «Doña Bárbara Sánchez de Porrúa». Notas familiares.  
Copia mecanográfica cortesía de María Fernanda de Pereda.

«Doña Bárbara Sánchez de Porrúa y Fernández de Castro —madre del escritor José María de Pereda— nació en Comillas el 31 de diciembre de 1787 y murió en Santander el año 1855. Era hija de Manuel Sánchez de Porrúa y Fernández del Prio, natural de Pesués, y de Bárbara Fernández de Castro y González de la Reguera, natural de Comillas. Llevaba, pues, por parte de su madre, dos de los comillanos más señalados y respetables y en cuyo tronco hubo personajes eclesiásticos, militares ilustres e ingenios de recuerdo feliz. Bárbara Sánchez de Porrúa se educó en un buen colegio de Oviedo en el que dio muestras de inteligencia muy despierta. Era alta y fornida, con rostro moreno y poco bello y en el que dominaban los ojos garzos y profundos. A los quince años de edad, se casó con Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro, de diecisiete años; hijo de Pedro Antonio de Pereda y Pérez de la Cantolla, natural de Rumoroso y de Vicenta Fernández de Haro y Gómez de Menocal, natural de Polanco y vecinos ambos de este pueblo.

Una vez casada, fue a vivir al lugar de su marido y en Polanco residieron toda su vida, con brevísimas ausencias, hasta que en sus últimos años fueron a Santander. El matrimonio estuvo siempre tan unido, que ni un solo día de su existencia lo pasaron separados el uno del otro. Al

año siguiente de su enlace, tuvo Bárbara su primer hijo, llamado Juan Agapito, y al cumplir los cuarenta y seis tuvo el último que fue José María. La diferencia de años, por lo tanto, entre el mayor y el menor era casi de treinta. Desde los dieciséis a los cuarenta y seis tuvo veinte hijos, que sumados a los que acabamos de citar, llegan a veintidós. De esta enorme cifra, únicamente se «lograron» diez, repartidos entre cuatro varones y seis hembras. De los varones, murió uno de ellos muy joven y los otros, menos José María, fallecieron solteros. De las hembras, la mayor fue monja, otras tres viudas sin hijos, otra con uno sólo —el conocido santanderino y escritor José María Gutiérrez-Calderón— y otra soltera y octogenaria.

Bárbara Sánchez de Porrúa tuvo un hermano fraile dominico que fue ilustre predicador, predicando con igual elocuencia y estilo en español que en francés, y una hermana que fue madre del literato comillano Domingo de las Cuevas.

La vida pacífica, rezadora y honesta de tan ejemplarísimo matrimonio fue, sin embargo, durante algunos años, perturbada por tiempos de mala fortuna en sucesos hereditarios. Mas cuando esta perturbación y desasosiego comenzaban a destruir una paz tan cristiana, era ya un hombre completo el mayor de los hijos, Juan Agapito. Pero un hombre que, si físicamente poseía una gentil figura, moralmente era dueño de un alma noble, de una voluntad extraordinaria y de un clarísimo talento. Había estudiado con afán, amaba a sus padres y sentía como propios los sinsabores de la familia. Con estas cualidades como base y provisto de buenas recomendaciones marchó a la Habana —jauja de aquellos tiempos— a pesar de los peligros de enfermedades, lejanías y borrascas del mar. Una vez en la Habana, se impusieron rápidamente su inteligencia, su cultura y sus iniciativas. Empezó a girar a su casa cantidades abundantísimas, logrando que sus padres recobrasen, con creces, su antigua posición, y poco después, aparecía dirigiendo Bancos de comercio e iniciando la construcción de ferrocarriles. A los cincuenta años y dueño de una gran fortuna, viajó mucho, estuvo largo tiempo en Inglaterra y volvió a España

para siempre. Reformó una casa antigua de la familia, en Requejada, muy próxima a la de Polanco, y se instaló en aquella, después de decorarla en estilo francés, con lujo de salones y con muebles y objetos de arte y riqueza verdaderamente señoriales y espléndidos. Mas, a pesar de estas modas de la época y de su acendrado españolismo, Juan Agapito era entusiasta de lo inglés y era inglesa su selecta biblioteca, sus grabados, sus servicios de plata y su higiene doméstica, inusitada en aquellos años de mediados del siglo XIX.

Juan Agapito sintió siempre por José María un amor paternal, condujo sus estudios, descubrió su ingenio y envolvió su juventud en cariño y comodidades. Fue la columna familiar y el modelo de hijos y de hermanos. Por todo esto y por sus prendas personales, José María le amó profundamente conservando de él, después de muerto, un recuerdo de veneración inalterable. Era, Juan Agapito, alto, fuerte, distinguido e imperfecto de rostro, siendo la suya una fealdad interesante, con ojos penetradores, cabeza de proporciones escultóricas y una frente magnífica. Hablaba muy bien y con suma facilidad y su conversación era amenísima, no sólo por su clara inteligencia y su indudable arte narrativo, sino por su saber y por su conocimiento de países.

Nos hemos detenido hablando de este hermano mayor de Pereda, porque además de representar en la vida del artista un papel decisivo, coincidían los dos en la adoración hacia su madre y coincidían también con ésta en los modos de ver y sentir. La influencia materna sobre José María estuvo compartida con la fraterna de Juan. Entre ambas y por ambas influencias, pudo desplegarse su arte y afirmarse la galanura de su estilo, indudablemente innato, hereditario y espontáneo. Por consejo de Juan Agapito publicó José María, en un libro, sus «Escenas Montañesas», cuya primera edición está dedicada a su hermano.

El matrimonio de Bárbara Sánchez de Porrúa y Juan Francisco de Pereda, ya hemos dicho que fue un ejemplo de unión y de fidelidad. Sin embargo, los dos esposos eran fundamentalmente distintos, siendo esta diferencia tal vez la causa de una armonía tan inalterable y absoluta.

Porque si Bárbara amaba a su marido por la bondad y la nobleza que encontró siempre en él, Juan Francisco amaba ilimitadamente a su mujer porque apreciaba sus dotes superiores de consejo, pureza, iniciativa, perspicacia, simpatía de visible extensión y talento fácil y sutil para las interpretaciones de compromiso y trascendencia. Juan Francisco era un absolutista de abolengo, muy preocupado por las luchas políticas y ocupado en la administración de su hacienda y en la atención perenne a su familia. Escribía sus cartas con buen estilo, intercalando latines y latinajos a los que era muy dado por carácter, ideas y educación humanística de su mocedad. Era recio de cuerpo, menos alto que sus hijos mayores, bien compuesto de rostro y de cabeza, y sencillísimo en todo lo demás. Sobrevivió algunos años a su esposa.

De Bárbara Sánchez de Porrúa ya hicimos su dibujo exterior. El rastro que dejó fue muy hondo, no sólo para sus hijos, sino para los parientes y amigos que la conocieron. Como carácter era excepcional, según queda en los recuerdos familiares, y si hubiese nacido y vivido en tiempos y en atmósferas de más inquietud y resonancia, tal vez hubiesen cristalizado cosas suyas en forma vigorosa. Vivió, como indicamos, en Polanco, sin más mundo ni panorama que el hogar y los campos fronterizos a él. Todos los años se iba con toda su familia a hacer los Santos Ejercicios en el solitario y enriscado monasterio de Nuestra Señora de las Caldas, alojándose en la humilde hospedaría del convento. Su devoción por esta Virgen era grande y, al morir, fue enterrada en el cementerio anejo al convento y en un panteón de su propiedad, en el que más tarde fueron enterrados su esposo y algunos de sus hijos. Los cuales, al morir doña Bárbara, se enteraron de que ésta había celebrado en vida, asistiendo ella sola, sus propios funerales, en la iglesia del monasterio.

La raíz y el núcleo de toda la persona moral de doña Bárbara Sánchez de Porrúa era el amor a Dios. Un amor austero y profundo, monástico, fuerte, humano, invencible, que la servía de luz en los conflictos y de consuelo en las tribulaciones. Este amor absoluto, sin distracción de temas y de sutilezas, extraños a un vivir como el suyo, la hizo entregarse

a los libros meditativos de la fe, leyendo constantemente las Sagradas Escrituras y las obras de los grandes místicos. Entre estos, era Fray Luis de Granada quien más influencia ejerció en su alma y en su concepto del deber. Le leía siempre y le leían, por su deseo y recomendación, su marido y sus hijos. En sus luchas al faltarles la tranquilidad económica y al verse con muchos hijos y complicaciones, nunca dudó de los auxilios divinos ni dejó nunca de anteponer el amor de Dios a todos los intereses de la tierra. Entendía y definía los temperamentos y defectos de los seres que amaba con palabras enérgicas pero incontestables. Era justa en las alabanzas, sin pasar de los términos prudentes, porque toda virtud la consideraba muy escasa al compararla con la extensión de los deberes. No sintió jamás, a la vista de los suyos, ni un átomo de egoísmo, viviendo en íntima y desapercibida penitencia y, este vivir y renunciar, la daban plenitud de derecho para aconsejar a los demás.

Reproducimos en sus cartas sólo aquello que puede darnos idea de sus mejores cualidades, y, sobre todo, de su estilo nativo y personal, de cuya fuente brotaron los caudales de su hijo menor. En el epistolario de doña Bárbara Sánchez Porrúa, la mayoría de las cartas van dirigidas a su hijo Juan Agapito, pues era este casi la única persona con quien sostuvo correspondencia. Lo cual se comprende por lo joven que ella era cuando Juan se marchó, por su género de vida campestre y por las costumbres femeninas de entonces». (Inédito).



Se terminó de imprimir en la ciudad de Santander el 9 de setiembre de 2003, festividad de San Pedro Claver, en Bedia Artes Gráficas, S. C., día en que se cumplía el centenario del acto oficial en que recibió Pereda la Gran Cruz de Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII.

LAUS DEO

Colofón del libro de Madariaga en la edición de 2003 que mantenemos en su ubicación y formato original.

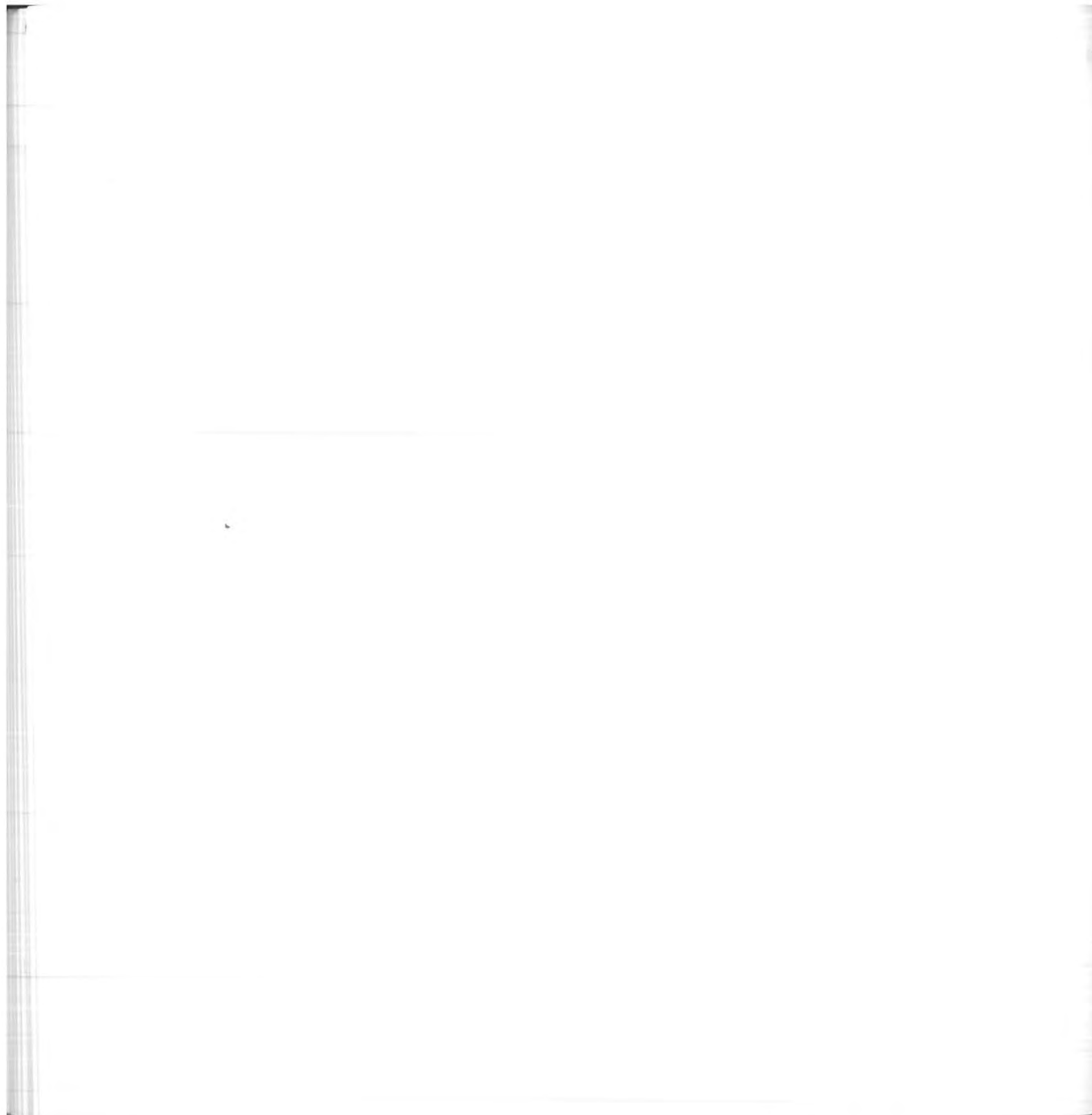


# Reflexiones en torno a José María de Pereda

por

**MANUEL BARTOLOMÉ GARCÍA**

Miembro del Centro de Estudios Montañeses  
y de la Sociedad Cántabra de Escritores



Esto que van a leer ustedes, si se arman de la suficiente paciencia, no es la opinión de un experto en José María de Pereda, sino el criterio de un gran aficionado a sus escritos costumbristas, como admirador de su pluma y de su íntima relación con el pueblo donde nació. No en balde, desde muy pequeño, manoseé y leí *Peñas arriba*, *El sabor de la tierruca*, *Nubes de estío*, *Sotileza...* libros que mi padre tenía en su biblioteca en ediciones de 1943. Por tanto, desde esta óptica, es decir, desde el que ha conocido sus obras desde pequeño y luego ha vivido media centuria en Polanco, voy a procurar detallar al lector algunos rasgos de lo que he percibido de este hombre ilustre y escritor ingenioso, a través de lo que representa para su pueblo.

Lejos queda ya el primer centenario de la muerte del insigne literato costumbrista, don José María de Pereda y Sánchez de Porrúa, lo que no es óbice para que insista en su recuerdo, siempre lleno de nuevos matices, nuevas ópticas. Polanquino su padre, don Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro; comillana su madre, doña Bárbara Josefa Sánchez de Porrúa, de familia de raigambre en Comillas por vía materna y de Pesués por la paterna.

Doña Bárbara había estudiado en Oviedo y tenía familiares eclesiásticos, militares ilustres e ingenios de recuerdo feliz, como apuntaba Vicente Pereda. Un hermano dominico y misionero. *Culta y virtuosa dama*, como la definiera su paisano Jesús Cancio, tan vinculado a Polanco.

Doña Bárbara, al final de su vida, después de haber tenido veintidós hijos, ingresó en el convento de Las Caldas, a donde solía acudir con toda su familia a realizar ejercicios espirituales y, como hiciera el emperador Carlos, mandó celebrar en vida sus propios funerales.

Otras plumas más eruditas que la mía se han leído a lo largo de los tiempos. Es a ellos a quienes creo que corresponde glosar la vida y obra literaria del escritor de Polanco. Entre ellos podemos citar, de pasada, a Benito Madariaga de la Campa o Anthony Clarke, Asunción Blanco de la Lama, Raquel Gutiérrez Sebastián... o la más reciente de una persona ajena al acontecer diario de esta tierra nuestra, como es Natalia de Santiago, manchega por más señas, que ha escrito un análisis exhaustivo y minucioso de nuestro paisano, en especial de su obra *El sabor de la tierra* y con quien tuvimos el placer de colaborar modestamente en su trabajo analítico.

Del aspecto físico de Pereda, tal como lo conoció su amigo Pérez Galdós, nos quedamos con esto:

*Para su retrato, me faltan los colores. Sólo puedo decir que es hombre moreno y avellanado, de regular estatura, con bigote y perilla de un carácter demasiadamente español y cervantesco. Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza.*

Desconocemos a qué retrato se refiere Pérez Galdós, aunque pensamos que puede ser distinto al de Vaamonde, pues éste parece que lo realizó en 1897 y Galdós lo describe en 1882.

Su acendrado catolicismo es evidente en todas sus obras, porque el autor de Polanco era católico a machamartillo. *Tuvo Pereda, entre sus prendas de cristiano y español...* diría su hijo Vicente describiendo a su padre... *fe varonil en Dios... creencia en la fraternidad universal...* como puede leerse en *Portalada*, en 1933. Fe en la que continuaron sus descendientes, como iremos viendo a lo largo de este pequeño trabajo.



Tumba de los padres de Pereda en el cementerio de Las Caldas.



Y es hora de decir aquí que el hilo conductor de estos retazos sobre Pereda va a ser la saga de las mujeres en esta historia: su madre, su esposa, su nuera, sus nietas... porque de las damas protagonistas de sus novelas ya lo ha hecho, y bien, Blanco de la Lama.

De manera que, dejando para los expertos y eruditos la cuestión estilística, estética o puramente literaria de nuestro personaje, nosotros nos vamos a limitar a exponer someramente y con la humildad de quien no es un avezado en estas lides, las secuelas, el rezume, la impregnación de Pereda en todo lo acontecido en la parte del siglo xx y lo que llevamos corrido del xxi, que nos ha tocado vivir en su pueblo natal.

Por tanto, este estudio se va a circunscribir a palpar ese ambiente perediano que Polanco trasciende en todas sus manifestaciones. Y cuando nos referimos a Polanco, estamos citando a la capitalidad del municipio, al «Cumbrales» de *El sabor de la tierra*, al llamado Barrio de la Iglesia, ubicado en el centro geográfico de la municipalidad.

Empecemos por la vida social y de relación de sus convecinos, reducida tradicionalmente a los bares, donde ya se empieza a columbrar a Pereda. Tenían estos establecimientos —alguno ya cerradas sus puertas— nombres peredianos: Bar Sotileza, Bar Peñas Arriba y Bar Cumbrales. Esa inveterada costumbre del «blanqueo», es decir, tomar vino blanco «a palo seco» o con «tapeo» mañanero; o tinto vespertino y tardiego de las gentes de Polanco, se desarrolla a diario entre las referencias a Pereda.

Es decir, se toma un blanco en *Sotileza*, se sigue con otra ronda en *Peñas arriba* y, para culminar el periplo, se arribaba al clausurado *Cumbrales*; todo muy cerquita de aquella cajigona bajo la cual nuestro costumbrista comienza a mirar el paisaje que se vislumbra desde su privilegiada atalaya, comenzando por el roble que le da sombra, mirándole de abajo a arriba, diciendo en su primer capítulo de *El sabor de la tierra*:

*La cajiga aquella era un soberbio ejemplar de su especie: grueso, duro y sano, como una peña, el tronco, de retorcida veta, como la filástica de un cable; las ramas, horizontales, rígidas y potentes, con abundantes y entretejidos ramos; bien picadas y casi negras las espesas hojas; luego, otras ramas, y más arriba, otras, y cuanto más altas, más cortas, hasta concluir en débil horquilla, que era la clave de aquella rumorosa y oscilante bóveda.*

A continuación, Pereda parece que quiere explicar a los profanos o foráneos de nuestra tierra, lo que es una cajiga: *La cajiga (roble) es el personaje bravío de la selva montañesa, indómito y desaliñado...*

Dos apuntes al vuelo: el primer párrafo de lo que acabo de transcribir, está grabado sobre una placa de bronce, junto a la estatua de don José María, al lado de los restos de aquella cajiga. Y al grabador de este párrafo se le escapó una G con la gubia, el molde o troquel, en lugar de la J de *entretejidos*, pero, si cualquier escritor echa un borrón, ¿cómo no vamos a tolerar que ese minúsculo error lo cometa el operario que hizo la plancha bronceada?

Otra nota a vuelapluma en relación con ese monumento que ensalza y privilegia la cajiga perediana: su inauguración tuvo lugar en agosto de 1929 a iniciativa del notario de Torrelavega, Adolfo Carrasco, a la sazón presidente de la Coral de Torrelavega; personalidad e Institución que se volcaron en la búsqueda de financiación para llevar a cabo este memorable recuerdo al autor de *La Montañez* y que tuvieron relevante protagonismo en el acto citado, al que acudieron personalidades de la realeza, así como políticos y hombres de la primera línea de la cultura española.



Polanco. Placa conmemorativa de la Sociedad Coral de Torrelavega, promotora en 1929 del monumento a Pereda en la Cagigona, obra del arquitecto Deogracias Mariano Lastra.

Un ruego a quien corresponda, que no es otro que el Ayuntamiento de Polanco: bien está haber plantado un nuevo ejemplar de cajiga que, en estos tiempos, ya está muy bien crecida, junto a los restos de la que contemplara Pereda, pero lo que queda de ésta, debiera estar protegido de las inclemencias del tiempo para preservar su malherido tronco. No vamos a emular un *gernikako arbola* en los territorios polanquinos, pero actualmente hay métodos y materiales con suficiente garantía para cumplir este objetivo de preservación.

Siguiendo con el poso, sedimento y solera de Pereda en la vida posterior a su muerte, en Polanco existe, afortunadamente como en la mayoría de nuestros pueblos montañeses, una biblioteca municipal que, al margen de estar más o menos dotada de fondo editorial, lleva el insigne nombre de nuestro preclaro paisano: Biblioteca José María de Pereda. A estos efectos, quiero recordar que, durante muchos años, la biblioteca de Torrelavega, cuando estaba ubicada en la calle Consolación, frente a los almacenes de Fernández Diestro, llevó el nombre de Pereda en su frontispicio; no en balde, Polanco perteneció un tiempo al municipio torrelavegano. Hoy, la biblioteca de la ciudad del Besaya lleva otro titular en su nomenclátor.

A mediados del siglo pasado, allá por los años sesenta, se creó una peña ciclista en el pueblo de Polanco, dada la gran afición que existía a este deporte de la bici en la localidad. Aquella agrupación ciclista, cuyo primer presidente fue el doctor Mario Gil Cano y el que esto suscribe el primer secretario, fue creada bajo la denominación de «Peña Ciclista José María de Pereda».

Y como no podía ser de otro modo, el mundo de los bolos tuvo su realce e importancia en una época determinada, concretamente a partir de abril de 1978. Primeramente con mozos del lugar y después con refuerzos de pueblos limítrofes, se creó una peña bolística que también se

vio inspirada por la omnipresente memoria de Pereda, porque, si bien se denominó sencillamente «Peña Bolística Polanco», en su escudo, obra de Ignacio de la Riva, aparece la noble silueta de la cajiga de Cumbrales. Ya decía Pereda en «El Escenario», primer capítulo de *El sabor de la tierra: ...y son los mozos grandes jugadores de bolos...* Se refiere, naturalmente, a los mozos de Polanco.

Del deporte a las manifestaciones artísticas: a finales del siglo pasado, fruto de la inquietud, afición y buenas voces de las que siempre hicieron gala los polanquinos, se fundó un modesto coro que se acogió con referencia subliminal a Pereda, bajo el epígrafe de «Coro La Cajiga». En el primer capítulo ya citado, don José María anotaba que *así como de ser sus mozas grandes cantadoras...* también aquí se refiere Pereda a las mozas de Polanco. En cualquier otro lugar, tomar este título en relación a un árbol tan prolífico y abundante en toda Cantabria, al menos en pretéritos tiempos, podría tener inspiración simplemente forestal. Pero allí, en Polanco, decir La Cajiga es referirse a la cajiga por antonomasia: la cajiga que describe Pereda y que hemos citado más arriba.

La familia de Pereda, es decir, sus descendientes, siguieron y siguen vinculados a Polanco, a pesar de que el tiempo y las circunstancias llevaron a unos y otros por distintos derroteros. Si Pereda alternaba sus estancias en Polanco y Santander con esporádicos y, a veces, prolongados períodos en la capital del Reino, sus hijos, que corrieron diferente suerte, también se sintieron polanquinos.

Esto nos lleva a insistir un breve repaso a esta saga. Cuando José Martínez Ruiz, «Azorín», con 35 años de edad, visita a Pereda en plena decadencia física, en un premioso viaje desde Santander, unos meses antes de la muerte del ilustre hidalgo montañés, se fija el neófito escritor alicantino en la esposa del novelista, doña Diodora Jacinta de la Revilla e Huidobro, a la que describe en una «tercera» de *ABC* a raíz de este viaje, como sigue: *hay en ella esa dulzura y majestad de las señoras que viven silenciosas en los viejos caserones de pueblo.* Y en aquellos momentos tristes en que al autor de *La puchera* le era difícil articular palabra,





Familia de Vicente Pereda y Revilla, hijo del novelista, el cual aparece con traje a la derecha sentado con su hija pequeña. En el centro su esposa, Joaquina Torres Quevedo Alsopp, sobrina del gran Leonardo Torres Quevedo.

doña Jacinta se erigía en intérprete de los balbuceos de su esposo, para seguir la conversación con Azorín.

Don José María tuvo seis hijos, siendo el que más nos incumbe al objeto de seguir la línea polanquina de sus descendientes, don Vicente, el último de los vástagos, también novelista y sumamente religioso como su progenitor, del que habrá que hacer justa memoria en el momento oportuno.

Precisamente es otra gran dama la que ha de ir trazando la pauta de esta saga familiar. Es, como hemos avisado al lector, el signo femenino el que marca este proceso. Era esposa de don Vicente doña Joaquina Torres-

Quevedo, sobrina del eminente ingeniero y escritor del valle de Iguña. El pueblo de Polanco la recuerda con ese aire distinguido de las grandes damas, de innato señorío, con una cinta de terciopelo rodeando su cuello y apoyada su mano en un estilizado bastón. Nueve vástagos, tres varones y seis mujeres, fueron sus descendientes. Ellas, las mujeres, son las que nos van a servir para continuar con esta estela de Pereda, ese rastro que va dejando como un halo protector hacia el pueblo que le viera nacer.

Vamos a tratar de explicar por qué: En los pueblos de nuestra tierra norteña, la llegada de las golondrinas avisa y anuncia el buen tiempo primaveral. Son períodos de algarabía, los mismos que sus estridentes trinos revoloteando sobre los cielos de Polanco. Así ocurría con las hijas de don Vicente, «las nietas de Pereda» o bien, apocopado, «las de Pereda». Era razón suficiente, al margen de calendario o climatología, para reconocer los habitantes del pueblo que, cuando ellas llegaban a su casa solariega e hidalga del barrio de La Cochera, lugar que toma su nombre precisamente por estar allí ubicado el cocherón para los carruajes de la familia Pereda, había comenzado el verano.

O más bien «el veraneo»; María Fernanda, Sol, María, Anita, Isabeluca, Mari Cruz... traían al pueblo el aire de los madriles, retazos del barrio de Salamanca, de Recoletos; muy bien relacionadas en la capital del Reino María Fernanda y María, podemos destacar la filantropía de todas como vemos en otro pasaje de estas pinceladas y, en especial, la de Anita socorriendo humanamente al prójimo en épocas de enfermedades. El tiempo, en su inexorable trayecto, ha ido dejando sus restos (a excepción de Sol, que reposa en México) como última morada terrena, junto a los de sus progenitores, en ese monumento-panteón que se ubica en el cementerio de Polanco y que fue diseñado por Benito Pérez Galdós, gran amigo de su abuelo.

En cuanto a Mari Cruz, quiero resaltar como prueba evidente de su amor al pueblo que viera nacer a su abuelo, el dato que voy a señalar a continuación: se trataba de establecer un himno a Polanco. La música le fue encargada al compositor Federico Ceballos y de la letra se encargó la

religiosa Mari Cruz Pereda Torres-Quevedo. Juzguen ustedes el cariño que rezuman y transpiran los versos que entresaco a continuación:

*...Es Polanco hermosa muestra / de mi tierra de Cantabria / que reúne las bellezas de toda nuestra Montaña —Lo rodean prados verdes / costa y montes lo limitan / el mar le ofrece sus aires / y le saluda en su ría. Requejada, Barrio Obrero, Posadillo, Mar y Soña / y el pueblo de Rumoroso / son las perlas que le honran / Cumbrales se hizo famoso / al nacer en él Pereda / al que le dio nuevo nombre / lo mismo que a Rinconeda. Desde nuestros corazones / tierra de bendito suelo / hoy tus hijos te cantamos / Polanco, viva mi pueblo.*

Y puestos a citar canciones peredistas, hemos de hacer referencia a la que creó un polanquino de adopción, Julián Revuelta López, más conocido como «el Malvís». Dice Julián en los versos de «Polanco de mis canciones»:

*Si será Polanco digno / de las mayores grandezas / que quiso Dios que en Polanco / viniera al mundo Pereda / naciendo con él Tablanca, / Peña, Chisco y Sotileza.*

Volviendo a las estancias de «las de Pereda» en Polanco, en los días previos ya se barruntaba su llegada: un desusado movimiento en torno a su casa solariega, zafarrancho de limpieza, aireación de la casa tantos meses recogida sobre sí, como custodiando el recuerdo impercedero del abuelo José María. Preparativos que culminaban cuando la serré tirada por jamelgo de nombre «Jalisco» y a las riendas Tío Pedro o años después guiada la yegua «Cuca» por el castizo apodo montañés que llevaba Fernando Herrera, «el Chirivito», iban en su búsqueda a la estación ferroviaria de Requejada o bien, a través de la Hilera, alcanzar la estación del Norte de Torrelavega-Sierrapando. Idas y venidas del carruaje para acomodar sus baúles, bagajes y maletas, al margen del transporte de sus dueñas, naturalmente.

En cuanto al jumento o semoviente, llamado «Jalisco», flaco y esmirriado, era objeto de algunas chanzas y mofas del vecindario hacia Tío Pedro:

—Que está muy flaco el burro —le decían.

—Cómo no va a estar esmirriau, si sólo come «salebustres».

(El «salebustre» es, evidentemente, una deformación de aligustre, arbusto que se suele emplear en cerramientos de fincas o en las márgenes de los caminos vecinales).

Se veía acudir diariamente a misa a las nietas de Pereda, a la capilla del Colegio de La Milagrosa, hasta que por los achaques físicos hubieron de desistir por las barreras arquitectónicas que obstaculizaban el acceso a esa entrañable capilla, centro neurálgico de las jóvenes polanquinas bajo el manto protector, para ellas, de la Virgen Milagrosa. Colegio que fue fundado por los hijos de Pereda en 1924, según consta en la obra *Polanco en su historia*, de José Luis Sánchez Landeras.

Cuando las familias de Polanco tenían alguna cuestión delicada que ventilar en Madrid, ellas, «las de Pereda», se ofrecían solícitas en ayuda de sus paisanos. De ello puede dar uno fe personalmente. Y son múltiples los testimonios que podrían aportar aquí los polanquinos. Y como dato fehaciente de este sentir de «Cumbrales» hacia su familia más representativa, tenemos los multitudinarios sepelios que han ido jalonando las pérdidas sucesivas de estas mujeres.

Esta lealtad, este fervor, se sostenía a pesar y al margen del bisturí del escritor, que diseccionaba el cuerpo colectivo de los tipos y paisajes de su tierra, plagados de virtudes, pero también no exentos de recalci-trantes defectos, como todo en esta vida. Así, el gran costumbrista que fue, no podía dejar de anotar en su obra *Escenas montaÑesas* ese espíritu tenaz del hombre rural para defender su patrimonio, incluso poniendo en peligro su misma esencia: sus hijuelas, sus heredades. Y lo vemos en el capítulo de la obra citada, encabezado por el latinajo *Suum cuique*, que viene a ser algo así como «a cada uno a lo suyo».

Es la defensa que hace la familia Seturas de unos metros de terreno a lo largo de su finca. Es el trueque establecido entre el protagonista y el Concejo. El hidalgo recibe un anticipo dinerario para reconstruir una pared derruida y él permite a los vecinos pasar una rueda de sus carros,



Antes de misa.

Escena tomada de *La Montaña: paisajes, costumbres y marinas de la provincia de Santander*, por Victoriano Polanco. Ilustrador: Fernando Pérez de Camino, con una carta autógrafa de D. José María de Pereda, Madrid 1889, Estab. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», p. 8, lám. 2.

en servidumbre de paso, en tanto no devuelva los dineros anticipados por el Concejo. A partir de aquí, un pleito sobre sostenella y no enmendalla, pues se gastaba su patrimonio por defender unos derechos sobre unos metros de su finca.

Cualquiera que conozca, incluso en estos tiempos de progreso, la idiosincrasia del hombre del campo, sabe de ese ardor con que se defiende

lo propio. Veremos, si tenemos una mínima capacidad de observación, en todos los pueblos, esas paredes que encierran unos centímetros de terreno, en clara y explícita declaración de propiedad frente al común. Cómo, en las tierras de labrantío o pradería, se hacen pequeñas zanjas en los límites con los colindantes, para evitar que la rodada de los carros ocupen más de lo debido o tratando de que el que atravesase esa servidumbre, lo haga más por el prado vecino que por el propio.

Y en Polanco existen, de lo que doy fe personalmente. Lo captó perfectamente Pereda en toda su obra. Es esa filosofía egoísta de «cede tú antes que yo». Incluso en ese afán de aumentar subrepticamente la cabida de sus tierras, cambiaban de lugar en su provecho, los isos, jisos o hitos (las marcas de límites de los terrenos, generalmente cantos rodados hincados en los bordes). O cuando tocaba la siega, sobrepasaban con el dalle las imaginarias líneas de las lindes y, como producto de esta transgresión, llevaban en el carro hacia su cuadra, unos míseros gramos más de verde o hierba seca.

Pereda explica de este modo esa defensa a ultranza de lo propio, aún a costa de perder más de lo que se defiende:

*Y no se vaya a creer que este agujero del bolsón patrimonial apenaba al solariego; nada de eso. Seturas pleiteaba con la desdeñosa tenacidad de todo buen montañés, para quien nada supone el bollo cuando se trata del coscorrón: lo propio hizo su padre, muerto gloriosamente de un sofocón a la puerta de la Audiencia, por llegar a tiempo a presenciar la quincuagesimoctava vista del proceso. Y aquí debo advertir que este pleito era de abolengo e inherente al patrimonio de los Seturas, quienes le defendían como punto de honra solariega, habiéndose jurado de generación en generación, las siete que contaba la fecha, gastar hasta la última teja en la rehabilitación de un derecho que estaba tan claro como la ley de Dios.*

*Y los Seturas tenían razón, continúa Pereda, cuando un Seturas de la tercera o cuarta generación devuelve el importe de la obra de su pared y reclama al mismo tiempo la extinción del compromiso de la rodada. Entonces, el vecindario, que se evitaba un gran rodeo para servir la llosa, yéndose por la*

*linde del prado de Seturas, reunido en sesión y asesorándose de un procurador, contestó al mayorazgo que estaba bien lo del dinero, mas que en cuanto a lo de la rodada... Considerando que aún en caso de tener Seturas alguna razón, se emplease ésta en exigir a los hijos el pago de las torpezas de sus padres, tenía a bien desestimar su pretensión, aconsejándole que se conformase con el fallo y no se metiera en más honduras, no hiciese el diablo que le reclamasen el cambio de algunas columnarias que había entregado borradas entre las monedas de pago... (Columnarias eran monedas acuñadas en América).*

*Seturas dijo que nones; pero fue condenado, en juicio verbal, a dejar la rodada por su linde... y a dar al concejo tres duros claros de a veinte, por doce columnarias borradas...*

Vuelvo a insistir en mi testimonio personal de que cosa parecida a la descrita por Pereda en 1864, observé en este pueblo más de un siglo después: *tengo sesenta millones para pleitos... no me importa. Lo mío es lo mío...*, oí comentar a un vecino.

Concluyamos que Polanco ha rendido repetidos homenajes de carácter oficial a Pereda, pero sustancialmente diremos que, con motivo del cincuentenario de su muerte (1956) se celebró junto a «la cagigona» un multitudinario acto al que acudieron muchas personalidades de la época y el pueblo entero se congregó en tal evento para honrar la memoria de su predilecto vecino. Quedó para los anales de la historia la distribución de un retrato del autor de *La puchera* ofrecido gentilmente a los admiradores de tan ejemplar personaje. Y las adhesiones fueron de relevancia nacional, entre las que podemos citar las de José del Río Sainz, José Simón Cabarga, Gregorio Marañón y Posadillo, Gerardo Diego, Enrique Sánchez Reyes, Tomás Maza Solano, Sixto Córdova y Oña...

En fin, fue José María de Pereda gran observador de las gentes de nuestra tierra a las que atisbaba desde el proscenio de hombre cultivado, en claro reflejo de sus vidas, sus penas y sus alegrías, bajo los techos de cristal de sus blasonadas casonas de hijos de algo. Porque en Polanco, Pereda se metía hasta en las cocinas. Vemos así que en el capítulo XXI de *La puchera* titulado «Arroz y gallo muerto», el escritor habla de un

festín que le ofrecen al indiano Nubloso, y cómo Inés, una de las protagonistas, corre presurosa a la cocina a ponerse al día de la situación de salubridad con la que se está cocinando para tan destacado personaje, el indiano: *¡qué poco, qué mal, qué sucio y qué viejo le pareció todo!* Después de las labores de limpieza que Inés hizo sobre vajilla y demás adminículos, se pudo ofrecer al indiano de Nubloso sopa de fideos, cocido, gallo en pepitoria y arroz con leche de postre.

Otros personajes de Polanco que se arriesgan en su pequeña barquilla a llegar hasta la barra de la ría de San Martín, después de haber tratado de recoger ostras en lo que se ha llamado siempre «vuelta Ostrera», devenida así por la presencia de aquel bivalvo en la zona, es el capítulo xxvi denominado «la puchera del Lebrato», cuando Pedro Juan, buscando con su padre el Lebrato entre los acantilados, pasan esa barra temerosos a pesar de haberlo hecho muchas veces en sus vidas. Al fin, se dan por contentos de poder capturar algunos congrios entre las covachas de la costa.

Como colofón, diremos que éstas son las secuelas que su perenne presencia dejó en el bello pueblo de Polanco: un manto protector, un arco iris sostenido por imaginario Indalo que impregna la vida social del viejo «Cumbrales»; hemos tratado de analizar las razones por las cuales la ciudadanía polanquina se muestra orgullosa, generación tras generación, de haber albergado la cuna en la que se meció tan ilustre personaje.

Pereda pasó, pero su impronta permanece en Polanco; su marchamo dignifica a los polanquinos. Es por ello por lo que, tanto su biografía como la de sus descendientes son las que hacen la historia. Ya lo entendió así Rabindranath Tagore: *No hay más que una historia: la historia del hombre. Todas las historias nacionales no son más que capítulos de esta historia mayor.*





N. 1.762923

Al Ayuntamiento Constitucional de Polanco



Fecha de 1891  
Como se solicita  
se debe expedir por  
ante el ayuntamiento  
ni para expedirse  
a la orden del Sr.  
de la materia expresada  
completada de forma

El que suscribe es una persona  
de edad mayor de edad, propietario  
de una casa de la que exhibe, a V. S.  
la debida cédula n.º 129.  
Que desearia construir en el  
cementerio de este pueblo un panteon  
para el que familia y bienes de  
cuenta de esta comunidad de aquel  
pueblo solicito, para un terreno  
propio adyacente a las cercas y  
buen camino me expusieron a el  
objeto a V. S. la concesion de el  
terreno necesario (proximamente con  
carras de tierra) al fin de tener un  
y proximo inmediatamente con el, a  
la inteligencia de que una vez he  
manada las obras, se levare  
el panteon de manera que este

Solicitud de licencia de obras para el panteón.

## TRANSCRIPCIÓN DEL MANUSCRITO DE PEREDA

### «Al Ayuntamiento Constitucional de Polanco

El que suscribe, de esta vecindad, casado, mayor de edad, propietario, con cédula n.º 129 que exhibe, a V. S. con la debida consideración expone:

Que deseando construir en el cementerio de este pueblo un panteón para él y su familia y teniendo en cuenta escasa capacidad de aquel sagrado recinto, para no causar perjuicio alguno a los derechos y buen servicio del vecindario en él,

Solicita a V. S. la concesión del terreno necesario (próximamente un carro de tierra) al Norte (?) del Campo Santo y adherido (?) inmediatamente con él; en la inteligencia de que, una vez terminados los trabajos, se cercará el panteón de manera que éste quede dentro del Cementerio, siendo todas estas obras de cuenta del exponente, que también como es justo, está dispuesto a satisfacer el valor que se asigne al terreno solicitado.

Teniendo esto presente y asimismo que esta parcela de Sierra Calva, por el lugar que ocupa no puede destinarse a uso ninguno público, ya que el actual Cementerio, lejos de perjudicar en ningún sentido con las obras mencionadas, ganaría en espacio y en embellecimiento.

A V. S. suplica se sirva concederle el terreno que solicita con los fines expuestos.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Polanco, a 5 de enero de 1891.

José María Pereda».

## TRANSCRIPCIÓN DEL MANUSCRITO A LOS DIBUJANTES CAMINO Y POLANCO

«Sr. don Fernando Camino y Victoriano Polanco

Mis queridos amigos: Que dos artistas de los alientos y del renombre de VV, me preguntan a mí, simple aficionado pasivo, si considero digno de que se publique la colección de dibujos cuyas muestras tengo a la vista, paréceme el colmo de la modestia. ¡Escenas campestres y costeñas! ¡Curas, pedagogos, motilones y pardillos! ¡Marinas, paisajes, ruinas solariegas y pataches arrumbados! ¡Lo más sabroso y llamativo de la tierra! Y lo más saliente de la genialidad artística de Polanco y de Camino.

¿Quién, que de montañés legítimo se precie, me absolvería del pecado de responderles «que no» si fuese posible que yo le cometiera?

Adelante, pues, con el intento que me parece hasta patriótico, y gracias mil por la consulta, que me da motivo para que el primer aplauso de los muchos que ha de valer a VV ese puñado de obras de arte, sea el de su coterráneo, admirador...

José M. de Pereda. 10/89».

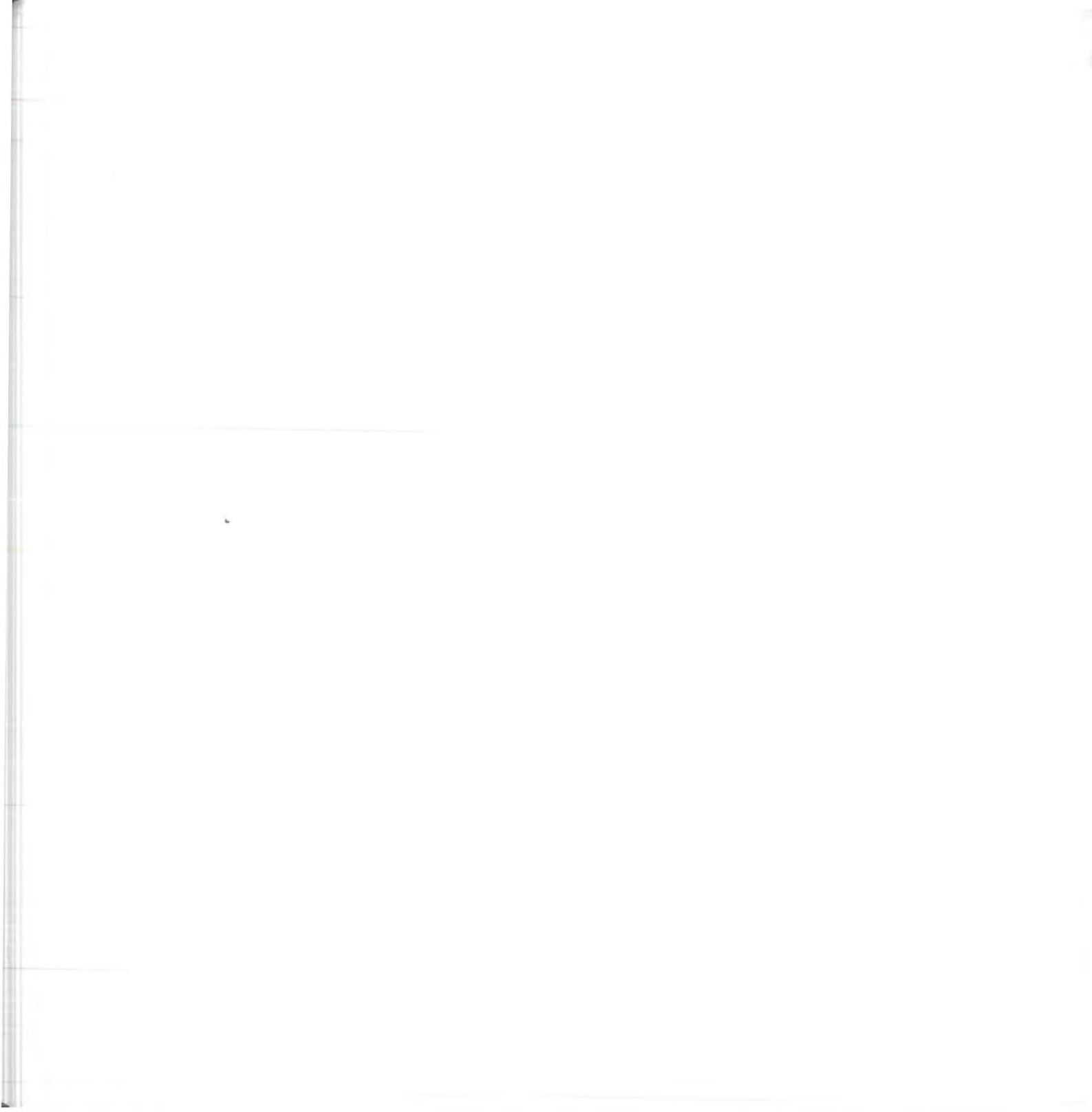
**Hombres de pro a la vera de José María de Pereda  
en Polanco**

por

**CONSTANTINO BARRERO HERRERA**

Profesor. Divulgador Cultural.

Presidente de la Asociación Sociocultural Polanco



## Introducción

Polanco fue cuna de José María de Pereda y bajo su tierra reposan los restos del escritor. En Polanco vive toda su infancia hasta la adolescencia, cuando sus padres marchan a vivir a Santander. Esta etapa es un periodo de aprendizaje, donde va a adquirir las capacidades básicas para poder interactuar con el mundo en el que vive y va a ir configurando su personalidad.

Poco sabemos de esta etapa en la vida de Pereda. Tenemos una descripción de su físico a través de su primo Domingo Cuevas:

*[...] dio en mirarme fijo con unos ojos muy negros y algún tanto salientes... Tenía la cara redonda y llena, la cabeza bien puesta y poblada de un pelo negro ligeramente ensortijado.*<sup>1</sup>

También se presupone su modo de vida; similar a la de cualquier niño de la aldea. Hay quienes han querido ver en la novela Pedro Sánchez datos autobiográficos del autor polanquino. De esta guisa, deducimos su asistencia a la escuela del pueblo y que también recibió formación del sacerdote del lugar:

*[...] cogióme por su cuenta el párroco, no bien me dejó la suya el pedagogo, y me enseñó casi todo el latín que él sabía, con algunas cosas más...*<sup>2</sup>

Es muy probable que sus hermanos, mayores que él, colaborasen en su enseñanza. Del mismo modo, podemos deducir los divertimentos y juegos infantiles de que gozaba:

<sup>1</sup> CUEVAS, Domingo: *Antaño y otros relatos comillanos del S. XIX*, Ed. Librucos, 2018. El relato: «Cómo conocí a Pereda», pp. 169-170.

<sup>2</sup> PEREDA, José María: *Pedro Sánchez*. Edición José Manuel González Herrán, 1990. Colección Austral, p. 49.

[...] aunque bien sabe Dios cuánto me gustó siempre tocar las campanas a vísperas los domingos y fiestas de guardar [...] acechar nidos, jugar a la cachurra, coger mayuetas o fresas salvajes, en el monte; saltar las huertas; apedrear los nogales; calar la sereña en la cercana costa; hacer, en fin, cuanto hacer pudiera el más ágil, más duro y más revoltoso muchacho del lugar.<sup>3</sup>

En fin, una infancia grata, sin sobresaltos y muy protegida al amparo familiar.

En una edad fronteriza con la adolescencia, parte la familia a vivir en Santander. Ello no impide que durante las vacaciones estivales regresen a Polanco y él siga manteniendo contacto con jóvenes y costumbres del pueblo.

Tras la publicación de *Escenas montañosas* (1864) y *Tipos y paisajes* (1871), reconocido ya como escritor y bien posicionado socialmente, decide construir una mansión en Polanco, en el prado de Trascalina, frente a la casa natal. Aquí residirá durante una buena parte del año, especialmente en la época estival. Su prestigio origina una cierta ascendencia sobre sus vecinos polanquinos, que le tienen en alta consideración:

*Nuestro don Pepito era el señor con señorío sencillo y paternal a la antigua usanza española; el espejo y protector del pueblo...*<sup>4</sup> Nos relata don Sixto de Córdova y Oña. Y continúa diciendo:

[...] *Al paso o en presencia de un sacerdote, las mujeres se ponían de pie y los hombres guardaban silencio, así como en presencia de Pereda; no por temor, sino por consideración y respeto.*<sup>5</sup>

Esta muestra de paternalismo y su conllevada pleitesía, eran frecuentes en la sociedad del siglo XIX y buena parte del XX, especialmente en el medio rural, donde predomina el patriarcado.

En Polanco, en los tiempos de que hablamos, coexistían varias personas con cierto valimiento que, a veces, rivalizaban por demostrar un predominio de su influencia.

Uno de los casos acontece en el año 1867, cuando don José Rodil Fernández, abogado y acaudalado vecino del lugar, solicita autorización al Ayuntamiento para hacer, a sus expensas, una torre cuadrangular, dotada

<sup>3</sup> PEREDA, José María: *Pedro Sánchez*, ibidem, p. 51.

<sup>4</sup> CÓRDOVA Y OÑA, Sixto: *La vida en Cumbrales*. 1933, pp. 132-143.

<sup>5</sup> Ibídem, p. 141.



Torre del Reloj que construyó Rodil.

de reloj campanil, para que sus convecinos puedan saber la hora. Se construye en una superficie comunal a escasos metros del muro de la iglesia parroquial, para lo cual, y por deferencia, previamente se ha dado cuenta al Obispo de la Diócesis.

Una vez concluidos los trabajos, la corporación, presidida por el alcalde José Díaz Laguillo, adosa una placa a la torre en la que figura una inscripción que dice: *De don José Rodil a Polanco. Año 1872.*<sup>6</sup> Unos años después, en 1878, el señor Rodil dirige un oficio a la corporación municipal, indicando su decisión de donar a perpetuidad la torre-reloj al municipio; de paso, solicita un espacio en el cementerio para construir el mausoleo familiar.

Pasarán unos años y, hacia 1890, fallecido ya Rodil, se realizan obras de rehabilitación en la iglesia, ampliándose la misma hasta la torre-reloj, que se aumenta unos metros en altura y se colocan las campanas. Esta obra se sostiene con los fondos económicos entregados por nuestro escritor, don José María de Pereda y allegados que, en cierta medida, hacen seguimiento de las obras.

Una vez hecha la obra, los operarios, con el beneplácito de don Julián Cosgaya de Oria, cura ecónomo de Polanco, retiran de la torre la placa dedicada a su benefactor. De facto la Torre del Reloj se convierte en Torre de la Iglesia. Finalizando el siglo, el Ayuntamiento adopta el acuerdo de volver a colocar la placa retirada de su lugar. El párroco dirige una queja, a través del gobernador eclesiástico, al gobernador civil, el cual apremia al alcalde a proceder a quitar dicha placa.

Pero hete ahí que se estropeó el reloj de la torre y el Ayuntamiento se hizo el remolón. Entonces el párroco se dirigió al alcalde para que, en vista de la demora, cediese a la iglesia la potestad de la torre. No

<sup>6</sup> SÁNCHEZ LANDERAS, J. L.: *Polanco en su historia*. Ed. Ayto. de Polanco, 1999, pp. 207-209.

llegando a acuerdo las partes, interviene otro personaje relevante en la sociedad polanquina del momento, su firma aparece en muchas actas de documentos, llegó a ser Juez de Paz, siendo dueño de la cantina y bolera del pueblo; parece ser que fue administrador de Pereda y referido, de algún modo, como personaje de alguna de las obras del autor polanquino. Se trata de Bartolomé de la Riva. Nos cuenta don Sixto de Córdoba y Oña que *este dio al pueblo muchos Bartolomé, porque se ofrecía de padrino si le dejaban poner su nombre, para no ser el único Bartolo del pueblo.*<sup>7</sup> El asunto es que seis vecinos capitaneados por don Bartolomé mandan una instancia a la máxima autoridad civil de la provincia *quejándose del estado de abandono en que tiene el municipio, el reloj público... por tener encomendada la administración del mismo a manos inhábiles...*

Con ello, el gobernador civil encomienda la administración del reloj al párroco del pueblo, conservando su dominio a favor del vecindario... Pues bien, de este modo, se nos muestra cómo ciertos personajes rivalizaban entre sí tratando de autoafirmarse reduciendo al otro. Así, el benefactor de la Torre del Reloj se quedó sin mención pública en su obra, el Ayuntamiento se quedó sin torre y la iglesia tuvo que pagar al relojero custodio. Y algún vecino quedó orgulloso de su reconocida intervención.

Hoy, según entras al cementerio, topas con el mausoleo de Rodil; justo a la espalda del mismo están bajo tierra, actualmente sin señal que lo indique, los restos del párroco, don Julián Cosgaya. Y a continuación, en línea recta hacia el fondo, se encuentra el panteón familiar de José María de Pereda. Al oeste, a la izquierda, el de Díaz Laguillo que, por cierto, la adquisición de su terreno supuso un nuevo enfrentamiento entre el cura y Ayuntamiento. Los restos mortuorios de don Bartolomé de la Riva reposan depositados en el panteón familiar que mandó construir, sobre las antiguas sepulturas, su nieto de mismo nombre. Se encuentra próximo al flanco oriental del de Pereda...

*¡Oh, Vanitas vanitatum omnia vanitas!*

Ajenos a estos contubernios y litigios vivían gentes de condición más sencilla inmersas en sus actividades cotidianas de labrantío; siempre

<sup>7</sup> CÓRDOVA Y OÑA, ob. cit., p. 141.



más pendientes de lo que podía caer del cielo, ya que de ello dependía buena parte de sus cosechas, que de los desencuentros y desafíos por las rivalidades de intereses de los poderes fácticos del pueblo. Estos aldeanos, bien como cuidadores de su pequeña hacienda, o como jornaleros, su mayor preocupación era que no faltase el sustento en casa.

De entre estas personas, dos merecen resaltar aquí. Ambas nacieron en el mismo año de 1842. Dos personas de bien, hábiles en las tareas cotidianas con las que conseguían la subsistencia familiar, poseían ingenio y chispa. A la vera de Pereda consiguen trascender su brillantez.

El uno, Fernando Castillo Barredo, como jardinero de Pereda. Desde que construyó el novelista su residencia en Polanco en 1872, Fernando fue su fiel jardinero. Lealtad que le lleva a lograr la máxima consideración de su señor, de tal modo que no sólo le acompañó en vida sino que ambos cuerpos reposan en el mismo panteón.

El otro, Eustaquio Pajarejo Cacho, labrador, aficionado a la caza que ejercía con gran destreza, aventurero y maestro de danzantes. Muy popular en la aldea. Muchos le han considerado la persona que tomó Pereda como trasunto del Chisco, en la obra *Peñas arriba*.

Dos polanquinos que, a la vera de José María de Pereda, se hacen «hombres de pro» y, a mi humilde entender, por su carácter insólito darles presencia, con un breve esbozo, dentro de este libro que nos trae Benito Madariaga, puede contribuir al enriquecimiento del mismo.



La casa en Trascalina de José María de Pereda con sus amplios jardines.

## El «Chisco» de *Peñas arriba*: D. Eustaquio Pajarejo Cacho

A mediados de los años 30 del pasado siglo un periodista, Antonio Salvador, del periódico madrileño *Ahora*, se acerca a Polanco para entrevistar en el ocaso de su vida a Eustaquio Pajarejo Cacho (1842-1937), a quien consideraban ser la persona que inspiró a José María de Pereda para crear al personaje «Chisco» de la novela *Peñas arriba*.

Dicha novela está considerada como una de las grandes obras salidas de la pluma del escritor polanquino. Una novela de culto a la Montaña, que a Pereda le sirve de pretexto para poner en alza los valores tradicionales representados en la vieja sociedad patriarcal de la región, frente a la modernidad e individualismo que se estaban implantando en la capital de la corte.

Relata la llegada de Marcelo, un joven abogado madrileño acostumbrado a la vida bulliciosa, placentera y mundana de la ciudad, a la aldea montañesa de Tablanca, invitado por su tío don Celso, para sucederle y se quedara de morador en la casona de la aldea. Poco a poco, tras excursiones y conversaciones con sus habitantes, se va encariñando con el lugar, sus gentes y su impresionante naturaleza; va produciéndose en Marcelo, tras su inicial rechazo, un proceso de conversión que le llevará a tomar la decisión final de continuar, tras la muerte de don Celso, su vida en Tablanca.

Otro personaje destacable en la novela, aunque de carácter secundario, es «Chisco», joven mozo a las órdenes de don Celso en la Casona.

Va a ser *Chisco*, como buen cazador y conocedor del terreno, uno de los enlaces que mantiene don Celso para contribuir a alcanzar la meta de Marcelo. Él se encargará de ir a recogerle a la estación de Reinosa, tras su llegada de Madrid, para acercarle hasta la aldea de Tablanca, por una larga ruta no exenta de dificultades. Con *Chisco*, Marcelo realiza varias excursiones, recorriendo diversos itinerarios por los alrededores de la aldea... Con *Chisco* sale de caza... Con *Chisco* participa en la gran aventura de la caza del oso... Y con *Chisco*, junto a otros personajes como el cura, don Sabas, el médico, Neluco, Pito Salces, «El chorcos», el señor de Provedaño, Lituca... va consiguiendo adaptarse al ambiente patriarcal de la aldea, logrando identificarse con el entorno humano y paisajístico.

En esta novela que a juicio de Marcelino Menéndez Pelayo *era una de las mejores cosas que se han escrito en España desde que faltan los grandes maestros del siglo XVI*, tiene mucho de bucólica y, siendo sus escenarios fáciles de identificar, despierta la tentación de buscar paralelismo entre paisaje y personajes, reales o de ficción.

De este modo, una vez identificada la aldea Tablanca con el pueblo de Tudanca y la similitud en la descripción de la Casona, resulta fácil presuponer que la figura de don Celso corresponda a don Francisco de la Cuesta y Cossío (1810-1883). Hemos de tener en cuenta que Benito Madariaga<sup>8</sup> fija el desarrollo de la acción entre 1865-1870.

Otro personaje identificado es el *Hidalgo de Provedaño* con Ángel de los Ríos, señor de la Torre de Proaño que hospedó a Pereda y le hizo de informador y corrector del itinerario de Reinosa a Tudanca.

Cossío identifica a los personajes de *Chisco* con la persona de Francisco Andrés Fernández Bustamante, de Rozadío, y *Pito Salces* como Eladio Cossío, cuñado del anterior. Dado por sentado este paralelismo entre personas y personajes, resulta inoportuna la aparición desde Madrid de un periodista para entrevistar a un vecino de Polanco que, consideran, sirvió al maestro como horma para crear al personaje *Chisco*. Ciertamente, esta circunstancia no se debe obviar ya que cabe sostenerse con argumentos plausibles.

<sup>8</sup> MADARIAGA, Benito: *Pereda, biografía de un novelista*. Ed. Librería Estudio, 1991, pp. 373-374.



Monumento a Pereda en Santander, que simboliza cuando Chisco y Marcelo, que acaba de llegar de Madrid, marchan desde la estación de Reinosa a Tudanca.

Eustaquio Pajarejo fue coetáneo de Pereda; no van a ir juntos a la escuela, ya que cuando el escritor se marchó a vivir a Santander, Pajarejo sólo contaba con dos años de edad. Sin embargo, tras finalizar el curso era habitual que la familia Pereda fuese a pasar el verano a Polanco. Y, a partir de construirse la nueva residencia en la Trascalina en 1872, una buena parte del año la iba a pasar en su Polanco natal.

Escribía Azorín, en el viaje que realizó a Polanco para visitar a Pereda en 1905: ... *El pueblo lo componen diez o doce casas aisladas...*<sup>9</sup> La distancia entre la vivienda de Pereda y la de Pajarejo es de escasos doscientos metros. A ambos les gustaba la caza. Pajarejo era un personaje popular,

<sup>9</sup> AZORÍN: «Las terceras de ABC» 1905. *En casa de Pereda* (10 y 11 de agosto de 1905).

aventurero, un tanto bohemio, viajero, maestro de danzantes y cazador de prestigio reconocido en la zona. Por consiguiente, es más que factible que inevitablemente se conociesen e intercambiasen conversación. Si sabemos que la acción de la novela transcurre entre 1866-1870, la edad de Pajarejo coincide, más o menos, con la que tenía *Chisco*.

Pereda sólo fue en dos ocasiones a Tudanca. Una en 1863, cuando murió don Manuel de la Cuesta, hermano mayor del dueño de la casona, don Francisco de la Cuesta. La otra ocasión fue durante el viaje electoral que por aquellas tierras realizó en 1871. Fueron sólo dos ocasiones y con objetivos muy concretos; además, a pesar de su exquisita cortesía, no es fácil imaginar a Pereda ofreciendo acercamiento coloquial a sirvientes de la casa.

Con todo, nos puede resultar que no fuese cosa descabellada que el novelista, por proximidad y persistencia, se sirviese de Eustaquio Pajarejo, para crear el arquetipo del *Chisco*.

En rigor, ninguna de las dos opciones podemos tener como garante absoluta de que sean verdaderas. No hay dato alguno, excepto la apreciación de José María de Cossío, que avale al de Rozadío como modelo. Más aún, *Chisco* puede ser solamente un tipo sacado del imaginario creativo de Pereda e incluso la configuración del personaje pudiese realizarse cogiendo un poco de acá y otro de allá... A saber.

No es asunto relevante que afecte a la calidad de la novela, ni al planteamiento de su tesis, pero dar a conocer esta entrevista inédita que conservo desde hace muchos años, y que a continuación literalmente se expone, tomada del madrileño Diario *Ahora*, de 31 de agosto de 1935 (p. 2), tanto imagen como transcripción, creo que contribuye a enriquecer el anecdotario respecto a la obra. Decisión que tomo alentado por Benito Madariaga y Anthony Clarke, dos grandes maestros del mundo perediano a los que profeso gran respeto y admiración.



## AHORA (transcripción)

*En Polanco, pueblo de Pereda, vive todavía «el Chisco», personaje real de las obras del glorioso novelista.*

*Montañés de pura cepa, cazador excepcional, profesor de danzantes, testigo de la guerra carlista, superviviente del cólera, intrépido aventurero, amigo y confidente de Pereda.*

### Quién es «el Chisco»

*«El Chisco» o «Chiscón», que con estos dos nombres lo cita indistintamente en sus obras José María de Pereda, se llama Eustaquio Pajarejo, y es natural de Polanco, donde próximo a los cien años de edad, y en una humilde casucha cercana a la «Cajigona», vive todavía postrado en el lecho, paralítico de ambas piernas desde hace más de un año.*

*Es un viejecito simpático, agradable, enjuto de ojos vivos y chispeantes, que al evocar sus pasadas hazañas de cazador prodigioso y aventurero extraordinario relucen de un modo extraño.*

*Sorprendemos a «El Chisco» en un momento en que se dispone a liar un cigarrillo, lo hace con tan firme pulso que causa nuestra admiración.*

*Un nieto suyo nos sirve de introductor, haciendo la presentación:*

*—Abuelo, aquí el «señor», es un periodista de Madrid que quiere que le cuente usted algunas cosas para ponerlas en el periódico.*

*—¿Está usted enfermo? —le preguntamos.*

*—¿Enfermo? No, señor; yo no he estado jamás enfermo. Únicamente estas condenadas piernas que ya no me quieren sostener.*

*—A mi abuelo no le ha visitado nunca un médico. No quiere —tercia el nieto.*

*Cuéntele al señor algo de cuando usted era cazador —vuelve a terciar el nieto.*

*—¡Ah, sí! Yo he cazado mucho, mucho. No había otro en toda la montaña. Hasta el rey quería que cazase con él —nos dice radiante de orgullo.*

*—¿Y qué cazaba usted?*

*—De todo. Yo he cazado de todo: osos, nutrias, corzos, pájaros; toda clase de bichos que se me ponían por delante; pero sobre todo zorros. Más de doscientos me tengo matados; hasta seis en un día y veintisiete en un mismo pueblo. ¡No había otro como yo!*

*—¿Y los mataba por pura afición?*



—Por afición y por lo que me daban. Por entonces, el Ayuntamiento los pagaba a treinta reales pieza, y todo me lo llevaba yo. Además los vecinos me solían dar un par de huevos por cada uno que mataba y había días que no podía con la cesta de los que me llevaba a casa. Una vez me avisaron de un pueblo que habían visto como diez lobos rondando por allí. Yo entonces les dije: «Hoy mato cinco y mañana los demás». Y cumplí mi palabra. Al día siguiente no quedaba uno. Tenía una escopeta que valía cualquier cosa. La cargaba con una bala y veintiún postas y ¡a por ellos!

Un amigo mío que hoy es coronel de la Guardia Civil decía que mi escopeta llegaba desde Polanco a la Puerta del Sol de Madrid. Claro está que exageraba; pero así y todo, ya lo creo que alcanzaba. Una vez, a más de doscientos metros, atiné a la cruz de una casa, y en otra me aposté que apagaba un candil a cincuenta pasos sin tocar el metal y gané la apuesta. También he matado dos osos y un corzo que daba cada salto de más de dieciséis pies, y todo lo que me salía al paso. Otra vez aposté a que durante un mes mataba una liebre cada día y también gané la apuesta.

El abuelo empieza a fatigarse e interrumpimos la conversación sobre la caza ante el temor de que se nos agote.

### **Testigo de la guerra carlista, superviviente del cólera y andarín aventurero**

—Me dicen que ha sido usted testigo de la guerra carlista ¿recuerda usted algo de eso?

—¡Ya lo creo que lo recuerdo! Pero son tantas cosas que tengo que hacer memoria.

El nieto cambia de conversación, pese a nuestra contrariedad, ya que nos prometíamos escuchar un relato interesante.

—Está muy fatigado y puede perjudicarle. Mejor será que nos cuente lo del cólera —me dice en voz baja—. Cuente usted lo del cólera, abuelo.

—Aquello sí que fue chocante. Estaba yo por entonces en Cádiz, trabajando en un comercio, de las pocas veces que yo he trabajado, y todos los dependientes se morían. No quedamos nada más que dos, y yo le dije al compañero: «Mira, ya que tenemos que morir, que nos coja preparados». Nos bebimos una botella de ron cada uno y nos quedamos dormidos detrás del mostrador hasta que nos recogieron, creyéndonos muertos, con una gran borrachera, pero sanos y salvos.

—Por cierto, que allí mismo —continúa «el Chisco»— me sucedió una aventura muy notable. Tenía que ir a llevar dinero a un pueblo bastante alejado, y como entonces se usaba la plata y cobre, llevaba un gran talego de dinero a la espalda. Se me hizo de noche y cuando ya faltaba poco para llegar al pueblo, me salieron al paso dos bandoleros pidiéndome el dinero. Yo entonces, con gran serenidad, porque siempre he sido muy valiente, les dije que no había inconveniente en dárselo, pero que yo era capitán de otra banda y precisamente me esperaba en el pueblo el jefe de ellos para tratar de dar un golpe y repartirnos aquella talega, puesto que la mitad del dinero era suyo. Ellos se lo creyeron y no sólo no me robaron, sino que me acompañaron hasta el pueblo dándome escolta.

—¿Entonces ha viajado mucho?

—Más de media España, a pie, a caballo y en diligencia.

### **Profesor de danzantes, amigo y personaje de Pereda**

Eustaquio Pajarejo ha sido el primer profesor de danzantes de la montaña. A este respecto organizó un conjunto de bailes populares que solían actuar el día San Antonio y gozaba de fama en la comarca.

—Tengo entendido que era usted muy amigo de Pereda.

—Mucho. Me quería mucho don José, tanto que me sacaba en sus libros; pero con otro nombre. En Peñas arriba habla de mí cuando cuenta la caza del oso, y en *El sabor de la tierruca* también habla mucho. Era muy bueno y muy listo don José. ¡Cuántas veces le tengo yo hecho compañía en la Cajigona, mientras escribía! Pero bueno —me dice de pronto— todo esto no lo vaya usted a decir en el periódico, porque ustedes los periodistas son muy pillos. Este también es otro pillo —dice dirigiéndose a su nieto— y yo también lo he sido ¡qué caramba!, que en este mundo hay que serlo por fuerza para poder ganar dinero. Y con esta nueva sentencia, un tanto filosófica, terminamos nuestra charla y dejamos al abuelo todavía abstraído en sus recuerdos, después de apoderarnos de unas fotografías que encontramos sobre un carcomido arcón, probablemente uno de los pocos supervivientes, como «el Chisco» de 1800.

Antonio de SALVADOR

[Diario *Ahora*, Madrid, 31 de agosto de 1935, p. 2].

## El jardinero de José María de Pereda: D. Fernando Castillo Barredo

Una de las facetas menos conocida de don José María de Pereda era su afición por la horticultura. Aunque, de algún modo, en el relato que nos muestra su primo Domingo Cuevas,<sup>11</sup> ya desde niño parecía marcar tendencia al cuidado de las flores [...] *un rapazuelo que se afanaba en sacar agua de un pozo para regar unos aleties, cuyos tallos yacían desmayados a causa del ardor del sol de aquella tarde...*

Va a ser de la mano del estudioso y gran divulgador de su obra, el profesor, hispanista inglés e Hijo Adoptivo de Polanco, *Anthony H. Clarke*, fallecido en abril de 2020,<sup>12</sup> como descubro la afición por la floricultura del autor de *Sotileza*. Una inclinación a la que se podrá dedicar con fruición a partir de construir en 1872 su residencia polanquina en el prado de Trascalina, muy próximo a su casa natal.

Sabido es que en dicho lugar todos los años pasaba largas temporadas, especialmente desde mediados de primavera hasta comienzos del otoño, y que en dicha residencia fue visitado por numerosos amigos y admiradores. Uno de los amigos más significativos que visitó Polanco y con el que, además, mantuvo amplia correspondencia epistolar, fue *don Benito Pérez Galdós*. Fue una amistad entrañable, duradera y paradigmática que queda perfectamente detallada por mí en el artículo «D. Benito Pérez Galdós en Polanco»<sup>13</sup> publicado con motivo del centenario de su fallecimiento; una amistad que permaneció desde que llegó por vez primera Galdós a Santander en el año 1871, hasta el fallecimiento de Pereda acaecido en 1906.

<sup>11</sup> CUEVAS, Domingo: ob. cit., p. 169.

<sup>12</sup> BARRERO, Tino: «Anthony H. Clarke, In memoriam». En *Cantabria 24 Horas*, 25 de abril de 2020; «Anthony Clarke, Hijo Adoptivo de Polanco. Adiós a un ilustre vecino». *El Diario Cantabria*, 22 de abril de 2020.

<sup>13</sup> BARRERO, Tino: «Don Benito Pérez Galdós en Polanco», *El Diario Cantabria*, 5 de junio de 2020; BARRERO, Constantino: «Don Benito Pérez Galdós y su amistad con Pereda». *Cantabria 24 Horas*. Junio 2020.

Nos manifiesta Anthony Clarke, en la revista local *Desafío*, de la que venía siendo un colaborador habitual,<sup>14</sup> que sería bastante lógico suponer que las cartas cruzadas entre los dos novelistas versasen sobre cuestiones literarias y novelísticas. Y es así, pero también, sobre todo antes de 1890, hay un contenido práctico e interesante sobre el mundo de jardinería y del campo: las flores, las hierbas, los injertos, las mejores épocas para plantar, etc. Ahí van algunos ejemplos sacados de las cartas de Pereda a Galdós, de las que da cuenta Anthony Clarke, que se cruzan con las enviadas por el novelista canario a Pereda, publicadas por Carmen Bravo-Villasante en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.<sup>15</sup>

Cartas amplias, extensas, que abordan temáticas diversas, habitualmente con intercambio de opiniones sobre la evolución que va llevando el desarrollo de sus respectivas obras y la opinión de la crítica al respecto. En ocasiones, se estimulan en la creación literaria; en otras, muestran enfados furibundos que concluyen en un contexto siempre respetuoso, donde el afecto prevalece por encima de cualquier discrepancia. Son cartas curiosas e interesantes que nos muestran el carácter y temperamento de ambos autores, así como el estilo cortés que utilizan en su tratamiento epistolar. Solamente he extraído algún texto relacionado con el mundo de las flores y plantas, intercalado dentro de una diversidad temática más amplia.

He aquí una de las cartas que Pereda dirige a su amigo Galdós:

*Mi querido amigo:*

*He retardado un poco la respuesta a su gratísima del 5 por esperar a que el tiempo permitiera recoger las semillas que quería enviar con esta carta. Así lo hago hoy. Adjuntos ballará 3 paquetitos rotulados. Le advierto que del «Ay de mí» envío la mitad de la cosecha, pues no tengo más que las plantas cuyas flores, como Ud. vería aquí, son microscópicas. Para sembrarlas en el semillero, procure Ud. que la tierra de la superficie esté bien desmenuzada y tómese Ud. la molestia de ir hundiendo cada grano con un mondadientes de estaquilla, pues la pequeñez de ellos no permite sembrarlas a granel como otras semillas más pesadas y abundantes. Con el mismo palillo cubre Ud. el hoyuelo resultante,*

<sup>14</sup> CLARKE, Anthony H.: «José María de Pereda jardinero», Revista *Desafío*, Asociación Sociocultural Polanco, Septiembre 2012.

<sup>15</sup> BRAVO-VILLASANTE, Carmen: «28 cartas de Galdós a Pereda», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.

*que no debe ser profundo. Un milímetro o dos es lo suficiente. Riego frecuente. No recuerdo si vio Ud. aquí las «siemprevivas» cuya semilla le envió. Son tan lindas, de tan variados colores y tan grandes como las margaritas. El semillero de estas y de las siemprevivas, no necesita las precauciones que el del «Ay de mí». Sin embargo, no descuide Ud. el riego...*

J. M. de Pereda  
Polanco, 26 de octubre de 1876.

#### Carta de Galdós a Pereda:

*Sr. D. José María de Pereda*

*Mi querido amigo; antes que se me olvide quiero saber si el ay de mí se trasplanta. Yo no lo creo porque se quedaría entre los dedos. Empero la tierra, a causa de los muchos riesgos está esquilhada y convendría ponerla nueva.*

*Ruego que satisfaga mis dudas, porque me he dado a la floricultura menuda con celo digno de mejores cosas.*

*En este mes pienso arrojar a la tierra las margaritas. Yo le supongo a Ud., muy atareado en su jardín. Cuánto siento no haberle podido mandar sus cebollas de jacintos [...] Pero si en este mes tropiezo con alguien que vaya a Santander, le enviaré cebollas de gladiolos; es una hermosa planta y la que U. conocerá seguramente...*

Madrid, 10 de marzo.

En otra carta, Galdós invita a Pereda a introducir el cultivo de tabaco. Y se interesa por el cultivo de plantas propias de los meses de marzo y abril, a lo que pide asesoramiento al escritor polanquino.

*Sr. D. José María de Pereda*

*[...] Aquí tengo unas semillas de tabaco que me mandan de Canarias, pero es muy poco y además ¿qué interés puede tener para U. esta planta? Si lo tuviese dígamelo y le mandaré lo que hay aquí que es una miseria, si bien cultivada con acierto, podría darle a U. algunas cajetillas y media docena de puros de la vuelta arriba...*

*[...] Deseo saber las operaciones agrícolas de los meses de marzo y abril en este país y en parte de la costa...*

Madrid, 21 marzo 1877.

A lo cual, Pereda contesta al canario:

*Mi querido amigo:*

*[...] Si me da Ud. algunas instrucciones sobre siembra y cultivo del tabaco que me ofrece, venga a buena hora la semilla. En cuanto a las dahlías (sic) haga lo que quiera, pero entienda que aunque no me las traiga no he de agradecerle menos el regalo...*

Santander, 26 de Mzo. de 1877.

Sabido es que tanto Pereda como Galdós eran grandes fumadores, pero, según A. H. Clarke, no existe ninguna noticia sobre si llegaron a cultivar el tabaco para fumar. La carta de Pereda fechada en Santander, 17 de Mayo/77 tiene más datos sobre esas mismas semillas, más no aclara ningún propósito práctico.

En otra carta Galdós escribe a Pereda:

*[...] Las margaritas van bien. Veremos qué tal se portan las judías que le mandé.*

Madrid, 6 de junio 1877.

En la misma dirección, son las líneas sobre las judías contenidas en esa misma carta, donde Pereda le invita a Galdós a comerlas en casa. En la carta siguiente (en vista de la proximidad de la novela Gloria, de Galdós) monta un juego de palabras algo forzado:

*las judías (no las protegidas israelitas, las de la tribu de Merton [esto por Morton]) han nacido perfectamente, y van trepando por sus tutores...*

Polanco, 18 de Junio de 1877.

Como es natural, ambos aficionados a las plantas y las flores que gozaban de un amplio espacio en sus respectivas residencias (Pereda en Trascaquina de Polanco y Galdós en la finca «San Quintín», en Santander), contaron con personas de cierta especialización que se dedicasen a su cultivo y cuidado. Tengamos en cuenta que muy raramente ninguno de los dos novelistas pasaron todo el año en sus residencias estacionales.



Panteón de José María de Pereda con las dos sepulturas, una a cada lado en un extremo del panteón. A la izquierda, con cruz, la del jardinero, Fernando Castillo, y a la derecha la de la marquesa de Casa Laiglesia, María Lías.

Los inviernos y parte del otoño hacían vida en sus viviendas capitalinas; uno en Santander y otro en Madrid.

Del hortelano de Galdós, ya da cuenta Benito Madariaga en su libro *Antología de Escritos Galdosianos sobre Cantabria*, donde recoge un artículo de Azorín.<sup>16</sup> Se trata de Rubín, un gran hombre siempre fiel a Galdós. A él se refiere Jesús Herrán, en su artículo de *El Diario Montañés* «Galdós santanderino»<sup>17</sup> (enero de 2020), en el que el novelista relata a Azorín: *Yo salgo mucho por los pueblos, acompañado por este jardinero que tengo aquí... un buen hombre*. La web del Gobierno de Canarias recoge que Rubín, antiguo carabinero destinado en el cuartelillo de La Magdalena a quien Galdós había confiado las llaves de la finca para que cuidase cuando él se encontraba en Madrid. Más tarde le propuso contratarle como jardinero e

<sup>16</sup> MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: *Antología de escritos galdosianos sobre Cantabria*. Santander, Ed. Ayuntamiento de Polanco, 2013. En el presente libro aparece un capítulo denominado «Una tarde con Galdós en San Quintín» de Azorín, pp. 41-46. Dicho artículo fue publicado en *El Diario España* en 1919.

<sup>17</sup> HERRÁN, Jesús: «Galdós Santanderino», *El Diario Montañés*, enero 2020.

hizo las veces de guarda, mayordomo, amigo y acompañante de Galdós. También Saiz Viadero le refiere en un artículo de prensa «Galdós en Cantabria». Una vez fallecidos Pereda, Menéndez Pelayo y el propio Galdós, en Santander solamente quedaba la sombra del maestro cultivada en «San Quintín» por Manuel Rubín, el guardián asturiano de sus tesoros.<sup>18</sup>

Si Galdós tuvo su jardinero, hemos de decir que Pereda se le había adelantado, ya que desde que construyó su residencia, contó con un hortelano, cuidador de huerta y jardines de la finca. Si bien, es cierto, que este personaje no ha trascendido al mundo literario y prácticamente es desconocido, no es menos verdad que Sixto de Córdova y Oña hace una reseña referida a dicho jardinero en «La vida en Cumbres», recogido dentro de la publicación de una serie de artículos escritos por personalidades diversas en relación a la conmemoración del centenario del nacimiento del autor polanquino. En dicho artículo, referido a Pereda, nos deja escrito:

*[...] Tenía un hortelano cariñoso y leal, apegado a la casa como la yedra al muro. Se llamaba Fernando [...] Nando murió allí mismo hace seis años. Por disposición que había dado don Pepito, fue enterrado junto a su panteón con cruz y lápida. Así en la vida y en muerte, estuvieron siempre unidos el criado y el señor.*



Laurel plantado por D. Benito Pérez Galdós en tiempo indeterminado, como testimonio de amistad entre Pereda y él, dos grandes maestros de las Letras que compartían su placer por las plantas.

<sup>18</sup> SAIZ VIADERO, J. R.: «Galdós en Cantabria», *eldiariocantabria.es*, 18 de mayo de 2020.





Placa repuesta en 2012 tras la pérdida de nitidez del grabado anterior.

Esta es la única referencia escrita que tenemos del jardinero de Pereda.

Casualmente, avanzado el centenario del fallecimiento de Galdós, se me presenta el joven, Eduardo Castillo Terán, que viene derivado por una amistad suya, a su vez compañera mía de trabajo en el Ayuntamiento de Polanco. El motivo de contacto es que se encuentra realizando el árbol genealógico familiar, requiriéndome para saber si poseo algún conocimiento sobre Fernando Castillo Barredo, tatarabuelo suyo, pues quiere confirmar cierta información familiar que indica fue

jardinero de Pereda y enterrado junto al escritor.

Me vino entonces el recuerdo de la infancia, cuando siendo monaguillos nos llamaban la atención las dos sepulturas que flanqueaban el panteón familiar de José María de Pereda, dentro del recinto familiar. Se nos dijo entonces que pertenecían a un sirviente y una monja; nada más. Ahí se agotó nuestra curiosidad infantil sobre las sepulturas que acompañaban al monumento funerario diseñado por Pérez Galdós para reposo secular de los restos de su amigo José María de Pereda.

Transcurrido el tiempo, las sepulturas desaparecieron. No será hasta el contacto con el tataranieta de Fernando Castillo que regrese a mí la curiosidad por el fin de las tumbas. Será el encargado del cementerio, Raúl Güemes, quien me informa sobre la exhumación de ambas sepulturas a finales de los años 80, realizadas por su padre, a la sazón enterrador, pero de la que él fue testigo ocular. De una, perteneciente al jardinero, en presencia de unos familiares del escritor, los restos fueron depositados dentro del panteón familiar, junto al novelista. De la otra tumba, perteneciente a la marquesa María Lías Pequeño, Marquesa de Casa Laiglesia, natural de Vigo, nacida en 1879 y fallecida en Requejada

en enero de 1916,<sup>19</sup> los restos exhumados fueron enterrados dentro de la de su hijo, el teniente de navío Guillermo Ransés Lias (1893-1938). La lápida materna posa sobre el sepulcro del hijo que se encuentra justo en el exterior del flanco Este que alberga el panteón familiar de Pereda.

En cuanto a los datos del jardinero Fernando Castillo Barredo, sabemos que falleció<sup>20</sup> en su domicilio de Polanco, el veinticuatro de mayo de mil novecientos veintisiete, a los 85 años de edad, hijo de Álvaro Castillo López y Luisa Barredo Gutiérrez. Viudo de doña Ambrosia Fuentevilla (1851-1923) y de cuyo único matrimonio celebrado el diecisiete de enero de mil ochocientos setenta tuvieron diez hijos, de los cuales solo los tres menores lograron sobrevivirle: Arsenio, Serafín y Juan María.

Vemos cómo dos de las mayores glorias literarias del XIX mantuvieron, junto a la dedicación literaria, aficiones similares por el mundo de las plantas y tuvieron grandes jardineros fieles que sobrevivieron a sus superiores, y que fallecieron con avanzada edad, con tan solo una diferencia de dos años. Podemos llegar a presumir que ambos se conocieran e intercambiasen conocimientos, experiencias y, por qué no, afectos, como se dispensaron sus ilustres señores.

<sup>19</sup> Certificado de defunción: Archivo del Ayuntamiento de Polanco.

<sup>20</sup> Certificado de defunción: Parroquia San Pedro Advíncula de Polanco y Archivo del Ayuntamiento de Polanco.



Este libro se terminó de imprimir el día 14 de mayo de 2021, cuarenta años después del Pleno ordinario del Ayuntamiento de Santander en el que se aprobó por unanimidad el nombramiento de Benito Madariaga de la Campa como Cronista Oficial de la Ciudad, tras la muerte de José Simón Cabarga, anterior Cronista.



# LA ABEJA MONTAÑESA.

## Gloria Literaria

UN HONOR MAS. TRIBUTADO POR ADVERSARIOS POLITICOS.  
 MONTAÑES - POLITICO - TRADICIONALISTA

### JOSÉ MARÍA DE PEREDA

EN LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA  
 por Dios, por la Patria y por el honor

... y materiales, satirico, literario, agricola y mercantil  
 de Octubre de 1857.  
 Num. 4.



**DE SUSCRICION**  
 ...  
**MODO DE SUSCRIBIRSE**  
 ...  
**ADVERTENCIA**  
 ...

CASA DE GARCIA  
 1919 - 2019



# EL TIPO CAYETANO.



SANTANDER  
 CIUDAD PRODUCCION



AYUNTAMIENTO DE  
 POLANCO



GRUPO ALCEDA



IICANT



SOLVAY

Progress beyond

